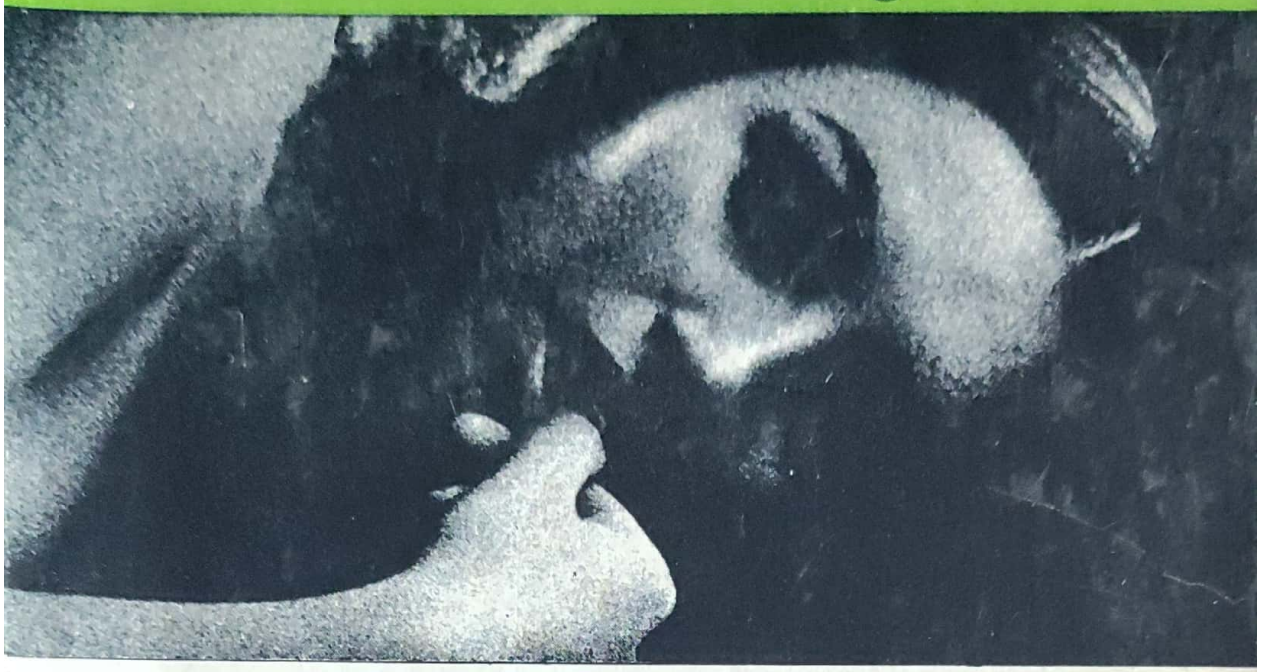
Siglo veinte



Bertrand Russell

Matrimonio y moral

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

MATRIMONIO Y MORAL

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

BERTRAND RUSSELL

MATRIMONIO Y MORAL

EDICIONES SIGLO VEINTE
BUENOS AIRES

Escaneado con CamScanner

Título del original inglés
MARRIAGE AND MORALS

Versión castellana de
LEON ROZITCHNER

I. S. B. N. 950 - 516 - 095 - 1

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
© by EDICIONES SIGLO VEINTE — Maza 177 — Buenos Aires
Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

Escaneado con CamScanner

CAPITULO I

La necesidad de una ética sexual

Para caracterizar una sociedad, antigua o moderna, existen dos elementos estrechamente relacionados entre sí que son de primordial importancia: uno es el sistema económico, el otro el sistema familiar. Hay en la actualidad dos escuelas influyentes, una de las cuales hace derivar todo de fuentes económicas, mientras que para la otra todo deriva de fuentes familiares o sexuales. La primera se inspira en Marx, la segunda en Freud. No adhiero a ninguna de las dos, pues, según me parece, en las interrelaciones entre la economía y el sexo no se pone de manifiesto primacía alguna de uno de los factores sobre el otro desde el punto de vista de la eficacia causal. Por ejemplo, la revolución industrial ha tenido y tendrá, sin duda, profundas influencias sobre la moral sexual, pero, recíprocamente, la virtud sexual de los puritanos era psicológicamente necesaria como causa parcial de la revolución industrial. No estoy en situación de asignar primacía ni al factor sexual ni al económico, y de hecho tampoco pueden ser claramente separados. La economía se ocupa esencialmente de la obtención del alimento, pero entre los seres humanos raras veces se requiere el alimento para beneficio exclusivo del individuo que lo obtiene; se lo necesita también para la familia, y en tanto cambia el sistema familiar también cambian los motivos económicos. Es evidente que no sólo el seguro de vida sino también la mayoría de las formas de ahorro privado llegarían casi a desaparecer si los niños fuesen separados de sus padres y educados por el estado como en la República de Platón; es decir, que si el estado adoptara el papel de padre se convertiría, *ipso facto*, en el único capitalista. Los comunistas extremos han sostenido a menudo la proposición recíproca; que si el estado llega a ser el único capitalista, la familia, tal como la hemos conocido, no puede sobrevivir. Y si se supone que esto es ir demasiado lejos, resulta imposible negar la existencia de una íntima conexión entre la propiedad privada y la familia; una conexión que es recíproca, de modo que no podemos decir que uno de los elementos es causa y el otro efecto.

Escaneado con CamScanner

La moral sexual de la comunidad se presenta constituida por varios estratos. Primeramente, las instituciones positivas incorporadas por la ley, así como, por ejemplo, la monogamia en algunos países y la poligamia en otros. Sigue luego un estrato en donde la ley no interviene pero en el cual la opinión pública es predominante. Y finalmente hay un estrato que se deja a la discreción individual, si no en teoría, al menos en la práctica. No hay país en el mundo ni ha habido época alguna en la historia, en los que la ética sexual y las instituciones sexuales hayan sido determinadas por consideraciones racionales. La excepción la constituye la Unión Soviética. No quiero decir que las instituciones de la Unión Soviética sean en este aspecto perfectas; quiero decir solamente que no son el resultado de la superstición y de la tradición como, al menos en parte, lo son las de todos los otros países en todas las épocas. Determinar qué moral sexual sería la mejor desde el punto de vista de la felicidad y el bienestar general, es un problema extremadamente complejo, y la respuesta ha de variar de acuerdo al cúmulo de circunstancias. En una comunidad industrialmente avanzada será diferente que en un régimen agrícola primitivo; donde la ciencia médica y la higiene consigan establecer un bajo porcentaje de mortalidad habrá diferencias con un país donde las plagas y las pestes arrebatan gran parte de la población antes que alcance la edad adulta. Quizá cuando lleguemos a saber más, podremos afirmar que la mejor ética sexual será, en cierto clima, diferente de lo que sería en otro, y que será diferente también según varíe el régimen alimenticio.

Los efectos de una ética sexual son de los más diversos tipos: personales, conyugales, familiares, nacionales e internacionales. Pudiera ocurrir que los efectos sean buenos en algunos de estos aspectos y al mismo tiempo malos en otros. Todo ha de ser considerado y pesado antes de que se pueda decidir qué debemos pensar de un sistema dado. Comencemos por lo puramente personal; éstos son los efectos que considera el psicoanálisis. Se debe tener en cuenta no sólo el comportamiento del adulto a quien se ha inculcado un código, sino también la primera educación destinada a producir la obediencia al código; como todo el mundo sabe, en este campo los efectos de los tabúes primitivos pueden ser muy curiosos e indirectos. En esta primera división de nuestro tema nos mantenemos en el nivel del bienestar personal. El siguiente estadio del problema surge al considerar las relaciones entre hombres y mujeres. Es evidente que algunas relaciones sexuales tienen más valor que otras. La mayoría de la gente estará de acuerdo en que una relación sexual es mejor cuando incluye un elemento psíquico considera-

Escaneado con CamScanner

ble que cuando es puramente física. Los hombres y las mujeres civilizados han recibido de los poetas una visión del amor según la cual el valor de éste aumenta a medida que quienes participan en la relación amorosa comprometen en ella mayor parte de su personalidad. Los poetas también han enseñado a mucha gente a valorar el amor en proporción a su intensidad; este punto es, sin embargo, más discutible. Los modernos en su mayoría estarán de acuerdo en que el amor debe ser una relación de igual a igual, y que sobre esta base, aun sin tomar en cuenta otras razones, la poligamia, por ejemplo, no puede ser considerada un sistema ideal. En toda esta sección de nuestro tema debemos tener en cuenta tanto el matrimonio como las relaciones extramaritales, puesto que estas relaciones varían según el sistema de matrimonio que prevalezca.

Llegamos ahora al problema de la familia. Han existido diferentes tipos de grupos familiares en distintas épocas y lugares, pero la familia patriarcal ha tenido una amplia preponderancia; dentro de tal estructura, la familia patriarcal monogámica ha prevalecido más y más sobre la poligámica. Asegurar un grado de virtud femenina sin el cual la familia patriarcal se vuelve imposible porque la paternidad sería dudosa, ha sido el motivo primario de las éticas sexuales tales como han existido en la civilización occidental desde los tiempos precristianos. Lo que el cristianismo agregó a esto al insistir en la virtud masculina, tuvo como fuente psicológica el ascetismo, aunque este motivo haya sido reforzado en tiempos bastante recientes por los celos femeninos, poderosos desde la emancipación de la mujer. Este último motivo, sin embargo, parece ser transitorio, ya que, si podemos juzgar de acuerdo a las apariencias, las mujeres preferirán, a un sistema que imponga a los hombres las restricciones que hasta ahora sólo sufrían las mujeres, otro que dé libertad a ambos sexos.

Dentro de la familia monogámica hay, sin embargo, muchas variedades. Los matrimonios pueden ser decididos por las partes mismas o por sus padres. En algunos países se compra la novia; en otros, por ejemplo en Francia, el novio. Puede haber además toda clase de diferencias en cuanto al divorcio, desde el extremo católico en que ningún divorcio es permitido, hasta la ley de la antigua China, que permitía a un hombre divorciarse de su mujer si era charlatana. La constancia o cuasi constancia en las relaciones sexuales aparece entre los animales tanto como entre los seres humanos cuando, en preservación de la especie, el macho es partícipe necesario en la crianza. Las aves, por ejemplo, tienen que permanecer echadas sobre sus huevos continuamente para mantenerlos a una temperatura elevada y tienen

Escaneado con CamScanner

también que gastar muchas horas del día para conseguir alimentos. En muchas especies es imposible que una sola ave haga ambas cosas y, en consecuencia, la cooperación del macho es esencial. Resulta de esto que la mayoría de las aves son modelos de virtud. Entre los seres humanos la cooperación del padre es una gran ventaja biológica para la descendencia, especialmente en épocas inestables y entre pueblos turbulentos, pero con el crecimiento de la civilización moderna el papel del padre va siendo asumido cada vez más por el estado, y hay motivos para pensar que, antes de mucho tiempo, el padre dejará de ser biológicamente ventajoso, por lo menos en las clases asalariadas. De ocurrir esto, arrastraría consigo el colapso completo de la moral tradicional, ya que no habría razón alguna para que la madre deseara que la paternidad de su hijo fuese indudable. Platón quería hacernos avanzar un paso adelante y puso al estado no sólo en lugar del padre sino también de la madre. No admiro tanto al estado, ni las delicias de los asilos de huérfanos me impresionan lo suficiente como para ser un entusiasta partidario de ese plan. Al mismo tiempo, no es imposible que las fuerzas económicas obliguen a adoptarlo en parte.

El sexo importa a la ley de maneras distintas: por un lado para reforzar la ética sexual que haya sido adoptada por la comunidad de que se trate y por el otro, para proteger los derechos ordinarios de los individuos en la esfera del sexo. Este último se divide en dos secciones principales: por una parte, la protección de mujeres y menores contra la violación y la explotación dañosa; por la otra, la prevención de las enfermedades venéreas. Generalmente, ni la una ni la otra son tratadas ateniéndose exclusivamente a sus características, y por ello ninguna de las dos es encarada como se debiera. Respecto a la primera, ciertas campañas histéricas sobre la trata de blancas conducen a la aprobación de leyes que son fácilmente evadidas por los malhechores profesionales y que al mismo tiempo proporcionan oportunidades para chantajear a personas inocentes. Respecto a la segunda, la concepción de las enfermedades venéreas como justo castigo del pecado impide la adopción de las medidas que serían más eficaces, desde el punto de vista puramente médico; al mismo tiempo, la actitud general que considera vergonzosas esas enfermedades provoca su ocultamiento y, en consecuencia, el que no sean tratadas pronta o adecuadamente.

Llegamos ahora al problema de la población. Este es por sí mismo vasto y debe considerarse desde muchos puntos de vista. Incluye el problema de la salud de las madres, el de la salud de los hijos, el de los efectos psicológicos de las familias numerosas y las familias pequeñas sobre el carácter de los niños. Estos son

Escaneado con CamScanner

los que pueden llamarse aspectos higiénicos del problema. Existen también aspectos económicos, tanto personales como públicos: el de la riqueza por persona en una familia o en una comunidad en relación a la extensión de la familia o a la tasa de nacimientos de la comunidad. Estrechamente conectado con esto se encuentra el planteamiento del problema de la población en política internacional y la posibilidad de la paz mundial. Tenemos, finalmente, el problema eugenésico, referente a la mejora o empeoramiento de la raza a través de los distintos índices de natalidad y mortalidad de las diferentes secciones de la comunidad. Ninguna ética sexual puede ser justificada ni rechazada sin examinarla desde los puntos de vista arriba enumerados. Reformadores y reaccionarios comparten el hábito de considerar sólo uno, o como máximo dos, de los aspectos del problema. Especialmente, resulta raro encontrar alguna combinación del punto de vista privado y público, aunque sea casi imposible decir cuál de estos aspectos es más importante ya que no podemos tener *a priori* seguridad alguna de que un sistema bueno desde el punto de vista privado sea también bueno desde un punto de vista político, o viceversa. Mi creencia personal es que en la mayoría de las épocas y en la mayor parte de los lugares, oscuras fuerzas psicológicas llevaron al hombre a adoptar sistemas que implicaban crueldades completamente innecesarias y que en esa situación se encuentran aún hoy las razas más civilizadas. Creo también que los avances en medicina e higiene han hecho deseables cambios en la ética sexual, tanto privada como pública, en tanto como ya lo he sugerido, el creciente papel del estado en la educación va reduciendo gradualmente la importancia que el padre ha tenido a lo largo de los tiempos históricos. Tenemos, por consiguiente, que cumplir una tarea doble al criticar la ética corriente: por un lado, debemos eliminar los elementos de superstición, que son a menudo sobconscientes; por el otro, tenemos que tomar en cuenta los factores enteramente nuevos que hacen que lo que fue sabiduría en el pasado sea hoy un desatino y no sabiduría.

Para lograr una perspectiva del sistema existente, consideraré en primer término ciertos sistemas que han existido en el pasado o existen en la actualidad entre grupos menos civilizados de la humanidad. Procederé luego a caracterizar el sistema hoy vigente en la civilización occidental y, finalmente, a considerar los aspectos en que el sistema debería enmendarse y los motivos que nos inducen a esperar que tal enmienda se realice.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO II

La paternidad no reconocida

Las costumbres matrimoniales han sido siempre una combinación de tres factores que pueden ser llamados, sin demasiada precisión, instintivo, económico y religioso. No quiero decir que sea posible hacer aquí una distinción más neta que en otras esferas. El hecho de que los comercios permanezcan cerrados los domingos es de origen religioso pero constituye ahora algo económico, y lo mismo sucede con muchas leyes y costumbres relativas al sexo. A menudo, una costumbre útil de origen religioso sobrevivirá debido a esa utilidad aun cuando su base religiosa haya sido socavada. También es muy difícil efectuar una distinción entre lo religioso y lo instintivo. Las religiones con gran influencia sobre las acciones de los hombres tienen generalmente una base instintiva. Pero las religiones se distinguen por la importancia que otorgan a la tradición y porque, dentro del amplio espectro de acciones instintivamente posibles, dan preferencia a determinados tipos de conducta; por ejemplo el amor y los celos son dos emociones instintivas pero la religión ha decretado que los celos son una emoción virtuosa a la cual la comunidad debe prestar apoyo mientras que el amor es, cuanto más, excusable.

El elemento instintivo en las relaciones sexuales es mucho menor de lo que generalmente se supone. En este libro no me propongo entrar en la antropología sino hasta donde sea necesario para ilustrar los problemas actuales, pero hay un aspecto en el cual esta ciencia es muy necesaria para nuestros propósitos: el demostrar cómo muchas prácticas que se podrían considerar contrarias al instinto, son capaces de perdurar durante largo tiempo sin provocar ningún conflicto grave o visible con el instinto. Por ejemplo, era una práctica común no sólo entre los salvajes sino también en algunas razas comparativamente civilizadas, que las vírgenes fueran oficialmente (y a veces públicamente) desfloradas por los sacerdotes. En los países cristianos los hombres han sostenido que la desfloración debía ser una prerrogativa del novio, y la mayoría de los cristianos, por lo menos hasta tiempos recientes, habrían considerado instintiva su repug-

Escaneado con CamScanner

nancia ante la costumbre de la desfloración religiosa. También la práctica de prestar la mujer propia al huésped como acto de hospitalidad le parece al europeo moderno instintivamente repugnante y, sin embargo, estuvo alguna vez muy extendida. La poliandria es otra costumbre que un hombre blanco sin instrucción supondría contraria a la naturaleza humana. Más lo parecería el infanticidio, y sin embargo los hechos prueban que se recurre a él con gran facilidad cuando parece económicamente ventajoso. El hecho es que, tratándose de seres humanos, el instinto es extraordinariamente vago y se desvía fácilmente de su curso natural. Esto ocurre tanto entre los salvajes como en las comunidades civilizadas. En verdad, la palabra "instinto" es, a duras penas apropiada para ser aplicada a algo tan alejado de la rigidez como el comportamiento humano en cuestiones sexuales. En todo este campo, el único acto que en un estricto sentido psicológico puede ser llamado instintivo es, en la infancia, el acto de mamar. No sé cómo ocurren las cosas entre los salvajes, pero la gente civilizada tiene que aprender a realizar el acto sexual[1]. No resulta extraño para un médico que una pareja, luego de varios años de matrimonio, lo consulte sobre la forma de tener hijos y se descubra entonces que desconocían la forma de llevar a cabo la cópula. Por tanto, el acto sexual no es, en estricto sentido, instintivo, aunque es cierto que hay una tendencia natural hacia él y un deseo que no puede ser fácilmente satisfecho sin cumplir el acto. Claro está que tratándose de seres humanos no encontramos patrones precisos de conducta como entre los animales, y el instinto en ese sentido es reemplazado por algo bastante diferente. Lo primero que se encuentra en los seres humanos es una insatisfacción conducente a actividades de un tipo más o menos fortuito e imperfecto, pero que van llegando poco a poco, en forma más o menos casual, a una actividad que produce satisfacción y es en consecuencia repetida. Resulta entonces que lo instintivo es no tanto la actividad acabada como el impulso a aprenderla, y a menudo la actividad que podría dar satisfacción de ningún modo está predeterminada; aunque, como regla general, podríamos sostener que la actividad biológicamente más ventajosa producirá la satisfacción más completa, siempre que sea aprendida antes de adquirir hábitos contrarios.

En vista de que todas las sociedades civilizadas modernas se basan en la familia patriarcal, y de que se ha erigido toda la concepción de la virtud femenina para hacer posible la familia

[1] Cf.: Havelock Ellis, *Studies in the Psychology of Sex* (Estudios sobre psicología sexual), Vol. VI, p. 510.

Escaneado con CamScanner

patriarcal, es importante investigar qué impulsos naturales han llegado a producir el sentimiento de paternidad. Este problema de ningún modo es tan sencillo como podrían suponer personas poco reflexivas. El afecto de una madre por su hijo no es difícil de comprender porque existe un estrecho lazo físico, al menos hasta el momento del destete. Pero la relación del padre con el hijo —en la parte correspondiente a la paternidad fisiológica— es indirecta, hipotética y deducida; está ligada a la creencia en la virtud de la mujer y pertenece por lo tanto a una región demasiado intelectual como para que se la pueda considerar propiamente instintiva. O al menos parecería ser así en tanto se suponga que el sentimiento de paternidad debe dirigirse esencialmente hacia los hijos propios. Sin embargo, no es eso lo que necesariamente sucede. Los melanesios no saben que cada persona tiene un padre, y sin embargo, entre ellos los padres están encariñados con sus chicos, al menos tanto como en los lugares donde los padres saben que esos chicos son sus hijos. Los libros de Malinowski sobre los naturales de las islas Trobriand iluminan en amplia medida el problema de la paternidad. Especialmente tres libros: *Sexo y represión en la sociedad salvaje; El padre en la psicología primitiva* y *La vida sexual de los salvajes en Melanesia Noroccidental*, son indispensables para comprender el complejo sentimiento que llamamos paternidad. Hay, en realidad, dos razones enteramente distintas que pueden llevar a un hombre a interesarse por un chico: puede estar interesado en el niño porque cree que es su hijo o porque sabe que es hijo de su mujer. Si el papel del padre en la generación es desconocido, sólo obra el segundo de estos motivos.

Malinowski dejó establecido fuera de toda duda el hecho de que los naturales de las islas Trobriand no saben que cada persona tiene un padre. Descubrió, por ejemplo, que si un hombre está ausente con motivo de un viaje durante un año o más y encuentra a su regreso que su mujer tiene un chico recién nacido, queda encantado y no puede comprender las insinuaciones de los europeos que pretenden sugerir dudas sobre la virtud de su mujer. Encontró también el caso, quizás aún más convincente, del dueño de una cría de cerdos de superior calidad que castró a todos los machos sin comprender que con eso estropeaba la cría. Creen que los espíritus traen a los chicos y los insertan en las madres. Se dan cuenta que las vírgenes no pueden concebir, pero suponen que esto se debe a que el himen constituye una barrera física a las actividades de los espíritus. Hombres y mujeres solteros viven una vida de completo amor libre, pero, por alguna razón desconocida, las mujeres solteras muy rara vez conciben. Y, lo que es bien extraño, el que esto

Escaneado con CamScanner

les ocurra se considera una desgracia pese a que, de acuerdo a la filosofía nativa, nada de lo que hayan hecho es responsable de su preñez. Tarde o temprano, la joven se cansa de la variedad y se casa. Va a vivir a la aldea de su marido, pero a ella y a sus hijos se los considera todavía pertenecientes a su aldea. Nadie piensa que exista relación alguna de sangre entre su marido y los hijos, y la descendencia se establece siguiendo únicamente la línea femenina. El tipo de autoridad que en todas partes tienen los padres sobre los hijos es ejercida entre los isleños de Trobriand por el tío materno. Aquí aparece, sin embargo, una complicación muy curiosa. El tabú de hermano y hermana es extremadamente riguroso de modo que, al cumplirse su desarrollo, no pueden hablar entre sí de ningún tema relacionado, ni aun remotamente, con el sexo. Por consiguiente, aunque el tío materno tiene autoridad sobre los niños, raras veces los ve, excepto cuando están apartados de la madre y del hogar. Este admirable sistema asegura a los niños un grado de afecto sin disciplina que es desconocido en otras partes. El padre juega con ellos y es bueno y atento, pero no tiene el derecho de darles órdenes, mientras que su tío materno, que tiene el derecho de darles órdenes, no tiene el derecho de estar junto a ellos en el hogar.

Lo que es muy extraño es que, pese a sus convicciones sobre la inexistencia de lazos sanguíneos entre el hijo y el esposo de la madre, creen que los chicos se parecen al esposo de la madre y no a la madre misma o a sus hermanos y hermanas. La sugerencia de un parecido entre un hermano y su hermana o entre un niño y su madre constituye una falta de delicadeza, y aun los parecidos más evidentes son negados con vehemencia. Malinowski opina que esta creencia de que los chicos se parecen al padre más bien que a la madre, estimula la afección de los padres por sus hijos. Observó que la relación entre padre e hijo es más armoniosa y afectuosa de lo que es a menudo entre la gente civilizada y, como era de esperarse, no encontró traza alguna del complejo de Edipo.

A Malinowski le resultó imposible, aun agotando sus mejores argumentos, convencer a sus amigos isleños de la existencia de la paternidad. La consideraban una tonta historia inventada por los misioneros. El cristianismo es una religión patriarcal y no es posible hacerla emocional o intelectualmente inteligible a gente que no reconoce el hecho de la paternidad. En lugar de "Dios Padre" habría que hablar de "Dios Tío Materno", y aún esto no lograría traducir el matiz exacto, porque la paternidad implica poder y amor, y en Melanesia el tío máterno tiene el poder y el padre el amor. La idea de que los hombres son hijos

Escaneado con CamScanner

de Dios no puede ser transmitida a estos isleños, porque no creen que alguien sea hijo de un varón. En consecuencia los misioneros se ven obligados antes de predicarles la religión a atacar el problema a partir de los hechos fisiológicos. Parecería, por lo que dice Malinowski, que esta tarea inicial no tuvo éxito y, por consiguiente, les resultó completamente imposible enseñar el Evangelio.

Malinowski sostiene, y en esto creo que está en lo cierto, que si un hombre permanece junto a su mujer durante la preñez y el parto, una tendencia instintiva lo lleva a querer al chico cuando nace, y que ésta es la base del sentimiento paternal. "Se puede demostrar —dice— que la paternidad humana, que en un comienzo parece totalmente carente de fundamento biológico, está profundamente arraigada en dones y necesidades orgánicas." Piensa, sin embargo, que si un hombre se encuentra separado de su mujer durante la preñez, en un principio no sentirá cariño *instintivamente* por el niño; pero si la costumbre y la ética tribal lo asocian con la madre y con el hijo, su cariño se desarrollará como si hubiera estado con la madre durante todo el tiempo. En todas las relaciones humanas importantes, la ética social prescribe el cumplimiento de los actos socialmente deseables pero hacia cuya puesta en práctica no lleve compulsivamente instinto alguno; también entre los salvajes la regla se cumple. La costumbre impone que el marido de la madre cuide a los hijos y los proteja mientras son jóvenes, y es fácil que esta costumbre sea observada porque concuerda con algo instintivo.

Creo que el instinto al cual apela Malinowski para explicar la actitud del padre hacia sus hijos entre los melanesios, es algo más general de lo que parece en su obra. Pienso que hay tanto en el hombre como en la mujer una tendencia a encariñarse con cualquier chico que tengan a su cuidado. Aun si en un comienzo sólo la costumbre y las convenciones, o el salario, llevan a un adulto a tener a su cargo un chico, el mero hecho de tener que cuidarlo, en la mayoría de los casos, hará que el cariño se desarrolle. Sin duda, este sentimiento se refuerza si el chico es hijo de la mujer amada. Por lo tanto, es comprensible que estos salvajes muestren una considerable devoción por los hijos de sus mujeres, y puede tenerse por cierto que éste es un elemento importante en el afecto que los hombres civilizados sienten por sus hijos. Malinowski sostiene —y es difícil ver cómo esta opinión podría discutirse— que toda la humanidad ha de haber pasado por el estadio en el que están ahora los isleños de las Trobriand, ya que tiene que haber existido un período durante el cual en ninguna parte se reconocía el hecho de la paternidad. Las familias animales, cuando incluyen un padre, han de tener

Escaneado con CamScanner

una base semejante, puesto que no pueden tener otra. Solamente entre los seres humanos, después que fue conocido el hecho de la paternidad, pudo este sentimiento asumir la forma que ahora nos es familiar.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO III

El poder del padre

Tan pronto como el hecho fisiológico de la paternidad es reconocido, un elemento completamente nuevo entra en el sentimiento paternal. Este elemento condujo a la creación de sociedades patriarcales. No bien el padre reconoce que el hijo es, como dice la Biblia, su "simiente", su sentimiento hacia el niño es reforzado por dos factores: el amor al poder y el deseo de perpetuarse. Para un hombre, las realizaciones de sus descendientes son, de algún modo, realizaciones propias, y la vida de ellos, continuación de su vida. La tumba ya no pone término a su ambición, que alcanza ahora al destino de sus descendientes y puede así extenderse indefinidamente. Considérese, por ejemplo, la satisfacción de Abraham al saber que su simiente poseería la tierra de Canaán. En una sociedad matrilineal no habría más ambición familiar que la de las mujeres, y como el combatir les es ajeno, los efectos de ese tipo de ambición familiar serían menores que los que tendría si fuera obra de hombres. Por lo tanto, debemos suponer que descubierto el hecho de la paternidad, la sociedad humana tomaría un carácter más competitivo, más enérgico, más dinámico, más atropellado que en el estadio matrilineal. Aparte de este hecho, hipotético en cierta medida, surgió una razón nueva de capital importancia, para insistir en la virtud de las mujeres. El elemento puramente instintivo no es tan fuerte en los celos como la mayoría de los contemporáneos imagina. La fuerza extrema de los celos en las sociedades patriarcales es debida al temor de falsificaciones en la descendencia. Se puede comprobar esto en el hecho de que un hombre hastiado de su mujer y apasionadamente consagrado a su amante sentirá, sin embargo, más celos respecto a su mujer que si encuentra un rival en el afecto de su amante. Un hijo legítimo es una continuación del ego del padre, y su afecto por el hijo es una forma de egoísmo. Si, por el contrario, el hijo no es legítimo, el padre putativo sufre un engaño al prodigar sus cuidados a un hijo con el cual no tiene conexión biológica. De aquí que el descubrimiento de la paternidad condujese a la sujeción de la mujer como único medio de

Escaneado con CamScanner

asegurar su virtud; sujeción primero física y luego mental, que alcanza su máxima intensidad en la época victoriana. Debido a la sujeción de la mujer, en la mayoría de las comunidades civilizadas no ha existido genuino compañerismo entre marido y mujer; la relación era, entre ellos, de condescendencia por un lado y de acatamiento por el otro. El hombre ha guardado para sí sus pensamientos y designios serios, porque un pensamiento vigoroso podría inducir a su mujer a engañarlo. En la mayoría de las comunidades civilizadas se ha negado a la mujer toda experiencia del mundo y de los negocios. Se las ha mantenido artificialmente estúpidas y por lo tanto desprovistas de interés. De los diálogos de Platón se saca la impresión de que él y sus amigos consideraban que sólo los hombres eran objeto propio de un amor serio. Eso no debe sorprender a nadie si se tiene en cuenta que todas las materias en que ellos se interesaban estaban absolutamente vedadas a las atenienses respetables. Exactamente el mismo estado de cosas prevalecía en China hasta hace poco tiempo, en Persia durante la gran época de la poesía persa, y en muchas otras épocas y lugares. El amor como relación entre hombres y mujeres fue arruinado por el deseo de hacer segura la legitimidad de los hijos. Y no sólo el amor, sino también todo el aporte que las mujeres pueden hacer a la civilización ha sido frustrado por la misma razón.

Naturalmente, el sistema económico cambió al mismo tiempo que se transformaba el modo de considerar la descendencia. En la sociedad matrilineal, el hombre hereda de su tío materno; en una sociedad patrilineal hereda de su padre. La relación entre padre e hijo en una sociedad patrilineal es más estrecha que cualquier relación existente entre varones en una sociedad matrilineal, porque, como hemos visto, las funciones que naturalmente atribuimos al padre están divididas en la sociedad matrilineal entre el padre, de quien provienen el afecto y cuidado, y el tío materno, de quien provienen el poder y la propiedad. Resulta claro, en consecuencia, que la familia patriarcal es una trama más estrechamente tejida que la familia de tipo más primitivo.

Parecería que sólo al introducirse el sistema patriarcal comenzaron los hombres a desear casarse con vírgenes. Donde existe el sistema matrilineal, las jóvenes tienen sus aventuras tan libremente como los jóvenes, pero esto no pudo tolerarse cuando adquirió gran importancia el persuadir a las mujeres de que toda relación sexual fuera del matrimonio es perversa.

Los padres, una vez que descubrieron el hecho de su existencia como tales, se dedicaron en todas partes a explotarlo hasta el máximo. La historia de la civilización consiste principalmente

Escaneado con CamScanner

en la gradual decadencia del poder paterno, que alcanzo su máximo en la mayoría de los países civilizados, justamente antes de la aparición de las primeras noticias históricas. El culto de los antepasados, que ha durado hasta nuestros días en China y Japón, parece haber sido una característica universal de la civilización primitiva. El padre tenía sobre sus hijos un poder absoluto que, en muchos casos, se extendía, como en Roma, hasta el de vida y muerte. Las hijas en todo el ámbito de la civilización, y los hijos en muchísimos países, no podían casarse sin el consentimiento del padre y era común que fuera el padre quien decidiera con quién habían de casarse. La mujer no tenía durante toda su vida ningún momento de independencia, pues estaba sujeta primero al padre y luego al marido. Al mismo tiempo, una mujer de edad podía ejercer un poder casi despótico dentro de su casa; vivían con ella bajo el mismo techo los hijos con sus esposas, y las nueras le estaban completamente sometidas. Aún hoy en día no es raro en China que una joven esposa sea arrastrada al suicidio por la persecución de su suegra, y esto que todavía se puede ver en China era universal en toda Europa y Asia civilizadas hasta tiempos muy recientes. Cuando Cristo dijo que había venido a levantar al hijo contra el padre y a la nuera contra la suegra, pensaba justamente en casos como los que todavía se ven en Extremo Oriente. El poder que el padre adquirió en primera instancia en virtud de su fuerza superior, fue reforzado por la religión la que, en la mayoría de los casos, puede ser definida como la creencia en que los dioses están del lado del gobierno. El culto de los antepasados, o algo análogo, predominó ampliamente. Como ya hemos visto, las ideas religiosas del cristianismo están impregnadas de la majestad de la paternidad. La organización monárquica y aristocrática de la sociedad y el régimen hereditario estaban basados en todas partes sobre el poder paterno. En los tiempos primitivos, motivos económicos sostenían el sistema. Se ve en el Génesis cómo los hombres deseaban una progenie numerosa y qué ventajoso les resultaba tenerla. La multiplicación de los hijos era tan ventajosa como la multiplicación de las manadas y rebaños. Por eso, en aquellos tiempos, Jehová ordenó a los hombres que crecieran y se multiplicaran.

Pero a medida que la civilización avanzaba, las circunstancias económicas cambiaban, determinando que los procesos religiosos que en una época eran exhortaciones en pro del interés personal, comenzaran a ser un estorbo. Después que Roma prosperó, los ricos dejaron de tener familia numerosa. Durante las últimas centurias de la grandeza romana los antiguos linajes patricios iban extinguiéndose paulatinamente, pese a las exhor-

Escaneado con CamScanner

taciones de los moralistas, tan ineficaces entonces como ahora. El divorcio se hizo fácil y común; las mujeres de las clases altas alcanzaron una posición casi igual a la de los hombres, y la *patria potestad* fue disminuyendo. Este desarrollo era en muchos aspectos muy parecido al de nuestros días, pero se produjo sólo en las clases altas, y escandalizó a aquellos que no eran suficientemente ricos para aprovecharlo. La civilización de la antigüedad, en contraste con la nuestra, tenía el defecto de estar limitada a un pequeño porcentaje de la población. Esto hizo que fuera precaria mientras duró y que, finalmente, sucumbiese ante la acometida de la superstición de los de abajo. El cristianismo y la invasión bárbara destruyeron el sistema grecorromano de ideas. Aunque el sistema patriarcal se mantuvo, y al principio hasta se fortaleció en comparación con el sistema de la Roma aristocrática, debió, sin embargo, adaptarse a un elemento nuevo: la idea cristiana sobre el sexo y el individualismo derivado de la doctrina cristiana del alma y de la salvación. Ninguna comunidad cristiana puede ser tan francamente biológica como las civilizaciones de la antigüedad y del Extremo Oriente. Además, el individualismo de las comunidades cristianas afectó gradualmente la estructura política de los países cristianos, disminuyendo a causa de la promesa de inmortalidad personal el interés que los hombres tenían en la supervivencia de su progenie, que antes les parecía la mayor aproximación posible a la inmortalidad. La sociedad moderna, aunque es todavía patrilineal y aunque la familia todavía sobrevive, concede a la paternidad una importancia infinitamente menor que la que le adjudicaban las sociedades antiguas. Y la fuerza de la familia es ahora considerablemente menor de lo que antes fuera. Las esperanzas y ambiciones de los hombres de hoy son totalmente diferentes de las que sustentaban los patriarcas del Génesis. Desean engrandecerse merced a su posición en el estado, más que por su progenie numerosa. Este cambio es una de las razones por las que la moral y la teología tradicionales tienen menos fuerza de la que solían tener. Sin embargo el cambio mismo depende realmente de la teología cristiana. Para ver cómo ocurrió esto, es necesario examinar el modo en que la religión ha influido en las ideas del hombre sobre el matrimonio y la familia.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO IV

Culto fálico, ascetismo y pecado

Desde que se descubrió la paternidad, el sexo ha sido siempre materia de gran interés para la religión. No podía esperarse otra cosa, puesto que es propio de la religión ocuparse de todo lo misterioso e importante. En los comienzos de los estadios agrícola y pastoril, la fertilidad, tanto tratándose de cosechas como rebaños, de manadas o mujeres, era de primordial importancia para los hombres. Ni las cosechas eran siempre prósperas, ni la cópula producía siempre preñez. Se acudía a la magia y a la religión para asegurar el resultado deseado. De acuerdo con las ideas de la magia simpática, se pensaba que, promoviendo la fertilidad humana, se fomentaría la fertilidad del suelo. La fertilidad humana, deseada en muchas comunidades primitivas, se promovía con diversas ceremonias mágicas y religiosas. En el antiguo Egipto, donde la agricultura parece haberse desarrollado antes del final de la época matrilineal, el elemento sexual de la religión, al principio no era fálico sino que estaba relacionado con los genitales femeninos, cuya forma se suponía semejante a la concha de ciertos gasterópodos, la cual se consideró en consecuencia dotada de poderes mágicos y llegó a usarse como moneda.

Esta etapa pasó y en el Egipto más próximo, como en la mayoría de las civilizaciones antiguas, el elemento sexual de la religión tomó la forma del culto fálico. Robert Briffault resume muy bien en un capítulo de *El sexo en la civilización*, los hechos más salientes en este aspecto[1].

"Las fiestas agrícolas —dice—, y muy especialmente las relacionadas con la siembra y la recolección de la cosecha, presentan en todas partes y en todas las épocas notabilísimos ejemplos de licencia sexual generalizada... Las poblaciones agrícolas de Argelia rechazan toda restricción a la licencia de sus mujeres basándose en que cualquier intento de hacer observar la moral

[1] Publicado por V. F. Claverton y S. D. Schmalhausen, con una introducción de Havelock Ellis. Londres, George Allen and Unwin Ltd., 1929.

Escaneado con CamScanner

sexual, sería perjudicial para el éxito de las operaciones agrícolas. Las *thesmophoria*, o fiestas de la siembra atenienses, conservaban en forma atenuada el carácter original de la magia y la fertilidad. Las mujeres llevaban emblemas fálicos y proferían obscenidades. Las *saturnalia* eran las fiestas romanas de la siembra y fueron sucedidas por el *carnaval* del Sur de Europa, uno de cuyos caracteres notables era, hasta hace poco tiempo, la exhibición de símbolos fálicos que diferían muy poco de los que estaban en boga entre los Sioux y en Dahomey."[2]

En muchas partes del mundo se ha creído que la luna (a la que se consideraba masculina) era el verdadero padre de todos los hijos[3]. Esta creencia está relacionada, evidentemente, con el culto a la luna. Hubo un conflicto curioso, que no atañe directamente a nuestro tema, entre los sacerdotes del sol y los de la luna y entre los calendarios solar y lunar. En todos los tiempos, el calendario desempeñó un papel importante en la religión. En Inglaterra hasta el siglo dieciocho, y en Rusia hasta la Revolución de 1917, se mantenía un calendario inadecuadc porque el calendario gregoriano era papista. Del mismo modo, los muy inadecuados calendarios lunares fueron defendidos en todas partes por los sacerdotes consagrados al culto de la luna, y la victoria del calendario solar fue lenta y parcial. En Egipto este conflicto fue en una oportunidad origen de una guerra civil. Se puede suponer que esto tenía alguna relación con una disputa gramatical acerca del género de la palabra "luna", que se ha mantenido como masculina en alemán hasta la actualidad. Tanto el culto del sol como el de la luna han dejado sus rastros en el cristianismo, puesto que el nacimiento de Cristo ocurre en el solsticio de invierno y su resurrección en la luna llena de Pascua. Aunque es temerario atribuir a la civilización primitiva cierto grado de racionalidad, es difícil sin embargo resistirse a la conclusión de que la victoria de los adoradores del sol, donde sobrevino, se debió al hecho patente de que el sol tiene mayor influencia sobre las cosechas que la luna. Las saturnales, en efecto, caían generalmente en primavera.

En todas las religiones paganas de la antigüedad existían

[2] Briffault, *loc. cit.*, p. 34.

[3] En el estado maorí "La luna es el marido permanente o verdadero de todas las mujeres. De acuerdo con la sabiduría de nuestros mayores y antepasados, el matrimonio de hombre y mujer no tiene importancia alguna: la luna es el verdadero marido". Ideas similares han existido en casi todas partes, y es obvio que representan una transición entre el estadio en que la paternidad era desconocida y el estadio de completo reconocimiento de su importancia. Briffault, *loc. cit.*, p. 37.

Escaneado con CamScanner

considerables elementos del culto fálico, que proporcionaron muchas armas polémicas a los Padres. No obstante, pese a sus polémicas, trazas de culto fálico sobrevivieron en toda la Edad Media y sus vestigios sólo pudieron ser extirpados, finalmente, por el protestantismo.

"En Flandes y en Francia no eran raros los santos de falo erecto, tales como St. Giles en Bretaña, St. René en Anjou, St. Greluchon en Bourges, St. Regnaud, St. Arnaud. St. Foutin, el más popular de todo el Sur de Francia, tenía fama de haber sido el primer obispo de Lyon. Cuando los hugonotes destruyeron su santuario en Embrun, el prodigioso falo del santo personaje fue rescatado de entre las ruinas teñido de rojo por las abundantes libaciones de vino que sus adoradores acostumbraban verter sobre él, bebiendo luego ese líquido como remedio infalible contra la esterilidad y la impotencia."[4]

La prostitución sagrada era otra institución que estuvo muy extendida en la antigüedad. En algunos lugares, mujeres usualmente respetables iban a un templo y practicaban el acto sexual con un sacerdote o con un traseúnte fortuito. En otros casos, las sacerdotisas mismas eran rameras sagradas. Probablemente todas estas costumbres proceden del intento de asegurar la fertilidad de las mujeres mediante el favor de los dioses y la feracidad de las cosechas por magia simpática.

Hasta aquí hemos considerado los elementos sexuales de la religión; sin embargo, desde épocas muy tempranas existen junto a ellos elementos antisexuales, que vencieron completamente a sus contrarios en los lugares en que prevalecieron el cristianismo y el budismo. Westermack[5] da muchos ejemplos de lo que él llama "la curiosa noción de que hay algo impuro y pecaminoso en el matrimonio y, en general, en las relaciones sexuales". En las más diversas regiones, completamente alejadas de toda influencia cristiana o budista, han existido órdenes de sacerdotes y sacerdotisas consagrados al celibato. Entre los judíos, la secta de los esenios consideraba impura toda relación sexual. Esta idea parece haber ganado terreno en la antigüedad, aun en los círculos más hostiles al cristianismo. En el Imperio Romano había indudablemente una tendencia al ascetismo. Entre los griegos y romanos cultos, el epicureísmo se extinguió casi y fue reemplazado por el estoicismo. Muchos pasajes de los libros apócrifos ponen de manifiesto una actitud casi monacal hacia las mujeres, muy diferente de la robusta virilidad de los

[4] Briffault, *loc. cit.*, p. 40.

[5] *History of Human Marriage* (Historia del matrimonio humano), pp. 151 y ss.

Escaneado con CamScanner

libros más antiguos del Viejo Testamento. Los neoplatónicos eran casi tan ascéticos como los cristianos. La doctrina de que la materia es impura se extendió por Occidente desde Persia. La doctrina de la Iglesia representa una forma no extrema de este mismo punto de vista, pero no quiero ocuparme de la Iglesia hasta el próximo capítulo. Lo evidente es que, en ciertas circunstancias, los hombres pueden llegar espontáneamente a tomar horror al sexo, y cuando esto ocurre, estamos frente a un impulso tan natural como la más común atracción por el mismo. Es necesario tenerlo en cuenta y comprenderlo psicológicamente si se quiere ser capaz de juzgar qué tipo de sistema sexual es más apto para satisfacer la naturaleza humana.

Para comenzar hay que advertir que sería inútil buscar en las creencias la fuente de una actitud de esta clase. Las creencias de este tipo están inspiradas, en un principio, por un estado de ánimo; es verdad que, una vez establecidas, pueden perpetuar ese estado de ánimo, o al menos acciones que concuerden con dicho estado; pero es muy difícil que sean la causa primaria de una actitud antisexual. Yo diría que las dos causas principales de tal actitud son los celos y la fatiga sexual. Cuando se despiertan los celos, aunque sea débilmente, el acto sexual se nos aparece odioso, y el desearlo nos resulta aborrecible. El hombre puramente instintivo, si pudiera hacer su voluntad, haría que todas las mujeres le amaran a él y solamente a él; cualquier amor que otorguen a otros hombres le provoca emociones que fácilmente pueden convertirse en condenación moral. Esto ocurre especialmente si la mujer es su esposa. Los personajes de Shakespeare, por ejemplo, no desean que sus mujeres sean apasionadas. La mujer ideal es, según Shakespeare, la que se somete a los abrazos de su marido por sentimiento del deber y que, al mismo tiempo, nunca pensaría en tener un amante, puesto que el sexo en sí mismo le es desagradable y sólo lo soporta porque la ley moral le ordena que lo haga. El marido instintivo, cuando descubre que su mujer lo ha traicionado, se siente lleno de aversión hacia ella y el amante, e inclinado a concluir que el sexo todo es bestial y detestable. Esto sucederá especialmente si los excesos o la vejez lo han vuelto impotente. Como los ancianos tienen en la mayoría de las sociedades más peso que los jóvenes, es natural que la opinión oficial y correcta sobre las cuestiones sexuales no sea la de la fogosa juventud.

La fatiga sexal es un fenómeno introducido por la civilización; ha de ser completamente desconocido entre los animales y muy raro entre hombres incivilizados. Es improbable que ocurra en un matrimônio monogámico, excepto en muy pequeño grado, porque la mayoría de los hombres necesitan del estímulo de

Escaneado con CamScanner

la novedad para llegar a excesos fisiológicos. Es también improbable que ocurra cuando las mujeres están en libertad de rehusar sus favores, pues, en ese caso, al igual que los animales hembras, exigirán que el galanteo preceda a cada acto sexual, y no otorgarán sus favores hasta que sientan que las pasiones del hombre están suficientemente excitadas. La civilización ha vuelto raros este sentimiento y esta conducta puramente instintivos. Lo que más ha tendido a eliminarlos es el factor económico. Tanto las mujeres casadas como las prostitutas fundan su modo de vivir en sus encantos sexuales y, por lo tanto, no se rinden sólo cuando su instinto les induce a ello. Esto ha disminuido grandemente el papel desempeñado por el galanteo, que es la salvaguardia de la naturaleza contra la fatiga sexual. En consecuencia, los hombres que no están refrenados por una ética bastante estricta pueden caer en excesos que producen finalmente un sentimiento de hastío y disgusto, el cual lleva naturalmente a convicciones ascéticas.

Cuando los celos y la fatiga sexual actúan juntamente, como ocurre a menudo, la fuerza de la pasión antisexual puede llegar a ser muy grande. Creo que es por esta razón que el ascetismo puede desarrollarse en sociedades muy licenciosas.

El celibato como fenómeno histórico tiene, sin embargo, también otras fuentes. Es posible que se considere a los sacerdotes y sacerdotisas desposados con la divinidad a cuyo servicio están consagrados, y obligados por lo tanto a abstenerse de toda relación sexual con mortales. Adquieren naturalmente una consideración de excepcional santidad y de este modo se establece una asociación entre santidad y celibato. Incluso hoy en día, en la Iglesia católica se considera a las monjas, prometidas de Cristo. Y seguramente ésta es una de las razones por las que se juzga condenable su relación sexual con mortales.

Sospecho que otras causas más oscuras que las que hemos examinado hasta ahora, tienen que ver con el aumento del ascetismo en los últimos tiempos del mundo antiguo. Hay épocas en las cuales la vida parece jovial, los hombres vigorosos, y los goces de esta existencia mundana suficientes para dar satisfacción completa. Hay otras durante las cuales los hombres parecen hastiados, este mundo y sus goces no bastan, y los hombres buscan consuelo espiritual o una vida futura para compensar la natural vaciedad de este escenario sublunar. Compárese el Salomón del "Cantar de los Cantares" con el Salomón del Eclesiastés; uno representa el mundo antiguo en su cenit, el otro en su decadencia. No pretendo conocer la causa de esta diferencia. Quizás es algo muy simple y fisiológico, tal como la sustitución de una vida urbana sedentaria

Escaneado con CamScanner

por una activa vida al aire libre; quizá los estoicos tenían hígados poco activos; quizás el autor del Eclesiastés pensó que todo es vanidad porque no hacía suficiente ejercicio. Como quiera que fuese, no hay duda que tal estado de ánimo conduce fácilmente a la condenación del sexo. Probablemente las causas que hemos sugerido y también otras diversas, contribuyeron al general hastío de las últimas centurias de la antigüedad, siendo el ascetismo uno de los aspectos de ese hastío. Desgraciadamente la ética cristiana fue formulada durante este período decadente y mórbido. Los hombres vigorosos de períodos posteriores hicieron lo posible por conducirse de acuerdo con una concepción de la vida perteneciente a gente enferma, hastiada y desilusionada que había perdido todo sentido de los valores biológicos y de la continuidad de la vida humana. Pero esto pertenece al capítulo próximo.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO V

La ética cristiana

"El matrimonio —dice Westermack— está arraigado en la familia más bien que la familia en el matrimonio." En los tiempos precristianos esta idea hubiera sido una verdad trivial, pero desde el advenimiento del cristianismo se ha convertido en una proposición importante que es necesario formular con énfasis. El cristianismo, y particularmente San Pablo, introdujeron una idea del matrimonio enteramente nueva: que éste existe en primer lugar no para procrear sino para prevenir el pecado de fornicación.

Las ideas de San Pablo sobre el matrimonio están expuestas en la primera epístola a los corintios con una claridad que nada deja que desear. Del texto se deduce que los cristianos de Corinto habían adoptado la curiosa práctica de tener relaciones ilícitas con sus madrastras (I Cor. v. 1) y San Pablo sintió que la situación debía ser encarada decididamente. Las ideas que expone son las siguientes:[1]

1. Cuanto a las cosas de que me escribisteis: bien es el hombre no tocar mujer.
2. Mas a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido.
3. El marido pague a la mujer la debida benevolencia; y asimismo la mujer al marido.
4. La mujer no tiene potestad de su propio cuerpo, sino el marido: e igualmente tampoco el marido tiene potestad de su propio cuerpo, sino la mujer.
5. No os defraudéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de *mutuo consentimiento*, para ocuparos en la oración: y volved a juntaros en uno, porque no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia.
6. Mas esto digo por permisión, no por mandamiento.
7. Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como

[1] I Cor., VII 1-9.

Escaneado con CamScanner

yo: empero cada uno tiene su propio don de Dios; uno a la verdad así, y otro así.

8. Digo pues a los solteros y a las viudas, que beneficioso sería si quedaren como yo.

9. Y si no tienen don de continencia, cásense; que mejor es casarse que quemarse.

Se notará que en este pasaje San Pablo no hace mención alguna de los hijos: el fin biológico del matrimonio le parece totalmente sin importancia. Actitud muy natural, puesto que él se imaginaba que el segundo Advenimiento era inminente y con éste, el fin del mundo. En el segundo Advenimiento los hombres serían divididos en ovejas y cabras; la única cosa de real importancia era el poder contarse entre las ovejas en esa ocasión. San Pablo sostiene que el comercio sexual, aun en el matrimonio, es algo así como un estorbo en el intento de alcanzar la salvación (I Cor. VII 32-34). Sin embargo las personas casadas pueden salvarse, pero la fornicación es pecado mortal, y el fornicador impenitente puede estar seguro de que se contará entre las cabras. Recuerdo que un médico me recomendó una vez que dejara de fumar y me dijo que me resultaría más facil, si cada vez que sentía deseos me ponía a chupar un caramelo ácido. Este es el espíritu con el que San Pablo recomienda el matrimonio. No sugiere que éste es enteramente tan agradable como la fornicación, sino que piensa que puede capacitar a los hermanos más débiles para resistir la tentación; no sugiere en ningún momento que haya algo positivamente bueno en el matrimonio, o que el afecto entre marido y mujer sea algo bello y deseable, ni se interesa en lo más mínimo en la familia; la fornicación ocupa el centro de la escena en sus pensamientos y con referencia a ella se organiza toda su ética sexual. Es como si se sostuviera que la única razón para cocer pan es prevenir que la gente robe tortas. San Pablo no se digna decirnos por qué la fornicación es algo tan perverso. Se inclina uno a sospechar que, habiendo desechado la ley mosaica y encontrándose por tanto en libertad de comer cerdo, quiso mostrar que, a pesar de todo, su moral era tan rigurosa como la de los judíos ortodoxos. Quizás el que la carne de cerdo hubiera estado prohibida desde tanto tiempo atrás hizo que pareciera a los judíos tan deliciosa como la fornicación. De ahí que San Pablo tuviera necesidad de ser tan enérgico respecto a los elementos ascéticos de su credo.

El condenar toda fornicación era una novedad de la religión cristiana. El Viejo Testamento, como muchos códigos de la civilización primitiva, prohíbe el adulterio, pero entiende

Escaneado con CamScanner

por adulterio la relación con una mujer casada. Esto es evidente para cualquiera que lea atentamente el Viejo Testamento. Por ejemplo, cuando Abraham va a Egipto con Sara, dice al rey que Sara es su hermana, y el rey, creyéndoselo, la toma para su harén; cuando posteriormente se da cuenta que ella es la mujer de Abraham, el rey se siente fuertemente impresionado por haber pecado sin saberlo, y reprocha a Abraham el que no le hubiese dicho la verdad. Este era el código usual en la antigüedad. Se tenía mala opinión sobre una mujer que tuviera relaciones sexuales fuera del matrimonio, pero no se condenaba a un hombre a menos que tuviera relaciones con la mujer de otro, en cuyo caso era culpable de ofensa contra la propiedad. La idea cristiana de que toda relación sexual fuera del matrimonio es inmoral se funda, como hemos visto en los pasajes de San Pablo arriba citados, en la idea de que toda relación sexual, aun dentro del matrimonio, es lamentable. Una idea de este tipo, que es contraria a los hechos biológicos, no puede ser vista por gente sana sino como una mórbida aberración. El hecho de que esté profundamente incorporada a la ética cristiana ha hecho del cristianismo, durante toda su historia, una fuerza tendiente a producir desórdenes mentales e ideas malsanas sobre la vida.

Las ideas de San Pablo fueron enfatizadas y exageradas por la Iglesia primitiva; se consideraba sagrado el celibato, y los hombres se retiraban al desierto para combatir a Satán, que les llenaba la imaginación de visiones lúbricas.

La Iglesia atacó la costumbre de bañarse fundándose en que todo lo que hace al cuerpo más atractivo tiende hacia el pecado. Se elogiaba la suciedad, y el olor de santidad se iba haciendo cada vez más penetrante. "La pureza del cuerpo y sus vestiduras —dijo Santa Paula— denotan la impureza del alma."[2] Llamaban a los piojos, perlas de Dios, y el estar cubierto de ellos era señal indispensable para un santo varón.

"San Abraham el eremita, en los cincuenta años que vivió desde su conversión, se rehusó terminantemente a lavarse la cara o los pies. Se dice que era una persona de singular belleza, y su biógrafo, algo extrañamente, comenta que 'su rostro reflejaba la pureza de su alma.'

"San Amón nunca se vio desnudo. Una famosa virgen, llamada Silvia, aunque había cumplido sesenta años y pese a que sus enfermedades eran consecuencia de sus hábitos, se negó resueltamente a lavarse parte alguna de su cuerpo excep-

[2] Havelock Ellis, *Studies in the Psichology of Sex* [Estudios sobre psicología sexual], vol. IV, p. 31.

Escaneado con CamScanner

to los dedos. Santa Eufrasia ingresó en un convento de 130 monjas que nunca se lavaban los pies y que temblaban ante la sola mención del baño. En cierta ocasión, un anacoreta creyó ser víctima de una ilusión diabólica al ver pasar frente a él por el desierto un ser desnudo, negro por la suciedad y por muchos años de intemperie, y con su cabellera blanca flotando al sol. Se trataba de una mujer, en otro tiempo hermosa, Santa María Egipcíaca, que llevaba cuarenta y siete años expiando sus pecados de ese modo. Si los monjes caían ocasionalmente en hábitos más delicados, eran objeto de fuertes reproches. 'Nuestros padres —decía el abad Alejandro, mirando el pasado con tristeza— nunca se lavaban la cara, pero nosotros frecuentamos los baños públicos.' Se contaba de un monasterio situado en el desierto, donde los monjes habían sufrido mucho la carencia de agua para beber; pero ante la plegaria del abad Teodosio brotó un caudal copioso. Pronto algunos monjes, tentados por la abundante provisión, se apartaron de su antigua austeridad y persuadieron al abad de que se aprovechase el agua construyendo un baño. El baño fue construido. Una vez, y sólo una vez, habían disfrutado los monjes sus abluciones cuando el caudal dejó de fluir. Oraciones, lágrimas y ayunos fueron en vano. Corrió casi un año. Finalmente el abad destruyó el baño, que era el objeto del descontento divino, y el agua fluyó nuevamente."[3]

Es evidente que donde prevalecían estas ideas sobre el sexo, las relaciones sexuales, cuando se produjesen, tenderían a ser rudas y brutales, como la bebida bajo la Ley seca. El arte de amar fue olvidado y el matrimonio se embruteció.

"Aunque los servicios prestados por los ascetas al imprimir en la mente de los hombres la convicción profunda y duradera de la importancia de la castidad fueron en extremo grandes, se vieron contrapesados por su nociva influencia sobre el matrimonio. Dos o tres bellas descripciones de esta institución pueden encontrarse en la inmensa masa de los escritos patrísticos, pero, en general, sería difícil concebir algo más grosero y repulsivo que la manera en que la encaran. La institución que la naturaleza ha destinado a cumplir el noble fin de reparar los estragos de la muerte, y que se extiende, como mostrara Linneo, hasta el mundo de las flores, era tratada invariablemente como una consecuencia de la caída de Adán. El matrimonio era visto sólo en su más bajo aspecto.

[3] W. E. H. Lecky, *History of European Morals* [Historia de las costumbres europeas], vol. II, pp. 117-18.

Escaneado con CamScanner

"Se omitía casi absolutamente la consideración del tierno amor que suscita, de las santas y bellas cualidades domésticas que lo acompañan. Los ascetas querían atraer a los hombres a una vida de virginidad, y como necesaria consecuencia se trataba al matrimonio como a un estado inferior. Se lo consideraba necesario, sin duda, para la propagación de la especie y para liberar al hombre de males mayores; era por lo tanto justificable pero no dejaba de ser un estado de degradación del cual debía huir quien aspirase a la verdadera santidad. 'Cortar con el hacha de la Virginidad la selva del Matrimonio,' era, en el enérgico lenguaje de San Jerónimo, el fin del santo; y si consentía en alabar el matrimonio era simplemente porque producía vírgenes. Aun ya establecido el vínculo, el aguijón de la pasión ascética persistía. Ya hemos visto cómo amargaba otras relaciones de la vida doméstica. En ésta, la más santa de todas, infundía una acerbidad decuplicada. Si el marido o la mujer llegaban a ser poseídos por un fuerte fervor religioso, esto tenía como primer efecto el hacer imposible una unión feliz. El cónyuge más religioso deseaba inmediatamente consagrarse a una vida de solitario ascetismo o, al menos, si no se producía una separación ostensible, de innatural separación dentro del matrimonio. El enorme lugar que estas ideas ocupan en los escritos exhortatorios de los Padres y en las leyendas de los santos, ha de ser familiar para todo el que tenga algún conocimiento de esta rama de la literatura. Así —para dar solamente unos pocos ejemplos— San Nilo, cuando ya había tenido dos hijos, fue poseído del anhelo ascético predominante y consiguió persuadir a su mujer, después de muchas lágrimas, de que consintiese en la separación. San Amón, la noche de su boda, presentó a su novia los males del estado matrimonial y su arenga resultó tal que ambos decidieron separarse inmediatamente. Santa Melania tuvo que trabajar larga y activamente para que su esposo consintiese en permitirle abandonar su lecho. San Abraham huyó de junto a su mujer, la noche de su matrimonio. Según una leyenda algo posterior, San Alejo dio el mismo paso, pero muchos años después retornó de Jerusalén a la casa de su padre donde se encontraba su mujer, lamentando todavía el abandono; mendigó y como acto de caridad le dieron albergue; allí vivió hasta su muerte, sin que nadie lo reconociese, despreciado e ignorado.!'[4]

Sin embargo, la Iglesia católica no ha seguido siendo tan

[4] W. E. H. Lecky, *History of European Morals* [*Historia de las costumbres europeas*], vol. II, pp. 339-41.

Escaneado con CamScanner

antibiológica como San Pablo y los eremitas de la Tebaida. De lo que San Pablo dice, se infiere que el matrimonio ha de ser considerado solamente un desahogo, más o menos legítimo, para el placer. No se puede inferir de sus palabras que tuviera objeción alguna que hacer a los métodos anticonceptivos; uno se ve llevado a suponer que hubiera considerado peligrosos los períodos de continencia que la preñez y el parto traen consigo. La Iglesia ha adoptado un punto de vista diferente. En la doctrina cristiana ortodoxa, el matrimonio tiene dos fines: uno, el que San Pablo reconoce; el otro, la procreación. La consecuencia de esto ha sido el que la moral sexual se volviera aún más difícil de lo que la hizo San Pablo. No sólo el acto sexual es legítimo exclusivamente dentro del matrimonio, sino que aun entre marido y mujer es pecado a menos que esté dirigido a la procreación. De acuerdo con la Iglesia católica, el deseo de tener descendencia legítima es el único motivo que puede justificar el acto sexual. Pero este motivo siempre lo justifica, sin importar qué crueldades puedan acompañarlo. Que la mujer odie el acto sexual, que corra el riesgo de morir en otro embarazo, que sea probable que el hijo nazca loco o enfermo, que falten recursos para prevenir la última miseria, nada de esto impide al marido exigir justificadamente sus derechos conyugales, con tal que desee engendrar un hijo.

La doctrina católica sobre esta materia tiene una doble base: descansa, por un lado, en el ascetismo que encontráramos ya en San Pablo; por el otro, sobre la idea de que es bueno traer al mundo tantas almas como sea posible, porque toda alma es capaz de salvación. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, el hecho de que todas las almas sean también capaces de condenarse no se toma en cuenta, pese a que parece ser bastante pertinente. Por ejemplo, los católicos usan su influencia para impedir a los protestantes la práctica de los métodos anticonceptivos, no obstante que, según ellos, la gran mayoría de los niños protestantes cuya existencia es consecuencia de aquella acción política, padecerán eternos tormentos en el otro mundo. Esto hace que su acción parezca desprovista de bondad, pero, sin duda, éstos son misterios que el profano no puede esperar comprender.

El reconocimiento de la procreación como uno de los fines del matrimonio es muy parcial en la doctrina católica. Se agota en la deducción de que el comercio sexual es pecado si no está dirigido a engendrar. Nunca llegó tan lejos como para permitir la disolución del matrimonio por causa de esterilidad. Por más ardientemente que un hombre desee tener hijos, si

Escaneado con CamScanner

su mujer es estéril no tiene solución dentro de la doctrina católica. El fin positivo del matrimonio, es decir la procreación, desempeña un papel subordinado, y el fin principal sigue siendo, como en San Pablo, la prevención del pecado. La fornicación ocupa aún el centro de la escena, y el matrimonio es mirado todavía como una alternativa comparativamente menos deplorable.

La Iglesia católica ha tratado de encubrir esta baja idea del matrimonio con la doctrina de que el matrimonio es un sacramento. La eficacia práctica de esta doctrina reside en que de ella se infiere la indisolubilidad del matrimonio. No importa lo que los cónyuges hagan, aunque uno de ellos se vuelva sifilítico o loco o borracho consuetudinario o viva abiertamente en otra compañía; la relación de los casados sigue siendo sagrada, y si puede concederse en ciertas circunstancias una separación *a mensa et foro*, nunca puede concederse el derecho a un nuevo casamiento. Esto causa, claro está, grandes sufrimientos, pero como este sufrimiento es la voluntad de Dios, debe soportarse.

Junto a esta teoría extremadamente rígida, el catolicismo ha tenido siempre cierto grado de tolerancia para lo que sostenía que era pecado. La Iglesia ha reconocido que no se puede esperar de la naturaleza humana ordinaria una vida conforme a sus preceptos, y se mostró dispuesta a dar la absolución al fornicador con tal que el pecador reconociera su falta e hiciese penitencia. Esta tolerancia en la práctica era un método para acrecentar el poder del clero, ya que solamente los curas podían absolver, sin lo cual la fornicación acarrearía la condenación eterna.

La perspectiva del protestantismo ha sido algo diferente, en teoría, menos severa, pero en la práctica, en cierta manera, mucho más. A Lutero lo impresionó mucho la frase "Mejor es casarse que quemarse", y además, estaba enamorado de una monja. Dedujo que, pese a los votos de castidad, él y la monja tenían el derecho de casarse, ya que de otro modo, dada la fuerza de su pasión, llegarían a caer en pecado mortal. En consecuencia, el protestantismo abandonó el elogio del celibato, característico de la Iglesia católica, y en los lugares en que llegó a ser fuerte abandonó también la doctrina del casamiento como sacramento y toleró el divorcio en ciertas circunstancias. Pero a los protestantes la fornicación los escandalizaba más que a los católicos y los tornaba mucho más rígidos en sus condenaciones morales. La Iglesia católica contaba con que ciertos pecados se cometerían y preparó métodos de habérselas con ellos; los protestantes, por el contrario,

Escaneado con CamScanner

abandonaron las prácticas católicas de la confesión y de la absolución y dejaron al pecador en una posición mucho más desesperada que la que ocupa en la Iglesia católica. Ambos aspectos de esta actitud pueden verse en los Estados Unidos donde el divorcio es sumamente fácil, mientras que el adulterio se condena con severidad mucho mayor que en la mayoría de los países católicos.

Es evidente que todo el sistema de la ética cristiana, tanto en la forma católica como en la protestante, requiere un examen apartado tanto como sea posible de los preconceptos a los cuales la mayoría de nosotros está predispuesto por una educación católica. La afirmación enfática y reiterada, especialmente durante la infancia, produce en la mayoría de las personas creencias hasta tal punto firmes que llegan a tener dominio aun sobre lo inconsciente, y muchos de nosotros, que nos imaginamos tener una actitud enteramente emancipada con respecto a la ortodoxia, realmente estamos todavía controlados subconscientemente por sus enseñanzas. Debemos preguntarnos con toda franqueza qué llevó a la Iglesia a condenar toda fornicación. ¿Pensamos que ha tenido fundamentos sólidos para esta condena? O si no lo pensamos, ¿hay fundamentos, distintos de los que aduce la Iglesia, a partir de los cuales nos veamos conducidos a la misma conclusión? Para la Iglesia primitiva hay en el acto sexual algo esencialmente impuro, pese a lo cual es excusable cuando se lo lleva a cabo después de llenar ciertas condiciones preliminares. Esta actitud es puramente supersticiosa; las razones que llevaron a su adopción fueron presumiblemente las mismas que, como vimos en el capítulo anterior, pueden causar una actitud antisexual, es decir que los primeros que inculcaron una actitud de este tipo habrían de tener enfermo su cuerpo o su espíritu, o ambos a la vez. El hecho de que una opinión haya estado muy difundida no es prueba alguna de que no sea totalmente absurda; y por cierto, en vista de lo tonta que es la mayoría de la humanidad, una creencia extendida tiene más posibilidades de ser necia que de ser sensata. Los naturales de las islas Pelew creen que la perforación de la nariz es necesaria para ganar la bienaventuranza eterna.[5] Los europeos piensan que se alcanza mejor fin mojándose la cabeza y pronunciando al mismo tiempo ciertas palabras. La creencia de los isleños de las Pelew es una superstición; la creencia de los europeos es una de las verdades de nuestra santa religión.

Jeremías Bentham hizo un cuadro de los móviles de la

[5] Westermarck, *op. cit.*, p. 170.

Escaneado con CamScanner

acción en el cual a cada deseo humano se le da un nombre distinto en tres columnas paralelas, según se quiera alabarlo, censurarlo o tratarlo neutralmente. Así encontramos en una columna, "gula", y en oposición a esto, en la columna siguiente, "afición a los placeres del banquete". Y del mismo modo, encontramos en la columna que da nombres elogiosos a los impulsos, "espíritu público", y opuesto a esto, en la columna siguiente, "despecho". A todo el que quiera pensar claramente sobre problemas de ética, le recomiendo que imite a Bentham en este punto, y después de acostumbrarse al hecho de que casi todas las palabras que implican censura tienen un sinónimo que implica elogio, adquiere el hábito de usar palabras que no impliquen elogio ni censura. Tanto "adulterio" como "fornicación" son palabras que implican una reprobación moral tan grande que en tanto se las usa, resulta difícil pensar claramente. Hay también otras palabras, usadas por los escritores lascivos que quieren corromper nuestra moral: tales escritores hablarán de "galanteo", o de "amor desligado de los fríos vínculos legales". Ambos tipos de palabras están destinados a despertar prejuicios; si queremos pensar desapasionadamente, debemos evitar tanto un tipo como el otro. Desgraciadamente, esto arruinará inevitablemente nuestro estilo literario. Tanto las palabras de elogio como las de censura son vívidas e interesantes. El autor, por poca habilidad que tenga, podrá excitar las emociones del lector en el sentido que desee y arrebatarlo con una invectiva o un panegírico. Pero nosotros queremos apelar a la razón y por lo tanto tenemos que emplear palabras neutrales e insulsas tales como "relaciones sexuales extramaritales". Y acaso este precepto sea demasiado austero, puesto que estamos tratando un tema en el cual están fuertemente comprometidas las emociones humanas, y si eliminamos demasiado completamente de nuestro escrito la emoción, podemos fracasar en nuestro intento de expresar la naturaleza del tema que estamos tratando. En todas las cuestiones sexuales hay una polaridad según sean descritas desde el punto de vista de los participantes o desde el de los observadores envidiosos. Lo que hacemos nosotros mismos es "galanteo", lo que hacen los demás es "fornicación". Por lo tanto debemos recordar los términos coloreados emocionalmente, y podemos emplearlos cuando nos sean necesarios; pero debemos hacerlo muy parcamente y, en lo principal, hemos de contentarnos con una terminología neutral o científicamente apropiada.

Era inevitable que la ética sexual cristiana, insistiendo tanto en la virtud sexual, contribuyese en mucho a degradar la posi-

Escaneado con CamScanner

ción de las mujeres. Como los moralistas eran hombres, la mujer hacía el papel de tentadora; si los moralistas hubiesen sido mujeres ese papel lo habría desempeñado el hombre. Puesto que la mujer era la tentadora, resultaba deseable reducir sus oportunidades de arrastrar a los hombres hacia la tentación; por consiguiente, se rodeó a las mujeres respetables con restricciones, mientras que a las que no eran respetables se las trataba del modo más ultrajante porque se las consideraba pecadoras. Sólo en tiempos bastante modernos recobraron las mujeres el grado de libertad del que gozaban en el Imperio Romano. El sistema patriarcal, como vimos, hizo mucho por esclavizar a las mujeres, pero mucho de esto había sido reparado poco antes de surgir el cristianismo. Después de Constantino la libertad de las mujeres fue reducida nuevamente con el pretexto de defenderlas del pecado. Sólo con la decadencia de la noción de pecado en los tiempos modernos, las mujeres comenzaron a reconquistar su libertad.

Los escritos de los Padres están llenos de invectivas contra la mujer:

"Se presentaba a la mujer como la puerta del infierno, como la madre de todos los males humanos. Debería avergonzarse ante el mero pensamiento de que era una mujer. Debería vivir en penitencia continua, en vista de las maldiciones que ha traído sobre el mundo. Debería avergonzarse por su vestido, que es marca recordatoria de su caída. Debería avergonzarse especialmente por su belleza, que es el más poderoso instrumento del demonio. La belleza física fue perpetuamente tema de incriminaciones eclesiásticas, si bien hay que hacer una singular excepción: se ha observado que en la Edad Media hacíase mención siempre de la belleza de los obispos en la inscripción sepulcral. Un Concilio provincial del siglo sexto llegó a prohibir a las mujeres recibir la Eucaristía en sus manos desnudas, en razón de su impureza. La posición esencialmente subordinada de las mujeres se mantuvo permanentemente."[6]

Las leyes de la propiedad y la herencia fueron alteradas en el mismo sentido contra las mujeres, y únicamente gracias a los librepensadores de la Revolución francesa las hijas recobraron el derecho a heredar.

[6] W. E. H. Lecky, *History of European Morals* [Historia de las costumbres europeas], vol. II, pp. 357-8.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO VI

El amor romántico

Con la victoria del cristianismo y los bárbaros, las relaciones entre el hombre y la mujer alcanzaron un grado de brutalidad desconocido en el mundo antiguo durante muchos siglos. El mundo antiguo era vicioso pero no brutal. En la alta Edad Media la religión y la barbarie se combinaron para degradar el aspecto sexual de la vida. En el matrimonio, la mujer no tenía derechos; fuera del matrimonio, como todo era pecado, no tenía objeto refrenar la natural bestialidad del hombre incivilizado. La inmoralidad de la Edad Media a más de extendida fue repugnante; había obispos que vivían en abierto pecado con sus propias hijas; y hubo arzobispos que promovían a sus favoritas a las sedes sufragáneas[1]. Crecía la opinión en favor del celibato eclesiástico, pero la práctica no concordaba con el precepto. El papa Gregorio VII realizó ingentes esfuerzos para que los clérigos abandonaran a sus concubinas, pero vemos que Abelardo, mucho después de esta campaña, podía mirar como posible, aunque escandaloso, su casamiento con Eloísa. El celibato eclesiástico no fue impuesto con rigidez hasta fines del siglo decimotercero. Por cierto que los clérigos siguieron teniendo relaciones ilícitas con mujeres, aunque sin poder concederles dignidad o belleza alguna a estas relaciones debido a que ellos mismos las consideraban inmorales e impuras. La Iglesia, dada su idea sobre el sexo, no podía hacer nada para embellecer la concepción del amor. Hacer esto fue, necesariamente, obra de laicos.

"No es sorprendente que los clérigos, una vez quebrantado los votos y comenzada una vida que juzgaban de pecado habitual, cayesen a un nivel mucho más bajo que los laicos. No se puede hacer hincapié en algunos ejemplos aislados de depravación como el del papa Juan XIII*, que fue condenado por

[1] Cf. Lea, *History of the Inquisition in the Middle Ages* [Historia de la Inquisición en la Edad Media], vol. I, pp. 9-14.

* Nota de los Ed.: Juan XIII fue papa, o mejor dicho anti-papa, de 1410 a 1415.

Escaneado con CamScanner

incesto y adulterio, además de muchos otros crímenes, o el abad electo de Santa Agustina, en Canterbury, de quien se descubrió en 1171, durante una investigación, que tenía diecisiete hijos ilegítimos en un solo pueblo; o un abad de San Pelayo, en España, a quien se le probó en 1130 que había tenido más de sesenta concubinas; o Enrique III, obispo de Lieja, que fue depuesto en 1274 porque tenía sesenta y cinco hijos ilegítimos; pero es imposible resistir a la evidencia proporcionada por una larga cadena de Concilios y escritores eclesiásticos que coinciden en la pintura de males mucho mayores que el simple concubinato. Se hacía notar que cuando los clérigos tomaban mujer, el conocimiento de la ilegalidad de estas relaciones resultaba fatal para su fidelidad, y la bigamia y la extrema movilidad de los vínculos eran muy comunes entre ellos. Los escritores de la Edad Media traen muchas noticias de conventos de monjas que eran como burdeles, de la multitud de infanticidios cometidos entre sus muros, y de la inveterada generalidad del incesto entre los clérigos, que hizo necesario que se promulgaran muchas veces las disposiciones más estrictas prohibiéndoles vivir con sus madres y hermanas. Uno de los grandes servicios del cristianismo había sido casi desarraigar del mundo el amor antinatural, pero más de una vez se comenta su subsistencia en los monasterios; y poco antes de la Reforma las quejas contra el empleo del confesionario como medio de corrupción se hicieron frecuentes y ruidosas."[2]

En toda la Edad Media se mantiene una curiosísima división entre las tradiciones grecorromanas de la Iglesia y las tradiciones teutónicas de la aristocracia. Cada una hizo sus contribuciones a la civilización pero en forma enteramente distinta. La Iglesia aportó saber, filosofía, el derecho canónico, la concepción de la unidad de la cristiandad, todo ello producto de la tradición recibida de la antigüedad mediterránea. Los laicos aportaron el derecho civil, las formas del gobierno secular, la caballería, la poesía y la novela. La contribución que nos interesa especialmente es el amor romántico.

No sería correcto decir que el amor romántico era desconocido antes de la Edad Media, pero sólo en la Edad Media llegó a ser una forma comúnmente reconocida de pasión. Lo esencial del amor romántico consiste en que considera al objeto amado muy difícil de poseer y muy precioso. Por consiguiente hace grandes y variados esfuerzos para conquistar el

[2] W. E. Lecky, *History of European Morals* [Historia de las costumbres europeas], vol. II, pp. 350-351.

Escaneado con CamScanner

objeto amado, por medio de la poesía, de la canción, de los hechos de armas o por cualquier otro método que se juzgue agradable para la dama. La creencia en el inmenso valor de la dama es un efecto psicológico de la dificultad de obtenerla, y creo que se puede afirmar que cuando un hombre no tiene dificultad en conseguir una mujer, sus sentimientos con respecto a ella no tomarán la forma del amor romántico. El amor romántico, tal como aparece en la Edad Media, no se dirigió, en un comienzo, hacia mujeres con quienes el enamorado pudiera tener relaciones sexuales, legítimas o ilegítimas, sino a mujeres de la más elevada respetabilidad que estaban separadas de sus románticos enamorados por insuperables barreras de moralidad y convención. Tan completamente llevó a cabo la Iglesia su tarea de hacer que los hombres sintieran el sexo inherentemente impuro, que llegó a ser imposible experimentar sentimiento poético alguno hacia una mujer a menos de considerarla inalcanzable. Por consiguiente, el amor, para tener alguna belleza, había de ser platónico. Difícilmente podrá un ser de nuestra época representarse en la imaginación la psicología del enamorado-poeta de la Edad Media. Manifestaban una ardiente devoción, sin deseo alguno de intimidad, y esto resulta tan curioso para un moderno, que se inclina a considerar estos amores como una mera convención literaria. Sin duda alguna, a veces no era otra cosa y su expresión literaria está dominada, evidentemente, por convenciones. Pero el amor de Dante por Beatriz, tal como está expresado en la *Vita Nuova* no es, con certeza, meramente convencional; yo diría, por el contrario, que es una mención más apasionada que la que experimenta la mayoría de los modernos. Los espíritus más nobles de la Edad Media tenían una mala opinión de esta vida terrenal; para ellos, nuestros instintos eran los productos de la corrupción y el pecado original; odiaban el cuerpo y su concupiscencia; el goce puro residía para ellos solamente en una contemplación extática que les parecía libre de toda impureza sexual. En la esfera del amor, esta perspectiva no podía producir sino una actitud como la que encontramos en Dante. A un hombre que amaba y respetaba profundamente a una mujer, le resultaba imposible asociarla a la idea de una relación sexual puesto que toda relación sexual sería para él más o menos impura; su amor debía tomar, por lo tanto, formas poéticas e imaginativas y llenarse naturalmente de simbolismo. El efecto de todo esto sobre la literatura fue admirable, como puede verse en el desarrollo gradual de la literatura amorosa, desde su comienzo en la corte del emperador Federico II hasta su apogeo en el Renacimiento.

Escaneado con CamScanner

Una de las mejores descripciones del amor en la Edad Media que se conozca se halla en el libro de Huizinga, *El ocaso de la Edad Media* (1924).

"Cuando en el siglo XII —dice— el deseo insatisfecho fue puesto por los trovadores de Provenza en el centro de la concepción poética del amor, se operó un cambio importante en la historia de la civilización. También la antigüedad cantó los sufrimientos del amor, pero no los concebía sino como la espera del amor o su lastimosa frustración. El momento crítico sentimental de Píramo y Tisbe, de Céfalo y Procris, es su fin trágico, es la penosa pérdida de una felicidad que ya gozaban. La poesía cortesana, por el contrario, hace del deseo mismo el *motivo* esencial y crea de ese modo una concepción del amor con una base negativa. Sin perder toda conexión con el amor sexual, el nuevo ideal poético podía abrazar todo género de aspiraciones éticas. El amor se convirtió en un campo en el que florecía toda perfección moral y cultural. El enamorado cortesano es puro y virtuoso a causa de su amor. Hacia el fin del siglo XIII el elemento espiritual va predominando cada vez más, el *dolce stil nuovo* de Dante y sus amigos termina por atribuir al amor la virtud de producir un estado de piedad y de santa intuición. Se había alcanzado ya un punto extremo. La poesía italiana fue desandando camino hasta una expresión menos exaltada del sentimiento erótico. En Petrarca encontramos, junto al ideal del amor espiritualizado, la atracción por la gracia más natural de los modelos antiguos. El sistema artificial del amor cortesano fue abandonado poco después y sus sutiles distinciones no llegaron a revivir cuando el platonismo del Renacimiento, latente ya en la concepción cortesana, suscitó nuevas formas de poesía erótica de tendencia espiritual.

"Sin embargo, en Francia y en Borgoña el proceso no se desarrolló igual que en Italia porque las ideas aristocráticas francesas sobre el amor estaban dominadas por el *Roman de la Rose*, que trata al amor al modo caballeresco pero sin insistir en que permanezca insatisfecho.

"Esto era, de hecho, una reacción contra la doctrina de la Iglesia y una aserción virtualmente pagana del puesto legítimo del amor en la vida.

"La existencia de una clase social superior cuyas nociones intelectuales y morales se encierran y conservan en un *ars amandi* es un hecho excepcional en la historia. En ninguna otra época el ideal de civilización se amalgama hasta un grado

Escaneado con CamScanner

tal con el del amor. Del mismo modo que la escolástica representa el gran esfuerzo del espíritu medieval por unir todo el pensamiento filosófico en un solo centro, la teoría del amor cortesano tiende, en una esfera menos elevada, a abarcar todo lo que se relaciona con la vida noble. El *Roman de la Rose* no destruyó el sistema, sólo modificó sus tendencias y enriqueció sus contenidos."[3]

La época era de extraordinaria grosería, pero el tipo de amor por el que aboga el *Roman de la Rose*, aunque no es virtuoso en el sentido eclesiástico, es refinado, galante y noble. Claro está que tales ideas correspondían únicamente a la aristocracia; presuponían no sólo el ocio sino también cierta emancipación de la tiranía eclesiástica. La Iglesia aborrecía los torneos en los cuales los motivos amorosos eran prominentes y era, sin embargo, impotente para suprimirlos; lo mismo sucedió con el amor caballeresco. En nuestra edad democrática estamos prontos a olvidar lo que el mundo ha debido, en distintas épocas, a las aristocracias. Seguramente, el Renacimiento no hubiera tenido tanto éxito en la resurrección del amor, si los romances de caballería no le hubieran preparado el camino.

En el Renacimiento, como consecuencia de la vuelta al paganismo, el amor dejó, en general, de ser platónico, pero siguió siendo poético. El caso de Don Quijote y su Dulcinea nos muestra qué pensaba el Renacimiento de la convención medieval. Sin embargo, la tradición medieval no perdió toda su influencia; *Astrophel y Stella*, de Sidney, está lleno de ella y ha influido considerablemente en los sonetos de Shakespeare al señor W. H. En general, sin embargo, la poesía amorosa característica del Renacimiento es alegre y sin complicaciones.

Do not mock me in thy bed
While these cold nigths freeze me dead

(No estés en tu cama burlándote de mí
mientras estas noches frías me hielan a muerte)

dice un poeta isabelino. Hay que admitir que este sentimiento se presenta sin complicaciones ni inhibiciones, y que de ningún modo es platónico. Sin embargo el Renacimiento aprendió del amor platónico de la Edad Media a emplear la poesía como medio de enamorar. En Cimbelino se ríen de Cloten

[3] Huizinga, *The Waning of the Middle Ages* [El Ocaso de la Edad Media], pp. 95-6.

Escaneado con CamScanner

porque no es capaz de escribir su propio poema de amor y se ve obligado a hacer que le compongan, a tantos peniques la línea, aquel *Hark, hark, the lark* (Oye, oye, la alondra); esfuerzo considerable después de todo. Es curioso que antes de la Edad Media, pese a existir abundancia de poesía referente al amor, muy poca tomara parte directa en el empeño de enamorar. Hay poesías chinas que representan la tristeza que provoca en una dama la ausencia de su señor; en la poesía mística de la India el alma es representada como la desposada que anhela vehementemente la llegada del esposo, que es Dios; pero se nota que los *hombres* tenían tan poca dificultad para conseguir la mujer que deseaban, que rara vez les era necesario cortejarlas con música y poesía. Desde el punto de vista de las artes, es ciertamente lamentable que las mujeres sean demasiado accesibles; lo más conveniente es el acceso difícil pero no imposible. Esta situación existió más o menos desde el Renacimiento. Las dificultades han sido en parte externas, y en parte internas, derivadas las últimas de los escrúpulos debidos a la enseñanza moral convencional.

El amor romántico alcanzó su apogeo en el movimiento romántico, y se podría, quizá, tomar a Shelley como su mayor apóstol. Cuando Shelley se enamoraba, se sentía rebosante de tales exquisitas emociones y pensamientos imaginativos que ellos mismos conducían a la expresión poética; es muy natural que juzgara que la emoción que producía tales resultados había de ser enteramente buena, y que no viera razón alguna para reprimir el amor. Pero su argumento se basaba en una psicología errónea. Eran los obstáculos a sus deseos los que lo impulsaban a escribir poesía. Si no hubiesen llevado a un convento a la noble e infortunada lady Emilia Viviani, Shelley no habría sentido que le era necesario escribir el *Epipsychidion*; ni habría escrito nunca *The Recollection* si Jane Williams no hubiese sido una mujer virtuosa. Las barreras sociales contra las que lanzaba sus invectivas eran parte esencial del estímulo a sus mejores actividades. El amor romántico tal como lo vivió Shelley depende de un equilibrio inestable que se produce cuando las barreras convencionales todavía existen, pero no son ya insuperables; si las barreras son rígidas, o no existen, no es de esperar que florezca el amor romántico. Uno de los casos extremos es el sistema chino: en este sistema un hombre no tiene trato con ninguna mujer respetable que no sea la suya, y cuando ella no le basta va a un burdel; otros le eligen la esposa, a la que probablemente no conocerá hasta el día del casamiento; por consiguiente, todas sus relaciones sexuales están divorciadas del amor en el

Escaneado con CamScanner

sentido romántico y nunca tiene ocasión de realizar esos esfuerzos para enamorar a la mujer cortejándola, que son el origen de la poesía amatoria. En el otro extremo, tenemos un estado de completa libertad en el que es probable que un hombre capaz de crear una gran poesía amatoria tuviera un éxito tal, merced a sus atractivos, que rara vez tendría necesidad de apelar a sus mejores esfuerzos imaginativos para lograr una conquista. Vemos que la poesía amatoria depende de la existencia de cierto delicado equilibrio entre la convención y la libertad, y no es de esperar que exista en su mejor forma donde la balanza se desnivela hacia uno de los lados.

La poesía amatoria no es el único fin del amor, y el amor romántico puede florecer sin conducir a su expresión artística. Creo que el amor romántico es la fuente de los más intensos encantos que la vida puede ofrecer. En la relación entre un hombre y una mujer que se quieren con pasión, imaginación y ternura, hay algo de inestimable valor cuyo desconocimiento constituye una gran desgracia para cualquier ser humano.

Creo importante que un sistema social haga posible este goce, aunque sólo puede ser un ingrediente en la vida y no su fin principal.

En tiempos completamente modernos, es decir, más o menos desde la época de la Revolución francesa, se desarrolló la idea de que el matrimonio había de ser el resultado del amor romántico. La mayoría de los modernos, al menos en los países de lengua inglesa, dan esto por evidente y no tienen idea de que no hace mucho tiempo era una innovación revolucionaria. Uno de los temas frecuentes en las novelas y obras teatrales de hace un siglo es la lucha de la generación joven por establecer esta nueva base para el matrimonio, opuesta a la forma tradicional de elección paterna. Pero se puede dudar si el efecto ha sido tan bueno como los innovadores esperaban. Algo puede decirse en apoyo del principio de la señora Malaprop según el cual, puesto que tanto el amor como la aversión se desgastan durante el matrimonio, es mejor por lo tanto comenzar con un poco de aversión. Lo cierto es que cuando la gente se casa sin mutuo conocimiento sexual previo y bajo la influencia del amor romántico, cada uno de los novios imagina que el otro posee perfecciones superiores a las de un mortal y se imagina que su matrimonio será un largo sueño de bienaventuranza. A esto está expuesta especialmente la mujer que ha sido criada ignorante y pura e incapaz por lo tanto de distinguir el apetito sexual del equilibrio entre los caracteres. En los Estados Unidos, donde la idea romántica del matrimonio ha sido tomada más en serio que en ninguna

Escaneado con CamScanner

otra parte, y donde tanto la ley como la costumbre están basadas sobre los sueños de las solteronas, se ha obtenido como resultado que el divorcio sea muy corriente y los matrimonios felices muy raros. El matrimonio es una cosa más seria que el placer que les produce a dos personas el estar juntas; es una institución que por producirse en ella la procreación, forma parte del tejido íntimo de la sociedad, y tiene una importancia que se extiende a mucho más que los sentimientos personales de los cónyuges. Puede resultar beneficioso —creo que así es— que el casamiento sea motivado por el amor romántico, pero ha de entenderse que el tipo de amor que hará posible que los casados sigan siendo felices y los fines sociales del matrimonio se cumplan, no es el romántico sino otro más íntimo, afectuoso y realista. En el amor romántico el objeto amado no es visto con exactitud sino a través de una niebla mágica. Para cierto tipo de mujer es posible, sin duda, permanecer envuelta en esta niebla aún después del casamiento siempre que tenga un cierto tipo de marido; pero sólo podrá lograrlo si evita toda verdadera intimidad con el marido y mantiene una reserva de esfinge sobre sus pensamientos y sentimientos más profundos, como así también cierto recato corporal. Pero tales maniobras impiden que un matrimonio realice sus mejores posibilidades, que dependen de una intimidad afectuosa, sin mezcla de ilusión. Además, la idea de que el amor romántico es esencial para el matrimonio es demasiado anárquica, y, al igual que la concepción de San Pablo, aunque en sentido opuesto, olvida que son los hijos los que hacen importante el matrimonio. Si no fuera por los hijos, no habría necesidad de institución alguna en lo que se refiere al sexo, pero no bien aparecen los hijos, es forzoso que el marido y la mujer, si tienen algún sentido de la responsabilidad o un poco de cariño por su descendencia, comprendan que los sentimientos del uno por el otro han dejado de ser lo más importante.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO VII

La liberación de la mujer

La moral sexual se encuentra en la actualidad en un estado de transición debido principalmente a dos causas: la primera es la invención de los anticonceptivos, y la segunda la emancipación de la mujer. Más adelante consideraré la primera de estas causas; la segunda es el tema de este capítulo.

La emancipación de las mujeres es parte del movimiento democrático; comienza con la Revolución francesa que, como hemos visto, alteró las leyes en un sentido favorable a las hijas. La *Vindicación de los derechos de las mujeres* (1792) de Mary Wollstonecraft es un producto de las ideas que determinaron la Revolución francesa y que ésta, a su vez, motivó. Desde entonces hasta el día presente las exigencias de las mujeres por igualarse con los hombres han venido sosteniéndose con fuerza y buen éxito continuamente crecientes. *La sujeción de las mujeres*, de John Stuart Mill —libro muy persuasivo y bien razonado— tuvo gran influencia sobre los miembros más reflexivos de la generación siguiente a la suya. Mi padre y mi madre fueron sus discípulos, y mi madre solía pronunciar discursos en favor del voto femenino ya en la década del sesenta. A causa de su ardiente feminismo me trajo al mundo la primera mujer médica, la doctora Garret Anderson, a quien entonces no se le consentía ejercer la medicina general y era sólo partera con título. En aquellos días tempranos, el movimiento feminista estaba limitado a las clases alta y media, y no tenía, por lo tanto, mucha fuerza política. Cada año se ponía a consideración del Parlamento un proyecto para conceder el voto a las mujeres que, pese a ser siempre presentado por el señor Eterno Pedigüeño y apoyado por el señor de las Estrafalarias Maneras, no tenía posibilidad alguna de convertirse en ley. Las feministas de clase media de entonces obtuvieron, sin embargo, un gran triunfo en su esfera propia: la aprobación de la ley sobre bienes de las mujeres casadas (1882). Hasta la aprobación de esa ley, cualquier propiedad que tuviera una mujer casada estaba bajo control del marido, aunque por supuesto cuando había de por medio un

Escaneado con CamScanner

"trust" no podía gastarse el capital. No es necesario recapitular la historia subsiguiente del movimiento feminista en su aspecto político porque es muy reciente y de sobra conocida. No obstante, vale la pena observar que la rapidez con que las mujeres adquirieron derechos políticos en la mayoría de los países civilizados no tiene paralelo en el pasado, si se tiene en cuenta la inmensa magnitud del cambio de perspectiva que esto representa. La abolición de la esclavitud es un caso más o menos análogo, pero la esclavitud, después de todo, no existió en los países europeos en los tiempos modernos y no tenía que ver con algo tan íntimo como las relaciones entre el hombre y la mujer.

Las causas de este cambio súbito son, me parece, dos: por un lado, la influencia directa de la teoría democrática, que hizo imposible encontrar otra respuesta lógica a las demandas de las mujeres; por el otro, el número siempre en aumento de las mujeres que luchaban por ganarse la vida fuera del hogar y dejaban de depender del favor de padres o maridos para satisfacer sus necesidades cotidianas. Esta situación alcanzó su más alto grado, naturalmente, durante la guerra, cuando gran parte del trabajo que hacían habitualmente los hombres tuvieron que llevarlo a cabo las mujeres. Una de las objeciones que se hacían comúnmente al voto femenino antes de la guerra, era que las mujeres tenderían al pacifismo. Al compartir los trabajos de la guerra desmintieron tal acusación, y el voto les fue acordado por su participación en la sangrienta tarea. Este resultado puede que haya sido desilusionador para los promotores idealistas que se habían imaginado que las mujeres levantarían el tono moral de la política, pero parece ser el destino de los idealistas conseguir aquello por lo cual han luchado en una forma tal que destruye sus ideales. Los derechos de la mujer no dependían, por cierto, de ninguna creencia en su superioridad moral o de otro tipo sobre los hombres; dependían solamente de sus derechos como seres humanos, o más bien, de la causa general de la democracia. Pero como sucede siempre que una clase o nación oprimida reclama sus derechos, sus abogados trataron de fortalecer su causa afirmando que las mujeres tenían méritos peculiares que generalmente se representaban como pertenecientes al orden moral.

Pero la emancipación política de las mujeres sólo indirectamente tiene que ver con nuestro tema; lo que es importante, en relación con el matrimonio y la moral, es su emancipación social. En Oriente, en épocas tempranas y hasta nuestros días, se aseguraba la virtud de las mujeres segregándolas. No se hacía intento alguno por darles medios de autodominio; se

Escaneado con CamScanner

hacía todo lo posible por alejar de ellas las oportunidades de pecar. En Occidente nunca se adoptó ese método decididamente, pero a las mujeres respetables se las educaba desde su más temprana infancia en el horror a toda relación sexual ajena al matrimonio. A medida que los métodos de esta educación se perfeccionaban cada vez más, las barreras iban siendo suprimidas. Los que más hacían por suprimir las barreras exteriores estaban convencidos de que las interiores resultarían suficientes. Se pensaba, por ejemplo, que era innecesaria la doncella de compañía, pues una buena chica, si había sido bien educada, nunca cedería, ante los avances de un galán, por más oportunidades que tuviera de ceder. Cuando yo era joven las mujeres respetables sostenían generalmente que la relación sexual era desagradable para la gran mayoría de las mujeres, que la soportaban en el matrimonio sólo por su sentido del deber; alentando estas ideas, se atrevían a correr el riesgo de conceder a sus hijas un grado de libertad mayor del que había parecido prudente en épocas más realistas. Quizá los resultados fueron algo distintos de lo que se esperaba, y la diferencia existió tanto en el caso de las mujeres casadas como en el de las solteras. Las mujeres de la era victoriana estaban, y muchas mujeres lo están todavía, en una prisión. Esta prisión no era un hecho del que tuviesen conciencia, puesto que consistía en inhibiciones subconscientes. La decadencia de las inhibiciones que ha tenido lugar entre los jóvenes de nuestro tiempo, ha llevado a la reaparición en la conciencia de los deseos instintivos que habían sido enterrados bajo montañas de gazmoñería. Esto está teniendo un efecto revolucionario sobre la moral sexual, no sólo en un país o en una clase, sino en todos los países civilizados y en todas las clases.

La demanda de igualdad entre hombres y mujeres se refiere desde un comienzo no sólo a las cuestiones políticas, sino también a la moral sexual. La actitud de Mary Wollstonecraft era enteramente moderna, pero no fue imitada en este aspecto por las siguientes promotoras de los derechos femeninos. En su mayor parte eran, por el contrario, moralistas muy rígidas que tenían la esperanza de imponer a los hombres las cadenas que hasta ese momento sólo habían soportado las mujeres. Pero después de 1914 las mujeres jóvenes, sin teorizar mucho, tomaron otro rumbo. La excitación emocional de la guerra fue sin duda la causa que precipitó ese nuevo movimiento, pero de cualquier modo hubiera acontecido antes de mucho tiempo. En el pasado, los motivos de la castidad femenina eran el miedo al fuego del infierno y el miedo a la preñez; el

Escaneado con CamScanner

primero fue suprimido por la decadencia de la ortodoxia teológica, el segundo por los anticonceptivos. La moral tradicional consiguió mantenerse durante un tiempo merced a la fuerza de la costumbre y la inercia mental, pero el choque de la guerra derribó esas barreras. Las feministas modernas no ansían ya tanto como las de hace treinta años reducir los "vicios" de los hombres; piden, más bien, que lo que está permitido para los hombres, también lo esté para las mujeres. Sus predecesoras buscaron la igualdad en la esclavitud moral, mientras que ellas buscan la igualdad en la libertad moral.

Todo este movimiento se encuentra todavía en una fase muy temprana y es imposible prever su desarrollo. Por ahora, casi todos los que adhieren a sus principios y los ponen en práctica son muy jóvenes. Tienen muy pocos defensores entre las personas de peso e importancia. La policía, la ley, la Iglesia y sus padres están contra ellos cada vez que los hechos llegan a conocimiento de estos depositarios del poder, pero, en general, los jóvenes tienen la bondad de ocultárselos a quienes se entristecerían, de llegar a conocerlos. Si algún escritor, como el juez Lindsey, hace públicos los hechos, los viejos afirman que difaman a los jóvenes, mientras que los jóvenes no consideran esto una difamación.

Claro está que una situación de este tipo es muy inestable. El problema es cuál de estas dos cosas ocurrirá primero: que los viejos se enteren de los hechos y se pongan a trabajar para privar a los jóvenes de su libertad recién ganada, o que los jóvenes, al madurar, lleguen a ocupar posiciones de dignidad e importancia que hagan posible dar sanción de autoridad a la nueva moral. Es de suponer que en algunos países se llegará a una de las soluciones, y en otros, a la otra. En Italia, donde la inmoralidad, como todo lo demás, es una prerrogativa del gobierno, se está haciendo un vigoroso esfuerzo para imponer la "virtud". En Rusia se da el caso exactamente opuesto, ya que el gobierno está en favor de la nueva moralidad. Se puede esperar que la libertad triunfe en las zonas protestantes de Alemania, mientras que el éxito es mucho más dudoso en las zonas católicas. Es sumamente improbable que en Francia se desarraigue la convención, honorable ya por lo antigua, según la cual la inmoralidad tiene ciertas formas decididamente toleradas que no debe traspasar. No me atrevo a profetizar qué ocurrirá en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Detengámonos ahora un momento a considerar qué implicaciones lógicas tiene la exigencia de que las mujeres sean las iguales de los hombres. Desde tiempos inmemoriales, en la práctica, si no en la teoría, se ha tolerado a los hombres que

Escaneado con CamScanner

mantuvieran relaciones sexuales ilícitas. No se ha esperado que el hombre llegue virgen al matrimonio, y aun después del matrimonio; las infidelidades, si no llegan a conocimiento de la esposa y los vecinos, no parecen asunto de demasiada gravedad. Este sistema es posible merced a la prostitución. Pero la defensa de esta institución resultaría difícil para un hombre de nuestra época, y pocos sugerirán que las mujeres adquieran los mismos derechos que los hombres merced al establecimiento de un sistema de prostitución masculina para la satisfacción de las mujeres que quieran parecer virtuosas sin serlo. Pero en estos tiempos de matrimonios tardíos es completamente seguro que sólo un pequeño porcentaje de hombres guardarán continencia hasta que puedan fundar un hogar con una mujer de su misma clase social. Y si los hombres solteros no han de ser continentes, las solteras sostendrán, basándose en la igualdad de derechos, que ellas tampoco tienen obligación de serlo. Para los moralistas, esta situación resultará, sin duda, lamentable. Todo moralista convencional que se tome el trabajo de reflexionar acerca de esto se verá obligado a aceptar en la práctica la doble norma, es decir, la idea de que la virtud sexual es más importante en la mujer que en el hombre. Argüirán que su ética teórica exige continencia también a los hombres. Pero la respuesta obvia a esto es que no se puede hacer cumplir esta exigencia a los hombres porque para ellos es fácil pecar en secreto. El moralista convencional se ve obligado entonces a aceptar contra su voluntad no sólo la desigualdad entre los hombres y mujeres, sino también la idea de que es mejor para un joven tener trato sexual con prostitutas que con muchachas de su clase, pese a que con éstas las relaciones no serán mercenarias y podrán ser afectuosas y profundamente encantadoras, lo que no ocurrirá en el caso de las prostitutas. Claro está que los moralistas no se preocupan de reflexionar sobre las consecuencias que trae su defensa de una moral que saben que no será obedecida; creen que como ellos no abogan por la prostitución, no son responsables de que la prostitución sea el resultado inevitable de su doctrina. Pero esto es sólo una prueba más de que el moralista profesional de hoy en día es un hombre de inteligencia menos que mediana.

En vista de las circunstancias expuestas, es evidente que en tanto motivos económicos impidan a los hombres casarse tempranamente, y mientras muchas mujeres queden sin casarse, la igualdad entre hombres y mujeres exige un relajamiento de las normas tradicionales de virtud femenina. Si se consiente a los hombres el tener relaciones sexuales prematrimoniales —como

Escaneado con CamScanner

de hecho ocurre—, lo mismo debe consentirse a las mujeres. Es evidentemente una injusticia que en los países donde haya exceso de mujeres, todas las que por necesidad aritmética queden solteras, se vean totalmente privadas de experiencia sexual. Sin duda, las promotoras del movimiento feminista no alcanzaban a prever estas consecuencias que sus continuadoras más modernas perciben con claridad. Todo el que se oponga a estas conclusiones debe tener conciencia de que se opone a que se haga justicia al sexo femenino.

Estas soluciones que la nueva moral promueve frente a la antigua, traen consigo consecuencias claramente diferenciadas. Si ya no se ha de exigir castidad a las muchachas ni fidelidad a las esposas, será necesario arbitrar nuevos métodos de salvaguardar la familia o bien otras formas de admitir su disolución. Una solución posible sería que la procreación ocurriera sólo dentro del matrimonio y que todas las relaciones sexuales extramaritales fueran esterilizadas por medio del uso de anticonceptivos. En tal caso, los maridos quizás aprendieran a tolerar a los amantes, como los orientales a los eunucos. La dificultad de este plan, al menos en la situación actual, consiste en que exige más confianza en la eficacia de los anticonceptivos y en la veracidad de las esposas de lo que parece racional; puede ser, sin embargo, que esta dificultad disminuya con el tiempo. La otra alternativa compatible con la nueva moral es la decadencia de la paternidad en tanto que institución social importante, y la asunción por el estado de los deberes de los padres. En algunos casos en los que el padre se sintiera seguro de su paternidad y encariñado con su hijo, podría, sin duda, hacer por propia voluntad lo que ahora hacen normalmente los padres en cuanto a sostén financiero de la madre y del hijo; pero no estaría obligado a ello por ley. Todos los chicos estarían en la posición en que están ahora los hijos ilegítimos de paternidad desconocida, con la diferencia de que el estado, mirándolos como el caso normal, se tomaría en criarlos más trabajo del que se toma en el presente.

Si por el contrario, ha de restablecerse la vieja moral, ciertas cosas son esenciales; algunas de ellas ya han sido puestas en práctica, pero la experiencia prueba que solas no son efectivas. Sería esencial, en primer término, que la educación de las jóvenes se ocupara de volverlas estúpidas, supersticiosas e ignorantes; este requisito ya se cumple en aquellas escuelas sobre las que la Iglesia tiene algún control. El requisito siguiente es una censura muy severa sobre todos los libros que proporcionen informaciones sobre temas sexuales; también esta

Escaneado con CamScanner

condición va en camino de cumplirse en Inglaterra y en los Estados Unidos, ya que la censura, sin cambios en la ley, va volviéndose cada vez más estrecha merced al celo creciente de la policía. Pero estas condiciones ya existen y son claramente insuficientes. La única medida suficiente consiste en quitar a las jóvenes toda oportunidad de estar a solas con hombres: se deberá prohibirles que se ganen la vida fuera del hogar; no se les permitirá que salgan si no las acompaña su madre o su tía; se suprimirá severamente la lamentable costumbre de que concurran, sin alguien que las vigile, a los bailes. Se considerará ilegal que una soltera menor de cincuenta años tenga automóvil, y quizá sería prudente someter a todas las solteras a una revisión médica mensual a cargo de médicos policiales y enviar a presidio a todas las que no resultaren vírgenes. Se deberá extirpar de raíz, evidentemente, el uso de anticonceptivos, y será ilegal emitir dudas sobre el dogma de la condenación eterna en conversaciones con mujeres solteras. Si estas medidas fueran aplicadas vigorosamente durante cien años o más, podrían, quizás, hacer algo por detener la creciente ola de inmoralidad. Creo, sin embargo, que para prevenir el riesgo de ciertos abusos, sería necesario castrar a todos los policías y médicos. Quizá fuese inteligente dar un paso más en esta política, en vista de la inherente depravación del carácter masculino. Me inclino a pensar que los moralistas harían bien en abogar por que se castrara a todos los hombres, con excepción de los ministros de la religión[1].

Se ve, pues, que en cualquier camino que adoptemos, tendremos dificultades y objeciones. Si dejamos que la nueva moral siga su curso, irá más lejos todavía y se presentarán dificultades que ahora apenas podemos apreciar. Si, por el contrario, intentamos dar fuerza en el mundo moderno a las restricciones que eran posibles en una época anterior, nos vemos llevados a una estricta y enmarañada reglamentación, contra la cual pronto se rebelaría la naturaleza humana. Esto es tan claro que debemos contentarnos con que el mundo marche hacia adelante y no hacia atrás, cualesquiera sean las dificultades o peligros. Para este fin necesitamos una moral genuinamente nueva. Quiero decir que han de reconocerse obligaciones y deberes, aunque muy diferentes de las obligaciones y deberes reconocidos en el pasado. Mientras los moralistas se satisfagan predicando la vuelta a un sistema que está tan muerto como el arroró, no pueden hacer nada para mo-

[1] Después de leer *Elmer Gantry*, empiezo a temer que ni siquiera esa excepción sería del todo prudente.

Escaneado con CamScanner

ralizar la nueva libertad o por puntualizar los nuevos deberes que ésta trae consigo. No creo que el nuevo sistema implique, en mayor grado que el antiguo, una desenfrenada sumisión a los impulsos, pero creo que las ocasiones y motivos para restringirlos tendrán que ser diferentes de lo que han sido en el pasado. Realmente, es necesario pensar de nuevo todo el problema de la moral sexual. Las siguientes páginas quieren contribuir, si bien humildemente, a esa tarea.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO VIII

El tabú del conocimiento sexual

El primer problema que debemos plantearnos al intentar construir una nueva moral sexual no es el que trata el modo de regulación de las relaciones entre los sexos, sino la cuestión previa que consiste en saber si es bueno mantener a hombres, mujeres y niños en una ignorancia artificial de los hechos concernientes a los asuntos sexuales. La razón que tengo para otorgar el primer puesto a este problema es que la ignorancia respecto a esos temas es, según trataré de hacer ver al lector en este capítulo, extraordinariamente dañosa para el individuo y, por lo tanto, no puede ser deseable un sistema para cuya perpetuación sea indispensable esa ignorancia. Yo creo que una moral sexual no puede depender de la ignorancia, sino que debe recomendarse por sí sola a las personas bien informadas. Esto es parte de una doctrina más amplia, nunca sostenida por gobiernos o policías, pero indudable a la luz de la razón. Afirma esa doctrina que la ignorancia nunca puede, salvo raros accidentes, fomentar la conducta correcta, ni el conocimiento estorbarla. Es verdad, sin duda, que si A quiere que B actúe de cierta manera favorable a los intereses de A pero no a los de B, a A le resultará útil mantener a B en la ignorancia de los hechos que podrían probar a éste dónde residen sus verdaderos intereses. Pero esta verdad, muy sabida en la Bolsa, no es tenida por válida en las consideraciones más elevadas de la ética. También la tienen en cuenta los gobiernos que dedican grandes esfuerzos a ocultar ciertos hechos: un ejemplo conocido es el deseo que tiene todo gobierno de impedir mención alguna de una derrota en la guerra, porque el conocimiento de una derrota puede provocar la caída del gobierno, accidente contrario a su interés, aunque conveniente casi siempre para la nación. Aunque la reticencia en las cuestiones sexuales pertenezca en lo principal a otro orden, proviene, al menos en parte, de un motivo similar. Al comienzo, sólo se pretendía mantener en la ignorancia a las mujeres, pues esto era una ayuda para la dominación masculina. Pero poco a poco las mujeres convinieron en que la igno-

Escaneado con CamScanner

rancia es esencial para la virtud, y en parte a través de su influencia, se llegó a pensar que los niños y los jóvenes, tanto los varones como las mujeres, debían ser tan ignorantes como fuera posible en los asuntos sexuales. En este punto perdió vigencia el motivo de la dominación y se produjo el paso a la región del tabú irracional. Nunca se examina el problema de si la ignorancia es deseable, e incluso es ilegal aducir pruebas de que causa daño. Como demostración, transcribo el siguiente extracto del *Manchester Guardian* del 25 de abril de 1929:

"Los liberales norteamericanos han sido dolorosamente impresionados por el resultado del juicio contra la señora Mary Ware Dennett, a quien el jurado federal de Brooklyn declaró ayer culpable de enviar literatura obscena por correo. La señora Dennett es la autora de un folleto muy elogiado y difundido que en lenguaje decoroso da a los niños instrucción elemental en cuestiones sexuales. Debe hacer frente ahora a una posible sentencia de cinco años de prisión o una multa de mil libras, o a ambas penas.

"La señora Dennett, muy conocida por sus obras sociales, es madre de dos hijos ya mayores, para cuya instrucción escribió originariamente el folleto hace once años. Fue publicado en una revista médica y reimpreso luego en forma de folleto, a pedido del editor. Cuenta con la aprobación de médicos, clérigos y sociólogos eminentes, y las secciones masculinas y femeninas de las Asociaciones Cristianas de Jóvenes han distribuido muchos miles de ejemplares. Incluso lo han utilizado las escuelas municipales de Bronxvile, suburbio elegante de Nueva York.

"El juez federal Warren B. Burrows, de Nueva Inglaterra, que presidía, no tuvo en cuenta estos hechos y no consintió que prestasen declaración los distinguidos médicos y educadores que estaban dispuestos a dar su testimonio, ni permitió que se hicieran oír al jurado las expresiones de autores prominentes que daban su aprobación a la obra de la señora Dennett. Virtualmente el juicio consistió en leer en voz alta el folleto a un jurado compuesto de hombres de edad, casados, y que, de acuerdo al criterio seguido por el fiscal, no habían leído las obras de H. L. Mencken ni las de Havelock Ellis.

"El *World* de Nueva York parece estar en lo cierto cuando afirma que si se prohíbe la circulación de la obra de la señora Dennett, no quedarán esperanzas de poder dar a los jóvenes norteamericanos una información franca y honesta sobre asuntos sexuales. El caso será llevado en apelación ante un tribunal superior, cuya decisión será esperada con el mayor interés."

Escaneado con CamScanner

Este caso ocurrió en los Estados Unidos, pero bien pudo haber sucedido en Inglaterra, ya que la ley inglesa es prácticamente igual a la norteamericana. Resulta entonces que, de acuerdo a la ley, una persona que proporciona información sobre temas sexuales a los jóvenes, no puede aceptar la prueba de peritos para demostrar que conviene a los jóvenes tener conocimiento sobre estos temas. Hay que notar también que, abierto un juicio de este tipo; la acusación tiene el derecho de hacer que el jurado esté compuesto de personas enteramente ignorantes, que no hayan leído nada que las capacite para juzgar el caso racionalmente. La ley declara lisa y llanamente que los niños y los jóvenes no deben conocer los hechos relativos al sexo y que el problema de si es bueno o malo para ellos el conocer esos hechos, está por completo fuera de lugar. Pese a eso, ya que *nosotros* no estamos en un tribunal y ya que este libro no está dirigido a los niños, podemos permitirnos discutir el problema de si la práctica tradicional de mantener a los niños oficialmente en la ignorancia es conveniente o no.

El proceder tradicional con los chicos consistía en mantenerlos en el mayor grado de ignorancia que los padres y los maestros pudieran lograr. Nunca veían desnudos a sus padres, y desde edad muy temprana (si las comodidades de la vivienda lo permitían) dejaban de ver desnudos a sus hermanos del sexo opuesto. Se les decía que nunca debían tocar sus órganos sexuales ni hablar de ellos; a todas las preguntas referentes al sexo se respondía con un "¡silencio, silencio!", dicho con tono de responder a algo escandaloso. Se les explicaba que a los chicos los traía la cigüeña o que se los desenterraba de junto al pie de un grosellero. Tarde o temprano llegaban a conocer la verdad, casi siempre maliciosamente mutilada, de boca de otros chicos que se la contaban en secreto y, como consecuencia de la enseñanza de los padres, todos estos nuevos conocimientos eran para ellos "cosas sucias". Los chicos inferían que el padre y la madre se comportaban en forma indecente y que para ellos mismos era vergonzosa, puesto que tanto se preocupaban de ocultar los hechos. Se daban cuenta, también, de que habían sido sistemáticamente engañados por los mismos de quienes esperaban orientación y enseñanza. Su actitud hacia los padres, hacia el matrimonio y hacia el sexo opuesto, quedaba así irrevocablemente envenenada. Muy pocos hombres o mujeres sometidos a una educación convencional lograron tener sentimientos decentes acerca del sexo y del matrimonio. Su educación les enseñó que la duplicidad y la mentira eran virtudes para sus padres y maestros; que las

Escaneado con CamScanner

relaciones sexuales, aun dentro del matrimonio, son más o menos repugnantes, y que al propagar la especie, los hombres ceden a su naturaleza animal mientras que las mujeres se sòmeten a un deber penoso. La consecuencia de esta actitud ha sido que el matrimonio resultara insatisfactorio tanto para el hombre como para la mujer, y la falta de satisfacción instintiva se ha convertido en crueldad disfrazada de moral.

El punto de vista del moralista ortodoxo[1] respecto del problema del conocimiento sexual, puede expresarse cabalmente, según creo, del modo siguiente:

El impulso sexual es muy poderoso y se manifiesta de diferentes modos en los diferentes estadios del desarrollo. En la infancia toma la forma de un deseo de tocar y jugar con ciertas partes del cuerpo; más avanzada la niñez toma la forma de curiosidad y gusto por hablar de "cosas sucias", mientras que en la adolescencia comienza a tomar formas más maduras. Es indudable que los pensamientos sexuales conducen a la mala conducta sexual, y que el mejor camino a la virtud es mantener a los jóvenes ocupados en cuerpo y mente en asuntos totalmente ajenos al sexo. Por lo tanto nunca se les debe decir nada respecto al sexo; se les debe prohibir dentro de lo posible hablar del asunto entre sí, y los adultos deben aparentar que tal tema de conversación no existe. Por estos medios es posible mantener a una muchacha en la ignorancia hasta la noche de la boda, en que los hechos la impresionarán tan desagradablemente como para producirle exactamente la àctitud hacia el sexo que todo moralista íntegro considera deseable en la mujer. Con los muchachos el problema es más difícil de solucionar, puesto que no se puede esperar que se mantengan en una ignorancia completa más allá de los dieciocho o diecinueve años como máximo. El proceder correcto para con ellos consiste en deciries que la masturbación conduce invariablemente a la locura, mientras que las relaciones con prostitutas producen, también invariablemente, enfermedades venéreas. Ninguna de estas afirmaciones es verdadera pero son mentiras piadosas, puesto que se dicen en favor de la moral. También se le debe enseñar a un muchacho que la conversación sobre temas sexuales no es permisible en circunstancia alguna, incluyendo la circunstancia matrimonial. Esto aumenta la probabilidad de que cuando se case producirá en su mujer verdadera aversión al sexo, preservándola de tal modo del riesgo del adulterio. El sexo fuera del matrimonio

[1] Este concepto incluye a la policía y a los magistrados; sin embargo es difícil que comprenda también a algún educador moderno.

Escaneado con CamScanner

es pecado; el sexo dentro del matrimonio no es pecado porque es necesario para la propagación de la especie humana, pero es un desagradable deber impuesto al hombre como castigo después de la caída, y que debe ser sobrellevado con el mismo espíritu con que uno se somete a una operación quirúrgica. Desgraciadamente, si no se hacen grandes esfuerzos, el acto sexual tiende a asociarse al placer, pero una preocupación moral suficiente puede impedir esto, al menos en la mujer. En Inglaterra es ilegal afirmar en una publicación barata que la esposa puede y suele sentir placer en el acto sexual; sé de un folleto que un tribunal condenó por obsceno, en base, entre otras cosas, a ese motivo. En la idea del sexo que he expuesto está fundada la actitud de la ley, de la Iglesia y de los educadores a la antigua.

Antes de considerar los efectos de esta actitud en el terreno del sexo, quisiera decir unas pocas palabras sobre sus consecuencias en otras direcciones. A mi modo de ver, la primera y más grave consecuencia consiste en que traba la curiosidad científica en el niño. Los chicos inteligentes se interesan por todas las cosas y sobre todas quieren saber algo; hacen preguntas acerca de trenes y autos y aviones, acerca de qué es lo que hace llover y acerca de cómo se hacen los chicos. Todas estas curiosidades están para el niño al mismo nivel; no hace más que seguir lo que Pavlov llama el reflejo del ¿qué-es-esto? , fuente de todo el conocimiento científico. Cuando el niño, en ejercicio de su deseo de conocimiento, aprende que este deseo es considerado maligno si se ejerce en ciertas direcciones, se está conteniendo el impulso entero de la curiosidad científica. No comprende cuáles tipos de curiosidad son permisibles y cuáles no: si es malo preguntar cómo se hacen los chicos, podría ser igualmente malo, hasta donde él alcanza a comprender, preguntar cómo se hacen los aviones. De cualquier modo, se ve llevado a concluir que la curiosidad científica es un impulso peligroso, que es necesario refrenar. Antes de intentar saber algo se debe averiguar, no sin cierta inquietud, si se trata de un tipo virtuoso o vicioso de conocimiento. Y como la curiosidad sexual es generalmente muy fuerte hasta que llega a atrofiarse, el niño se ve llevado a la conclusión de que el conocimiento que a él le interesa es maligno, mientras que el único conocimiento virtuoso es de un tipo tal que ningún ser humano tendrá, posiblemente, interés en él; un ejemplo sería el de la tabla de multiplicar. El interés por saber, que es uno de los impulsos espontáneos de todo chico sano, queda así destruido, y en forma artificial se convierte a los niños en estúpidos. Me parece que no

Escaneado con CamScanner

puede negarse que las mujeres, término medio, son más estúpidas que los hombres, y creo que esto se debe en gran parte al hecho de que en la juventud se les impide más efectivamente que a los varones instruirse sobre el sexo.

Además de este perjuicio intelectual, en la mayoría de los casos se produce un daño moral muy grave. Tal como por primera vez lo mostró Freud y como pronto descubre cualquiera que tenga trato íntimo con niños, las fábulas de la cigüeña y del grosellero en general, no son creídas. De ese modo el niño llega a la conclusión de que sus padres son capaces de mentirle. Además, puesto que los padres mienten en lo que se refiere al sexo, los niños concluyen que ellos también pueden mentir en tales tópicos. Hablan entre ellos acerca de estos asuntos, y muy probablemente practican la masturbación en secreto. Por este camino adquieren los hábitos del engaño y el disimulo, al mismo tiempo que, debido a las amenazas de los padres, sus vidas son ensombrecidas por el miedo. El psicoanálisis ha puesto de manifiesto que las amenazas de padres y niñeras sobre las malas consecuencias de la masturbación son una causa muy frecuente de desórdenes nerviosos, no sólo en la infancia sino también en la vida adulta.

El enfrentar convencionalmente el problema de la instrucción sexual de los jóvenes tiene como consecuencia formar gente estúpida, engañadora y miedosa y llevar a un porcentaje nada despreciable de personas al borde de la locura o de algo semejante.

Estos hechos son reconocidos ahora hasta cierto punto por todas las personas inteligentes que tienen que tratar con jóvenes; son desconocidos, sin embargo, por la ley y por quienes la administran, como lo evidencia el caso citado al comienzo de este capítulo. La situación actual, entonces, es tal, que toda persona bien informada que tiene niños a su cargo está obligada a elegir entre violar la ley o causar a quienes educa un daño moral e intelectual irreparable. Es difícil cambiar la ley, porque la mayoría de los hombres de edad son tan pervertidos, que su placer sexual depende de la creencia de que el sexo es sucio y maligno. Me temo que no haya esperanzas de reforma hasta que los que hoy son viejos o de edad madura hayan muerto.

Hasta aquí hemos estado considerando los malos efectos de los métodos convencionales fuera de la esfera del sexo; ya es tiempo de considerar los aspectos más definidamente sexuales del problema. Uno de los propósitos del moralista es, indudablemente, impedir la obsesión por los temas sexuales; esa

Escaneado con CamScanner

obsesión es en la actualidad extraordinariamente frecuente. Un ex director de Eton afirmaba recientemente que la conversación de los escolares es casi siempre torpe u obscena, pese a que los escolares que él conocía habían sido educados siguiendo los métodos más convencionales. Rodear al sexo de misterio acrecienta la natural curiosidad de los jóvenes acerca de ese tema. Si los adultos tratan el sexo exactamente como tratan cualquier otro tópico, respondiendo todas las preguntas del niño y dándole tanta información como éste desea y puede comprender, el niño nunca llega a la noción de obscenidad, puesto que esta noción depende de la creencia de que ciertos tópicos no deben mencionarse. La curiosidad sexual, como la de cualquier otro tipo, desaparece gradualmente cuando se la satisface. Por lo tanto, el mejor camino para impedir que la gente joven se obsesione con el sexo, es, con mucho, decirles acerca del asunto tanto como quieran saber.

Al decir esto, no arguyo *a priori*, sino que me baso en la experiencia. Lo que he observado entre los niños de mi escuela me ha demostrado en forma concluyente que la obscenidad de los niños, proviene de la gazmoñería de los adultos. A mis dos hijos (un niño de 7 años y una niña de 5) no se les ha enseñado nunca que el sexo o la creación tienen algo de particular, y se les ha protegido dentro de lo posible de toda idea de decencia, con su correlativa, la indecencia. Han mostrado un interés natural y sano sobre el problema del origen de los niños, pero no tanto como el que mostraban por las máquinas y los ferrocarriles. Tampoco han demostrado tendencia alguna a demorarse en esos temas, sea en ausencia o en presencia de las personas mayores. Con respecto a los otros niños de la escuela, hemos observado que si llegaban a nosotros a la edad de dos o tres años o aun cuatro, se desarrollaban exactamente igual que nuestros propios hijos; pero a la mayoría de aquellos que llegaban hasta nosotros a la edad de seis o siete, se les había enseñado ya a mirar todo lo relacionado con los órganos sexuales como sucio. Se sorprendían al ver que en la escuela se hablaba de tales asuntos en el mismo tono de voz que se empleaba al hablar de cualquier otro tema, y por algún tiempo gozaban sintiéndose en libertad de conversar sobre lo que les parecía indecente; pero, al encontrarse con que los mayores no hacían nada para impedir tales conversaciones, poco a poco se cansaban de ellas y llegaban a ser casi tan limpios de mente como aquellos a quienes nunca se les había enseñado decencia. Comenzaban después a sentirse molestos cuando alumnos nuevos intentaban iniciar conversaciones a que eran aficionados por creerlas su-

Escaneado con CamScanner

cias. De este modo, dejando el tema al aire libre, se había conseguido que quedara desinfectado, y los gérmenes nocivos que engendra cuando se lo mantiene en la oscuridad habían sido disipados. No creo que sea posible conseguir por ningún otro método un grupo de niños cuya actitud acerca de temas considerados generalmente sucios, sea tan sana y decente.

Hay un aspecto de este problema del que, según creo, no se han dado cuenta suficientemente quienes quieren limpiar el sexo de toda la inmundicia con que lo han cubierto los moralistas cristianos. La naturaleza ha asociado el sexo con los procesos excretorios, y en tanto esos procesos han sido tratados con aversión, es psicológicamente natural que alguna parte de esta aversión alcance también al sexo. Por lo tanto, cuando se trata con niños, es necesario no ser demasiado susceptible respecto a los procesos excretorios. Ciertas precauciones son necesarias, sin duda, por razones de higiene, pero tan pronto como los chicos puedan comprender, se les debe explicar que la razón de estas precauciones es sólo sanitaria y no porque estas funciones naturales tengan algo que sea repugnante en sí. No estoy discutiendo en este capítulo cómo debe ser la conducta sexual, sino solamente cuál debe ser nuestra actitud en el problema del conocimiento sexual. En lo que se ha dicho hasta ahora respecto a la instrucción sexual de los jóvenes espero y creo que habré contado con la simpatía de todos los educadores modernos ilustrados, pero llego ahora a un tópico más discutible, en el cual creo que me costará más asegurarme la simpatía del lector. Me refiero a lo que se da en llamar literatura obscena.

Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos la ley declara que las autoridades pueden, en ciertas circunstancias, destruir la literatura que se juzga obscena, y castiga al autor y al editor. En Inglaterra la ley que autoriza esto es la de lord Campbell, de 1857, que establece:

"Si en virtud de demanda existe alguna razón para creer que en alguna casa o en otro lugar se guardan libros obscenos, con el fin de venderlos o distribuirlos, y, en virtud de prueba, que uno o más de esos artículos ha sido vendido o distribuido en conexión con el lugar donde están depositados, el juez, una vez establecido que tales artículos son de un carácter e índole tal que su publicación constituirá un delito susceptible de ser perseguido, puede dictar auto confiscando tales artículos, y despueés de requerir al ocupante de la casa, el mismo juez u otro, si se ha probado que los artículos confiscados tienen el carácter establecido en el auto, y se los

Escaneado con CamScanner

guardaba con el fin arriba mencionado, puede ordenar su destrucción."[2]

La palabra "obsceno", que aparece en esta ley, no tiene definición legal precisa. En la práctica una publicación es legalmente obscena si el magistrado considera que lo es, sin que esté obligado a aceptar pruebas de peritos demostrativas de que la obra en cuestión, que en otras circunstancias podría considerarse obscena, cumple en este caso particular una finalidad útil. Esto quiere decir que todo el que escriba una novela, un tratado de sociología o un proyecto de reforma de la legislación, está expuesto, en tanto toque cuestiones sexuales, a que su obra sea destruida si algún anciano ignorante encuentra desagradable su lectura. Las consecuencias de esta ley son extraordinariamente perjudiciales. Como es bien sabido, el primer volumen de los *Estudios de psicología sexual* de Havelock Ellis fue condenado aplicando esta ley, aunque afortunadamente Estados Unidos se mostró en este caso más liberal[3]. No creo que nadie pueda insinuar que los propósitos de Havelock Ellis eran inmorales, y parece sumamente improbable que personas que buscaran meramente la emoción de la indecencia se pusieran a leer un libro tan serio, tan docto y tan voluminoso. Evidentemente es imposible tratar ese tema sin discutir puntos que el magistrado ordinario nunca mencionaría delante de su esposa o de sus hijas, pero prohibir la publicación de un libro de ese tipo, es lo mismo que establecer que a los estudiosos serios de esta materia no se les permitirá conocer los hechos. Me imagino que, desde el punto de vista convencional, uno de los aspectos más objetables de la obra de Havelock Ellis es su colección de historiales clínicos que ponen de manifiesto el fracaso extraordinario de los métodos existentes, incapaces de producir virtud o salud mental. Tales documentos proporcionan datos para un juicio racional sobre los métodos existentes de educación sexual; la ley declara que no se debe permitir que tengamos esos datos y que nuestros juicios en ese dominio deben seguir basándose en la ignorancia.

La condenación que sufrió (en Inglaterra, no en Norteamérica) *El pozo de la soledad*, ha puesto de relieve otro aspecto de la censura: que es ilegal tratar la homosexualidad en obras

[2] Véase la excelente discusión de Desmond Mac Carthy, *Obscenity and the law* [La obscenidad y la ley], Life and Letters, 1929.

[3] Debido a la persecución cumplida contra el primer volumen, los siguientes no fueron publicados en Inglaterra.

Escaneado con CamScanner

de ficción. Hay una vasta masa de conocimiento sobre la homosexualidad obtenida por estudiosos de los países del continente donde la ley es menos oscurantista, pero tales conocimientos no pueden ser divulgados en Inglaterra en obras científicas ni en obras de ficción. En Inglaterra es ilegal la homosexualidad entre hombres aunque no entre mujeres, y sería muy difícil presentar algún argumento en favor de la modificación de la ley que no fuera él mismo ilegal por causa de obscenidad. Y sin embargo, todo el que se haya tomado el trabajo de estudiar el tema sabe que esta ley es el resultado de una superstición bárbara e ignorante, en favor de la cual no se puede aducir tipo alguno de argumento racional. Consideraciones similares se aplican al incesto; hace no muchos años fue aprobada una ley que hacía criminales ciertas formas de incesto, pero era y es ilegal de acuerdo a la ley de lord Campbell presentar argumento en pro o en contra de esa ley, a menos que se dé a esos argumentos una forma tan abstracta y tan cuidadosa que pierdan toda su fuerza.

Otra consecuencia interesante de la ley de lord Campbell consiste en que se puede discutir ampliamente sobre ciertos temas empleando palabras técnicas conocidas sólo por personas muy cultas, mientras que los mismos problemas ni siquiera pueden ser mencionados si se emplean términos comprensibles para cualquiera. Está permitido, con ciertas precauciones, emplear en un impreso la palabra *coitus*, pero no está permitido el empleo del monosílabo inglés equivalente. Así se ha resuelto recientemente en el caso de *Sleeveless Errand*. A veces esta prohibición del lenguaje sencillo tiene graves consecuencias; por ejemplo el folleto de Sanger sobre el control de nacimientos, dirigido a los obreros, fue declarado obsceno debido a que las obreras podían entenderlo. Frente a esto, los libros de la doctora Marie Spotes no son ilegales porque sólo personas con cierta educación pueden comprenderlos. La consecuencia es que, mientras se puede enseñar el control de nacimiento a la gente acomodada, es criminal enseñarlo a los obreros y a sus mujeres. Recomiendo el hecho a la Sociedad de Eugenesia que está siempre lamentándose de que los obreros procreen más que la gente de la clase media, y que, al mismo tiempo, se abstiene cuidadosamente de todo intento de cambiar la ley, causa de ese estado de cosas.

Mucha gente estará de acuerdo en que estas consecuencias de la ley contra las publicaciones obscenas son lamentables, pero sostendrán, sin embargo, que esa ley es necesaria. No creo que sea posible una ley contra la obscenidad que no tenga estas consecuencias indeseables, y en vista de este hecho, me inclina-

Escaneado con CamScanner

ría a que no hubiera leyes de ninguna especie sobre este punto. El argumento en favor de esta tesis es doble: por un lado, ninguna ley puede prohibir lo malo sin prohibir también lo bueno; por otro lado, las publicaciones franca e indudablemente pornográficas harían muy poco daño si la educación sexual fuera racional.

La primera de estas tesis ha sido abundantemente probada por el uso que históricamente se ha hecho de la ley de lord Campbell en Inglaterra. Cualquiera que lea los debates sobre la ley de lord Campbell puede descubrir que ésta se dirige solamente a la supresión de la pornografía; y en la época que fue promulgada se creía que había sido redactada de tal modo que fuera imposible usarla contra otro tipo de literatura. Pero esta creencia se basaba en una apreciación insuficiente de la inteligencia de los policías y de la estupidez de los magistrados. Morris Ernts y William Seagle han tratado admirablemente en un libro[4] todo el tema de la censura. Se ocupan de la experiencia inglesa y de la norteamericana y, más brevemente, de lo que se ha hecho en otras partes. La experiencia demuestra, especialmente en el caso de la censura dramática en Inglaterra, que las piezas frívolas destinadas a excitar la concupiscencia son aceptadas fácilmente por el censor, quien no quiere que lo crean un pedante; al mismo tiempo, una pieza seria y de grandes consecuencias como *La profesión de la señora Warren* necesitaba muchos años para pasar la censura, y una pieza de sobresalientes méritos poéticos como *Los Cenci*, aunque no hay en ella una palabra que pudiera excitar la concupiscencia ni aun en San Antonio; necesitó cien años para superar la aversión que suscitó en el pecho varonil del lord Chambelán. En Norteamérica, a pesar de que no existe un censor, los casos respecto al teatro funcionan de manera similar a lo que acontece en Inglaterra. Avala este aserto el éxito de la valiente campaña de Horace Liscright respecto a "The Captive"*. Podemos establecer, por lo tanto, basándonos en gran cantidad de pruebas históricas, que la censura será usada contra obras de serio mérito artístico o científico, mientras que quienes tengan propósitos puramente lascivos encontrarán siempre la forma de escurrirse a través de las redes de la ley.

Pero hay además otro argumento que oponer a la censura: que aun la franca pornografía, si fuera abierta y sin vergüenza, haría menos daño que cuando el secreto y la clandestinidad la vuelven interesante. Pese a la ley, casi todos los hombres de

[4] *To the Pure*, Viking Press, 1928.

* Véase el excelente relato de este suceso en "Let Freedom Ring".

Escaneado con CamScanner

buena posición han visto en su adolescencia fotografías pornográficas y se han sentido orgullosos de conseguirlas porque era difícil llegar a obtenerlas. Los hombres convencionales opinan que tales cosas son perjudiciales para los otros, aunque difícilmente alguno de ellos admitirá que han sido perjudiciales para él mismo. Sin duda la pornografía suscita un transitorio sentimiento de concupiscencia, pero en todo varón sexualmente vigoroso tales sentimientos serán suscitados de un modo o de otro. La frecuencia con que un hombre experimenta la concupiscencia depende de su constitución física, mientras que las ocasiones que le provocan tales sentimientos dependen de las convenciones sociales a que ha sido acostumbrado.

Para un hombre del comienzo de la época victoriana, los tobillos de una mujer eran un estímulo suficiente, mientras que un hombre moderno puede llegar hasta los muslos sin conmoverse. Se trata meramente de una cuestión de moda en el vestir. Si la desnudez fuera la moda, dejaría de excitarnos, y las mujeres deberían adoptar las ropas para hacerse sexualmente atractivas. Consideraciones similares pueden aplicarse a la literatura y a la pintura: lo que era excitante en la época victoriana dejaría impasibles a los hombres de una época más franca. Cuanto más las mojigatas restringen el grado permisible de atractivo sexual, menos se necesita para hacer efectivo ese atractivo. Nueve décimos de la atracción de la pornografía se deben a los sentimientos indecentes respecto del sexo que los moralistas inculcan a los jóvenes; el décimo restante es fisiológico y existirá de un modo u otro, cualquiera sea la legislación.

Debido a estos motivos, y aunque temo que pocos estarán de acuerdo conmigo, estoy firmemente persuadido de que no debe haber ley alguna respecto de las publicaciones obscenas.

El tabú contra la desnudez es un obstáculo para una actitud decente en el terreno del sexo. En lo que se refiere a los niños pequeños, esto es reconocido ahora por mucha gente. Es bueno para los niños ver desnudos a los padres y a otros niños siempre que esto suceda naturalmente. Habrá un corto período probablemente alrededor de los tres años, en que el niño se interese por las diferencias entre su padre y su madre y las compare con las que existen entre él y su hermana, pero este período pronto pasa y, después de él, la desnudez no despierta el interés infantil más de lo que sucede con las ropas. En tanto los padres no quieran que sus hijos los vean desnudos, los hijos sentirán que allí hay un misterio y se volverán lascivos e indecentes. El único modo de evitar la indecencia es evitar el misterio.

Hay también muchas razones importantes en favor de la desnudez en circunstancias adecuadas, como el aire libre y el

Escaneado con CamScanner

sol. El recibir los rayos del sol sobre la piel desnuda tiene un efecto sumamente saludable. Además, a todo el que haya observado a niños que corrían desnudos al aire libre, le habrá impresionado el que se comportaran mucho mejor y se movieran más libremente y con más gracia que cuando están vestidos. Lo mismo es cierto en el caso de la gente grande. El lugar adecuado para la desnudez es un lugar abierto, al sol o en la playa. Si nuestras convenciones permitieran esto, pronto dejaría de ser un excitante sexual; estaríamos mucho mejor, sanos por el contacto del aire y del sol con la piel, y nuestros modelos de belleza se acercarían más a nuestros modelos de salud, puesto que tendrían en cuenta el cuerpo y su porte, no solamente el rostro. En este aspecto, la práctica de los griegos es recomendable.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO IX

El lugar del amor en la vida humana

En la mayoría de las comunidades, la actitud predominante hacia el sexo es singularmente doble: por un lado, es el tema principal de la poesía, las novelas y las obras de teatro; por el otro, es completamente ignorado por la mayoría de los sociólogos serios, y no se lo considera como desideratum en los planes de reforma política o económica. No creo justificable esta actitud. Considero que el amor es una de las cosas más importantes en la vida humana, y me parece malo todo sistema que interfiera innecesariamente su libre desarrollo.

El amor, en la acepción propia de la palabra, no denota cualquiera ni todas las relaciones entre los sexos, sino sólo una relación que implica considerable emoción y que es psicológica tanto como física. Emociones como las que se expresan en *Tristán e Isolda* concuerdan con las de incontables hombres y mujeres. El poder de dar expresión artística a la emoción del amor es raro, pero la emoción misma, al menos en Europa, no lo es. En ciertas sociedades es mucho más corriente que en otras y esto depende, creo, no de la naturaleza de las personas de que se trate, sino de sus convenciones e instituciones. En China es raro, y aparece en la historia como una característica de los malos emperadores descarriados por perversas concubinas: la cultura china tradicional se oponía a toda emoción fuerte y consideraba que un hombre debe mantener en todas las circunstancias el imperio de la razón. En esto se parecía a los comienzos del siglo XVIII. Nosotros, que tenemos a nuestra espalda el movimiento romántico, la Revolución francesa y la Gran Guerra, sabemos que la parte de la razón en la vida humana no es tan grande como se creía en la época de la reina Ana. La razón misma se ha hecho traición al crear la doctrina del psicoanálisis. Las tres principales actividades extrarracionales en la vida moderna son la religión, la guerra y el amor; las tres son extrarracionales, pero el amor no es antirracional, es decir, que un hombre razonable puede regocijarse razonablemente porque el amor existe. Debido a las causas que antes hemos considerado, hay en el mundo cierto antagonismo entre el amor

Escaneado con CamScanner

y la religión. No pienso que este antagonismo sea inevitable; se debe solamente a que la religión cristiana, a diferencia de algunas otras, está arraigada en el ascetismo.

En el mundo moderno, sin embargo, el amor tiene otro enemigo más peligroso que la religión: el evangelio del trabajo y del triunfo económico. Generalmente se sostiene, especialmente en los Estados Unidos, que un hombre no debe permitir que el amor interfiera en su carrera, y que si deja que esto ocurra, ese hombre es un tonto. Pero en esto, como en todos los asuntos humanos, es necesario un equilibrio. Sería insensato, aunque en algunos casos podría ser trágicamente heroico, sacrificar completamente la carrera por el amor, pero es igualmente insensato y en grado alguno heroico, sacrificar completamente el amor por la carrera. No obstante, esto ocurre, y ocurre inevitablemente en una sociedad organizada sobre la base de la acumulación universal del dinero. Considérese la vida de un típico hombre de negocios contemporáneo, especialmente en los Estados Unidos: desde que comienza a dejar la adolescencia dedica sus mejores pensamientos y sus mejores energías al triunfo financiero; todo lo otro es un mero recreo sin importancia. En su juventud satisface sus necesidades físicas de vez en cuando con prostitutas; pronto se casa, pero sus intereses son totalmente diferentes de los de su mujer y nunca llega a tener una real intimidad con ella. Llega a su casa desde la oficina, tarde y cansado; se levanta a la mañana antes de que su esposa se despierte; pasa el domingo jugando al golf, porque el ejercicio le es necesario para mantenerse en forma adecuada para la lucha por hacer dinero. Los intereses de su mujer le parecen esencialmente femeninos, y aunque los aprueba, no hace ningún intento para participar en ellos. No tiene tiempo para amores ilícitos, como tampoco lo tiene para el amor dentro del matrimonio, aunque puede, claro está, visitar ocasionalmente a una prostituta cuando está fuera del hogar por razones de negocios. Probablemente su mujer es sexualmente fría con él, de lo que no hay que asombrarse, ya que él nunca tiene tiempo de galantearla. Subconscientemente está insatisfecho, pero no sabe por qué. Ahoga su insatisfacción, principalmente, en el trabajo, pero también en otras formas menos deseables, por ejemplo, buscando el placer sádico que proporciona ver boxeo o perseguir a hombres de izquierda. Su mujer, también insatisfecha, encuentra una salida en una cultura de segundo orden y en defender la virtud molestando a todos los que llevan una vida libre y generosa. Por este camino la falta de satisfacción sexual se convierte, tanto en el marido como en la mujer, en odio a la humanidad, disfrazado de espíritu social y de elevada exigencia moral. Este desgraciado estado de cosas

Escaneado con CamScanner

se debe grandemente a una concepción errónea de nuestras necesidades sexuales. San Pablo pensaba, aparentemente, que lo único necesario en un matrimonio era la oportunidad de tener relaciones sexuales, y esta concepción ha sido aprobada en general por la doctrina de los moralistas cristianos. Su aversión al sexo los ha cegado para todos los aspectos más delicados de la vida sexual, con el resultado de que los que han sufrido esa enseñanza en su juventud, van por el mundo ciegos para las mejores potencialidades que poseen. El amor es mucho más que el deseo de realizar el acto sexual; es el principal medio de escapar de la soledad que aflige a la mayoría de los hombres y mujeres durante la mayor parte de sus vidas. La mayoría de la gente, en el fondo de su ser, tiene miedo del mundo insensible y de la posible crueldad de la multitud; siente ansias de afecto, ocultas a menudo por la aspereza, la rusticidad o los aires de baladrón en el hombre, por protestas y regaños en la mujer. El amor apasionado y correspondido pone fin, mientras dura, a este sentimiento; derriba las fuertes murallas del yo, produciendo un nuevo compuesto de dos en uno. La naturaleza no ha formado al ser humano para que viva solo, desde que éste no puede cumplir el fin biológico sin la ayuda de otro; y la gente civilizada no puede satisfacer su instinto sexual sin amor. El instinto no queda completamente satisfecho, a menos que el ser humano esté totalmente involucrado, tanto mental como físicamente, en la relación. Quienes nunca han conocido la profunda intimidad y el intenso compañerismo del feliz amor correspondido, han perdido lo mejor que la vida puede ofrecer; inconscientemente, si no conscientemente, así lo sienten, y la decepción resultante los inclina a la envidia, la opresión y la crueldad. En consecuencia, el dar al amor apasionado el puesto que le corresponde es materia de la que debiera ocuparse el sociólogo ya que si hombres y mujeres carecen de esta experiencia, no pueden llegar a realizarse plenamente, y no pueden sentir hacia el resto del mundo esa especie de calor generoso sin el cual sus actividades sociales serán casi seguramente dañosas.

La mayoría de los hombres y mujeres, dadas condiciones adecuadas, sentirán amor apasionado en algún período de sus vidas. A los faltos de experiencia, sin embargo, les resulta muy difícil distinguir entre un amor apasionado y el mero apetito sexual; esto sucede especialmente en el caso de las muchachas bien educadas, a quienes se les ha enseñado que posiblemente no podría gustarles besar a un hombre a menos que lo quisieran. En tanto las muchachas lleguen vírgenes al matrimonio, muy a menudo se dejarán atrapar por una atracción sexual pasajera y fútil, que una mujer con experiencia, en lo relativo al

Escaneado con CamScanner

sexo, distinguiría fácilmente del amor. Indudablemente esto ha sido una causa frecuente de infelicidad matrimonial. Aun el amor correspondido puede ser envenenado si el hombre o la mujer lo creen pecaminoso. Es cierto que esta creencia puede estar bien infundada. Por ejemplo, Parnell indudablemente pecó al cometer adulterio, puesto que con eso pospuso por varios años la realización de las esperanzas de Irlanda. Pero aun si es infundado, el sentido del pecado envenena lo mismo el amor. Para que el amor produzca todo el bien de que es capaz, debe ser libre, generoso, sin trabas y de todo corazón.

El sentido pecaminoso que una educación convencional confiere al amor, aun al amor dentro del matrimonio, actúa a menudo subconscientemente en hombres y mujeres, tanto en aquellos cuyas opiniones conscientes son emancipadas como en los que adhieren a las viejas tradiciones. Los efectos de esta actitud son diversos; a menudo hace que los hombres sean brutales, chabacanos e indiferentes en su modo de hacer el amor, puesto que no son capaces de hablar lo suficiente de este tema como para averiguar los sentimientos de la mujer, ni pueden valorar adecuadamente la aproximación gradual al acto final, esencial para el goce en la mayoría de las mujeres. Generalmente no se dan cuenta de que una mujer debe experimentar goce, y que si eso no ocurre, la culpa es del amante. Las mujeres educadas convencionalmente ponen a menudo cierto orgullo en la frialdad; mantienen gran reserva física y se muestran reacias a otorgar con facilidad su intimidad física. Es probable que un amante hábil pueda vencer esas timideces, pero no se ha de esperar que las venza un hombre que las respeta y admira como señales de virtud femenina; el resultado es que, aún después de muchos años de matrimonio, las relaciones entre marido y mujer siguen siendo forzadas y más o menos formales. En tiempo de nuestros abuelos, los maridos no podían contar con ver a su mujer desnuda, y a las mujeres la mera sugestión en ese sentido las hubiera horrorizado. Esa actitud es todavía más común de lo que se podría pensar, y aun entre los que han superado este punto subsisten a menudo muchas de las antiguas restricciones.

En el mundo moderno hay otro obstáculo más psicológico para el pleno desenvolvimiento del amor: es el miedo que siente mucha gente de no conservar intacta su individualidad. Se trata de un terror insensato y más bien moderno. La individualidad no es un fin en sí misma; es algo que debe entrar en contacto fructífero con el mundo, y que al hacer esto no puede ya seguir segregada. Una individualidad guardada en una caja de cristal se marchita, mientras que la que se da libremente al contacto

Escaneado con CamScanner

humano se enriquece. El amor, los hijos y el trabajo son las grandes fuentes de contacto fertilizador entre el individuo y el resto del mundo. Cronológicamente, el amor suele ser el primero. Además, es esencial para el mejor desarrollo del amor paternal, puesto que el niño acostumbra reproducir las características de sus padres, y si éstos no se quieren, cada uno gozará sólo con sus rasgos propios cuando los vea reproducidos en su hijo, y se apenará ante las características del otro. El trabajo no siempre es capaz de poner al hombre en contacto fructífero con el mundo exterior. Los efectos del trabajo dependen del espíritu con que se lo emprende. Si el motivo es exclusivamente pecuniario, el trabajo no puede tener ese valor que sólo tiene cuando incluye una especie de devoción por las personas, por las cosas o meramente por una fantasía. Y el amor mismo, tampoco tiene valor cuando es puramente posesivo; se encuentra entonces al mismo nivel que el trabajo estrictamente pecuniario. Para que el amor tenga el tipo de valor del que estamos hablando, debe sentir el yo de la persona amada tan importante como el propio yo, y comprender los sentimientos y deseos del otro como si fueran propios. Es decir, que debe haber un ensanchamiento instintivo y no meramente consciente del sentimiento egoísta, de modo que abarque también la persona del otro. Todo esto se ha vuelto difícil porque en la sociedad en que vivimos impera la competición y la lucha y, también, debido al culto insensato de la personalidad derivado en parte del protestantismo y en parte del movimiento romántico.

Entre la gente moderna emancipada, el amor, en el sentido serio que nos interesa, está expuesto a un nuevo peligro. Cuando la gente ya no siente barrera moral alguna opuesta a las relaciones sexuales y se deja llevar en cualquier ocasión por el más trivial motivo hacia ellas, cae en el hábito de disociar el sexo de las emociones serias y de los sentimientos afectuosos; hasta pueden llegar a asociarlo con sentimientos de odio. Las novelas de Aldous Huxley son la mejor ilustración de este caso. Sus personajes, como San Pablo, ven la relación sexual como una mera descarga fisiológica; desconocen los valores más altos con que puede asociarse. De tal actitud al resurgimiento del ascetismo, no hay más que un paso. El amor tiene ideales propios, a él adecuados, y normas morales intrínsecas, oscurecidos ambos tanto en la doctrina cristiana como en la revuelta indiscriminada contra toda moral sexual que ha surgido en grupos considerables de la generación joven. La relación sexual, divorciada del amor, no puede aportar ninguna satisfacción profunda al instinto. No quiero decir que esto nunca pueda

Escaneado con CamScanner

llegar a ocurrir, porque para asegurarlo tendríamos que establecer barreras tan rígidas que el amor mismo se haría muy difícil. Lo que digo es que la relación sexual separada del amor tiene valor, y debe ser vista primariamente como una experimentación en vista al amor.

Los títulos del amor para que se le reconozca un puesto en la vida humana son, como hemos visto, muy grandes. Pero el amor es una fuerza anárquica que, si es dejada en libertad, no respetará límites establecidos por la ley o la costumbre. Todo esto puede no tener gran importancia mientras no hay hijos de por medio. Pero tan pronto como aparecen los hijos estamos en un terreno diferente, en que el amor deja de ser autónomo para servir a los fines biológicos de la raza. Debe haber una ética referida a los hijos que, en los casos de conflicto, supere las exigencias del amor apasionado. Una ética social sabia deberá, sin embargo, reducir este conflicto al mínimo, no sólo porque el amor es bueno en sí mismo, sino también porque es bueno para los hijos que los padres se amen. Uno de los principales propósitos de una ética sexual sabia debería ser: interferir con el amor lo menos que sea compatible con los intereses de los hijos. Pero no podemos discutir este tema hasta que no hayamos examinado la familia.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO X

El matrimonio

En este capítulo me propongo examinar el matrimonio sin referencia a los hijos, meramente como una relación entre hombres y mujeres. El matrimonio difiere, sin duda, de otras relaciones sexuales porque es una institución legal. En la mayoría de las comunidades es también una institución religiosa, pero el aspecto legal es el esencial. La institución legal no hace más que tomar nota de una práctica que existe no sólo entre los hombres primitivos, sino también entre los monos y otras especies animales. Los animales practican virtualmente el matrimonio siempre que la cooperación del macho sea necesaria para la crianza. Regularmente los matrimonios animales son monogámicos, y de acuerdo con algunas autoridades, esto ocurre en particular entre los monos antropoides. Parece que estos afortunados animales, si hemos de creer a esas autoridades, no tienen que hacer frente a los problemas que acosan a las comunidades humanas, ya que el macho, una vez casado, deja de ser atraído por otras hembras, y la hembra, una vez casada, deja de ser atractiva para los otros machos. Por lo tanto, el pecado es desconocido entre los monos antropoides, pese a que carecen de la asistencia de la religión, porque el instinto basta para producir la virtud. Hay indicios de que entre las razas inferiores de salvajes existe un estado de cosas similar. Se dice que los bosquimanos son estrictamente monógamos, y los tasmanios (ahora extinguidos) eran, por lo que sé, invariablemente fieles a sus mujeres. Aun en la humanidad civilizada se pueden percibir leves rastros de un instinto monogámico. Si se considera la influencia del hábito sobre el comportamiento, es quizá sorprendente que la sujeción de la monogamia al instinto no sea mayor de lo que es. Esto, sin embargo, es un ejemplo de la peculiaridad mental de los seres humanos, de la que surgen tanto sus vicios como su inteligencia: el poder de la imaginación, que destruye los hábitos e inicia líneas nuevas de conducta.

Parece probable que lo primero que llevó a quebrantar la monogamia primitiva fue la intrusión del motivo económico. La influencia de este motivo sobre el comportamiento sexual es

Escaneado con CamScanner

invariablemente desastrosa, porque sustituye las relaciones basadas en el instinto por relaciones de esclavitud y compra. En las comunidades agrícolas y pastoriles primitivas, las mujeres y los niños eran una ventaja para el hombre. Las mujeres trabajaban para él, y los hijos, después de los cinco o seis años, comenzaban a ser útiles para el trabajo de campo o para guardar ganado. En consecuencia, los hombres más poderosos querían tener la mayor cantidad posible de mujeres. La poligamia raramente puede ser la práctica general de una comunidad, puesto que regularmente no hay un exceso tan grande de mujeres; es prerrogativa de jefes y ricos. Muchas mujeres e hijos constituyen una propiedad valiosa, y realzarán por lo tanto la posición ya privilegiada de sus poseedores. De este modo la función primaria de una mujer viene a ser la de un animal doméstico lucrativo, y su función sexual se vuelve subordinada. En este nivel de civilización, regularmente le resulta fácil a un hombre divorciarse de su mujer, aunque en tal caso debe restituir a la familia la dote que ella hubiera traído. A una mujer, sin embargo, le resulta en general imposible divorciarse de su esposo.

La actitud de la mayoría de las comunidades semicivilizadas hacia el adulterio, corre pareja con lo que antecede. En un nivel muy bajo de civilización el adulterio es tolerado a veces. Se dice que los naturales de Samoa[1], cuando se van de viaje, cuentan con que sus mujeres se consolarán en su ausencia. En un nivel ligeramente más alto, sin embargo, el adulterio de la mujer se castiga con la muerte o al menos con penalidades muy severas. Cuando yo era joven solía ser muy conocido lo que Mungo Park refiere de Mumbo Jumbo; pero hace pocos años oí, apenado, que norteamericanos seudoeruditos hablaban de Mumbo Jumbo considerándolo un dios del Congo. En realidad, no era un dios ni tenía que ver con el Congo. Era un pretendido demonio inventado por los hombres del Alto Níger para aterrorizar a las mujeres que habían pecado. Los antropólogos modernos, que no pueden soportar la intrusión de una malicia racional en los actos de los salvajes, han tendido a suprimir discretamente el relato de Mungo Park; hasta tal punto sugiere éste una visión volteriana de los orígenes de la religión. Un hombre que tenía trato sexual con la mujer de otro era, por cierto, un criminal, pero el que tenía relaciones con una mujer soltera no cometía falta alguna, a menos que disminuyera el valor de la mujer en el mercado matrimonial.

[1] Margaret Mead, *Corning of age in Samoa* [Adolescencia y cultura en Samoa], 1928, pp. 104 y ss.

Escaneado con CamScanner

Con la llegada del cristianismo, esta perspectiva cambió. Aumentó grandemente la parte de la religión en el matrimonio, y las infracciones a la ley matrimonial pasaron a ser culpables en base al tabú, y no a la propiedad. Tener relación sexual con la mujer de otro, ciertamente seguía siendo una ofensa contra ese hombre; pero tener relaciones fuera del matrimonio era una ofensa contra Dios, y esto, para la Iglesia, constituía una cuestión mucho más grave. Por las mismas razones se declaró inadmisible el divorcio, que antes era fácilmente concedido al marido. El matrimonio se convirtió en sacramento y, por lo tanto, duraba toda la vida.

¿Fue esto una ganancia o una pérdida para la felicidad humana? Es muy difícil decirlo. Entre los campesinos, la vida de las mujeres casadas ha sido siempre muy dura, y durísima en general entre los campesinos civilizados. En la mayoría de los pueblos bárbaros, una mujer es vieja a los veinticinco años, y no le queda, a esa edad, esperanza alguna de retener siquiera rastros de belleza. La idea de la mujer como animal doméstico era, sin duda, muy simpática a los hombres, pero para las mujeres significaba una vida de fatigas y penalidades. Aunque el cristianismo empeoró en algunos aspectos la situación de las mujeres, especialmente en las clases acomodadas, hizo, al menos, reconocer su igualdad teológica con los hombres, y se rehusó a considerarlas propiedad absoluta de sus maridos. Es cierto que una mujer casada no podía dejar a su marido por otro hombre, pero podía dejarlo para entregarse a la vida religiosa. Y en general, el progreso hacia un *status* mejor para la mujer, resultó más fácil para el grueso de la población desde el punto de vista cristiano que desde el precristiano.

Cuando echamos una ojeada al mundo actual y nos preguntamos qué condiciones parecen favorecer en general la felicidad en el matrimonio, y cuáles la infelicidad, llegamos a una conclusión algo curiosa: que cuanto más civilizada llega a ser la gente, menos capaz parece de ser feliz toda la vida con un mismo cónyuge. De acuerdo con lo que dicen los que deben conocerlos bien, los campesinos irlandeses, aunque hasta tiempos recientes sus matrimonios eran decididos por los padres, son por lo común felices y virtuosos en su vida conyugal. En general, el matrimonio es más fácil donde la gente está menos diferenciada. Cuando un hombre se diferencia en poco de otro hombre y una mujer se diferencia en poco de otra mujer, no hay ninguna razón particular para lamentar no haberse casado con alguna otra persona. Pero gente con gustos, ocupaciones e intereses múltiples y diversos, tiende a desear correspondencia en sus cónyuges, y a sentirse insatisfecha cuando descubre que ha

Escaneado con CamScanner

logrado menos concordancia de la que podría obtener. La Iglesia, que propende a considerar el matrimonio desde el punto de vista del sexo únicamente, no ve razón alguna para que un cónyuge no dé lo mismo que otro, y puede, por lo tanto, sostener la indisolubilidad del matrimonio sin darse cuenta de la injusticia que eso a veces significa.

Otra condición que trabaja en favor de la felicidad en el matrimonio es la escasez de mujeres sin dueño y la falta de ocasiones sociales en que los hombres casados se encuentren con mujeres respetables. Si no existen posibilidades de tener relaciones sexuales con otra mujer que la propia, la mayoría de los hombres se acomodarán a la situación y, excepto en casos anormalmente insatisfactorios, la encontrarán perfectamente tolerable. Lo mismo es aplicable a las mujeres, especialmente si nunca se imaginaron que el matrimonio habría de traerles mucha felicidad. Es decir, que es probable que un matrimonio llegue a ser lo que se llama feliz si ninguno de los cónyuges se hizo nunca esperanzas de obtener en él mucha felicidad.

Por la misma razón, la fijeza de las costumbres sociales tiende a impedir los que se llaman matrimonios desgraciados. Si se consideran definitivos e irrevocables los lazos matrimoniales, la imaginación no tiene estímulos para divagar y pensar que una felicidad mayor sería posible fuera de él. Donde este estado de ánimo existe, basta para asegurar la paz doméstica, siempre que ni el marido ni la mujer desciendan vergonzosamente más allá de los moldes comunes del comportamiento decente cualesquiera que sean.

Ninguna de estas condiciones para lo que se llama felicidad existe entre la gente civilizada en el mundo moderno y, en concordancia con esto, se observa que muy pocos matrimonios son felices pasados unos pocos años. Algunas de las causas de infelicidad están ligadas a la civilización, pero otras desaparecerían si hombres y mujeres fueran más civilizados de lo que son. Empecemos por las últimas. La más importante de ellas es la mala educación sexual, mucho más común entre la gente acomodada de lo que nunca podría ser entre campesinos. Los chicos del campo se acostumbran desde muy pequeños a lo que suele llamarse realidades de la vida, que pueden observar no sólo entre los seres humanos, sino también entre los animales. De este modo se libran de la ignorancia y de la melindrería. Por el contrario, los hijos de la gente pudiente, cuidadosamente educados, son resguardados de todo conocimiento práctico de las cuestiones sexuales, y aun los padres más modernos, que educan a sus hijos basándose en libros, no les dan ese sentido de familiaridad práctica que el chico de campo adquiere desde

Escaneado con CamScanner

pequeño. La doctrina cristiana triunfa cuando un hombre y una mujer se casan sin que ninguno de los dos haya tenido experiencia sexual previa. Los resultados de los casos en que esto ocurre son desafortunados en una gran proporción. El comportamiento sexual no es instintivo en los seres humanos, de aquí que el novio y la novia sin experiencia, que ignoran probablemente ese hecho, se vean abrumados por la vergüenza y la incomodidad. La situación no es mucho mejor cuando sólo la novia es inocente y el hombre ha adquirido su experiencia con prostitutas. Los hombres, en su mayoría, no advierten que cierta forma de galanteo es necesaria después del matrimonio, y muchas mujeres bien educadas no se dan cuenta del daño que hacen a su matrimonio al mantenerse reservadas y físicamente apartadas. Todo esto podría ser corregido por medio de una mejor educación sexual, y en realidad ya la nueva generación ha progresado mucho con respecto a sus padres y abuelos. Solía ser una creencia muy difundida entre las mujeres el considerar que ellas eran superiores a los hombres porque experimentaban menos placer sexual. Esta actitud hacía imposible el franco compañerismo entre marido y mujer. Sin duda, era injustificable en sí misma, puesto que la falta de goce sexual, lejos de ser una virtud, es una mera deficiencia fisiológica y psicológica, semejante a la incapacidad de gustar la comida que hace cien años era propia de las mujeres elegantes.

Pero otras causas modernas de infelicidad matrimonial no son tan fácilmente eliminables. Yo creo que tanto los hombres como las mujeres civilizados son polígamos en sus instintos. Pueden sentirse profundamente enamorados y estar muy absortos durante años en una persona, pero tarde o temprano la familiaridad sexual embota el filo de la pasión, y entonces comienzan a buscar en otras partes el resurgimiento de la antigua pasión. Es cierto que se puede controlar este impulso en beneficio de la moral, pero es muy difícil impedir que el impulso exista. Con el aumento de la libertad femenina se presentan muchas más oportunidades de infidelidad conyugal que las que antes había. La oportunidad da lugar al pensamiento, y el pensamiento al deseo, y en ausencia de escrúpulos religiosos, el deseo da lugar al acto.

La emancipación de las mujeres hace más difícil el matrimonio en varias formas. En tiempos antiguos, la mujer debía adaptarse al marido, pero el marido no tenía que adaptarse a la mujer. Hoy en día muchas mujeres, basándose en los derechos de la mujer a su propia individualidad y a su propia carrera, no quieren adaptarse a sus maridos más allá de cierto punto, mientras que los maridos que todavían ansían que subsista la

Escaneado con CamScanner

vieja tradición de dominación masculina, no ven razón alguna para hacer ellos toda la adaptación. Este problema surge especialmente en relación con la infidelidad. En tiempos antiguos, el marido era ocasionalmente infiel, pero regularmente la mujer no se enteraba. Si ella llegaba a enterarse, él confesaba que había pecado y le hacía creer que estaba arrepentido. Ella, por el contrario, solía ser virtuosa. Si no lo era, y el marido llegaba a saberlo, el matrimonio se rompía. Cuando, como sucede en muchos matrimonios modernos, no se exige fidelidad mutua, el instinto de los celos subsiste sin embargo y resulta a menudo fatal para la persistencia de una intimidad profundamente arraigada, aun cuando no lleguen a producirse peleas abiertamente.

En el camino del matrimonio moderno hay otra dificultad que sienten especialmente los que son más conscientes del valor del amor. El amor sólo puede florecer en tanto es libre y espontáneo; el pensamiento de que es un deber, tiende a matarlo. Quien piensa que es su deber amar, toma el camino más seguro para llegar a odiar. El matrimonio como combinación del amor y los lazos legales, se frustra al vacilar entre dos rumbos. Shelley dice:

I never was attached to that great sect
Whose doctrine is that etch one should select
Out of the crowd a mistress or a friend
And all the rest, though, wise and good, commend
To cold oblivion; though it is the code
Of modern morals, and the beaten road
Which those poor slaves with weary footsteps tread
Who travel to their home among the dead
By the broad highway of the world, and so
With one chain'd friend, perhaps a jealous foe,
The dreariest and the longest journey go.

[Nunca pertenecí a esa gran secta según cuya doctrina cada uno debe seleccionar de entre la multitud, una amiga o un amigo, y entregar al frío olvido a todos los demás, aunque sean buenos y discretos; este es, sin embargo, el código de la moral moderna y el sendero trillado que recorren con paso cansado los pobres esclavos que se encaminan hacia su morada entre los muertos, por la ancha ruta del mundo, y así andan la jornada más larga y más pesada encadenados a un amigo, quizás a un enemigo receloso.]

Es indudable que cerrarse a causa del matrimonio a toda posibilidad de amor que provenga de afuera, disminuye la receptividad y la simpatía y reduce las oportunidades de tener

Escaneado con CamScanner

contactos humanos valiosos. Se hace violencia, de este modo, a algo deseable en sí mismo, desde el punto de vista más idealista. Además, esta moral, como todo tipo de moral restrictiva, tiende a promover una perspectiva de la existencia humana que se podría llamar policíaca, puesto que se centra en la búsqueda de oportunidades para prohibir algo.

Por todas estas razones, muchas de las cuales están ligadas a cosas indudablemente buenas, el matrimonio se ha vuelto difícil, y habrá que concebirlo de otro modo si no se quiere que sea un obstáculo para la felicidad. Una solución que se sugiere a menudo, y en la actualidad se ensaya en gran escala en los Estados Unidos, es el divorcio fácil. Sostengo, claro está, como debe sostener toda persona humana, que el divorcio debe ser concedido por muchos más motivos que los que acepta la ley inglesa, pero no considero que el divorcio fácil sea una solución para los problemas del matrimonio. Cuando el matrimonio no tiene hijos, el divorcio puede ser a menudo la solución correcta, aun cuando ambas partes hagan lo que puedan por comportarse decentemente; pero cuando hay hijos, la estabilidad del matrimonio me parece asunto de considerable importancia. (A este tema volveré más adelante al referirme a la familia). Creo que cuando un matrimonio tiene hijos, y ambos cónyuges son razonables y decentes, se puede y se debe esperar que dure toda la vida, pero no que excluya otras relaciones sexuales. Un matrimonio que comienza con un amor apasionado y procrea hijos deseados y amados, liga tan profundamente a un hombre y a una mujer que llega a sentir que hay en su compañerismo algo infinitamente precioso, aun después de que haya decaído la pasión sexual, y aun si uno o ambos sienten pasión sexual hacia alguna otra persona. Los celos han impedido que el matrimonio se suavizara de este modo, pero los celos, aunque son una emoción instintiva, pueden dominarse si se reconocen como malos y no se los considera expresión de una justa indignación moral. La comunidad de vida que ha durado muchos años y ha pasado por muchas situaciones profundamente sentidas adquiere una riqueza de contenido que no pueden tener los primeros días de amor, por más deliciosos que sean. Y toda persona que aprecie cómo el tiempo puede acrecentar los valores, no desechará con ligereza una comunidad tal, por un nuevo amor.

Por lo tanto, es posible que un hombre y una mujer civilizados sean felices en el matrimonio, aunque para que esto ocurra debe cumplirse un cierto número de condiciones. Debe existir un sentimiento de completa igualdad por ambas partes; ninguno de los dos debe coartar la libertad del otro, debe haber entre ambos una intimidad física y mental lo más completa posible, y

Escaneado con CamScanner

debe haber cierta similitud con respecto a las normas morales. (Es fatal, por ejemplo, si uno valora solamente el dinero mientras el otro valora sólo el buen trabajo). Creo que, dadas ciertas condiciones, el matrimonio es la mejor y más importante relación que puede existir entre dos seres humanos. Si esto no se ha cumplido a menudo antes de ahora, se debe principalmente a que los maridos y las mujeres se han mirado como si el uno fuera el policía del otro. Para que el matrimonio realice sus posibilidades, los maridos y las mujeres deben aprender que en su vida privada deben ser libres, diga lo que quiera la ley.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XI

La prostitución

En tanto se considere de gran importancia la virtud de las mujeres respetables, la institución del matrimonio ha de completarse con otra institución que puede considerarse realmente como parte de él: me refiero a la prostitución. Todo el mundo conoce el pasaje de Lecky en que éste presenta a las prostitutas como salvaguardia de la santidad del hogar y de la inocencia de nuestras mujeres e hijas. Este sentimiento es propio de la era victoriana y la forma de expresarlo es anticuada, pero el hecho es innegable. Los moralistas atacaron a Lecky porque esta observación los enfurecía, aunque no supieron bien por qué, pero no pudieron demostrar que fuera falsa. El moralista afirma, y ello es totalmente cierto, que si los hombres siguieran su doctrina no existiría la prostitución, pero él sabe perfectamente que los hombres no la seguirán, de modo que el considerar qué ocurriría si lo hicieran resulta sin importancia alguna.

La necesidad de la prostitución surge del hecho de que hay muchos hombres solteros y otros que deben viajar y separarse por lo tanto de sus mujeres, que esos hombres no se conforman con permanecer continentes y, en una sociedad convencionalmente virtuosa, no encuentran mujeres respetables dispuestas a tener relaciones con ellos. Por consiguiente, la sociedad pone aparte a cierta clase de mujeres para satisfacción de las necesidades masculinas que es vergonzoso reconocer, pero que se teme dejar totalmente insatisfechas. La prostituta tiene la ventaja, no sólo de que uno puede servirse de ella al momento, sino principalmente la de que, como carece de vida fuera de su profesión, puede permanecer oculta sin dificultad, y el hombre que ha estado con ella puede volver a su esposa, su familia y su Iglesia con la dignidad intacta. Pero ella, pobre mujer, pese al indudable servicio que presta, pese a que salvaguarda la virtud de mujeres e hijas y la aparente virtud de los guardianes de Iglesias, es universalmente despreciada, se la juzga un paria, no se le permite tener con la gente común otros tratos que no sean los comerciales. Esta reluciente injusticia comenzó con la victoria de la religión cristiana, y se mantuvo desde entonces. La

Escaneado con CamScanner

verdadera culpa de la prostituta es que muestra la vaciedad de las prédicas de los moralistas. Su caso es semejante al de los pensamientos reprimidos por la censura de Freud: se la debe desterrar a lo inconsciente. Desde allí, como es propio de tales desterrados, ella se toma una venganza involuntaria.

But most, through midnight streets I hear
How the youthful harlot's curse
Blasts the new-born infant's tear
And blights with plages the marriage-hearse.

[Pero muchas veces, oigo a medianoche por las calles cómo la maldición de la joven prostituta reseca la lágrima del niño recién nacido, y hace marchitar con plagas el tálamo nupcial].

No siempre ha sido la prostitución la cosa despreciada y oculta que es ahora. Su origen no puede ser más excelso. Originariamente la prostituta era una sacerdotisa dedicada a un dios o a una diosa, y al servir al transeúnte extranjero cumplía un acto de adoración. En aquella época se la trataba con respeto, y los hombres la veneraban. Los padres de la Iglesia llenaron muchas páginas con invectivas contra este sistema que, según decían, ponía de manifiesto la lascividad del culto pagano y su origen en la astucia de Satanás. Se cerraron los templos y la prostitución se convirtió en todas partes en lo que ya era en muchos lugares: una institución comercializada con fines de lucro; no, por cierto, el lucro de las prostitutas, sino el de aquellos de quienes virtualmente eran esclavas, ya que la prostituta individual, que ahora prevalece, era hasta tiempos bastante recientes una rara excepción y la gran mayoría estaba en los burdeles, baños y otras instituciones de mala fama. En la India, la transición de la prostitución religiosa a la comercial, no es todavía completa. La supervivencia de la prostitución religiosa es uno de los cargos que alega Katherine Mayo, la autora de *Mother India* [Madre India], en su denuncia contra ese país.

La prostitución, si se exceptúa a Sudamérica[1], parece estar en decadencia, en parte, sin duda, debido a que las mujeres pueden disponer ahora de otros medios de vida más ventajosos que los que antes solían tener, y en parte también a que muchas más mujeres aceptan tener relaciones extramaritales con hombres, por inclinación y no por motivos comerciales. Sin embargo, no creo que la prostitución pueda abolirse totalmente. Piénsese, por ejemplo, en los marineros que llegan a tierra des-

[1] Véase Albert Londres: *The Road to Buenos Ayres* [El camino a Buenos Aires].

Escaneado con CamScanner

pués de un largo viaje. No se puede esperar que tengan la paciencia de cortejar a mujeres que vayan hacia ellos por afecto. O piénsese en la clase bastante numerosa de hombres infelices en su matrimonio y temerosos de su mujer. Tales hombres buscarán alivio y desahogo fuera del hogar, y en la forma más libre de obligaciones psicológicas que sea posible. Pero hay serias razones para desear que la prostitución se reduzca a un mínimo. Está expuesta a tres objeciones graves: primero, el peligro para la salud de la comunidad; segundo, el daño psicológico para las mujeres; tercero, el daño psicológico para los hombres.

El peligro para la salud es la más importante de estas tres razones. Las enfermedades venéreas están difundidas especialmente entre las prostitutas. Los intentos de lucha contra este problema por medio de la matriculación de éstas y la inspección por el estado, no han resultado exitosos, desde el punto de vista puramente médico, y se prestan a abusos desagradables por el poder que sobre las prostitutas da este sistema a los policías, y aun en ocasiones sobre mujeres que no tenían la intención de convertirse en prostitutas profesionales, pero que aun sin quererlo se han visto incluidas dentro de la definición legal. Se podría luchar con mucha más eficacia que la que habitualmente se obtiene, si no se mirara a las enfermedades venéreas como justo castigo del pecado. Es posible tomar precauciones que disminuyan grandemente la posibilidad de que se produzcan, pero se considera indeseable hacer conocer ampliamente la naturaleza de estas precauciones porque ese conocimiento podría promover el pecado. Y a menudo los que contraen una enfermedad venérea postergan el tratamiento porque están avergonzados, debido a que toda enfermedad de este tipo se considera deshonrosa. La actitud de la comunidad en estos aspectos es ahora indudablemente mejor de lo que solía ser, y si mejora más todavía, el resultado puede ser una considerable disminución de las enfermedades venéreas. No obstante, es obvio que la prostitución, mientras exista, será el medio de difusión más peligroso.

Evidentemente, la prostitución como existe ahora es una forma de vida indeseable. El mismo peligro de enfermedad hace de la prostitución un oficio peligroso, comparable al trabajo con albayalde, pero, además de eso, es una vida desmoralizadora; es una vida de ocio y que predispone a la bebida. Tiene el grave inconveniente de que la prostituta generalmente es despreciada, y es probable que sea mal vista hasta por sus clientes. Es una vida contraria al instinto, enteramente tan contraria al instinto como la de una monja. Por todas estas razones, la prostitución,

Escaneado con CamScanner

tal como existe en los países cristianos, es una ocupación extraordinariamente indeseable.

En el Japón, aparentemente, el asunto asume en todo otra forma. La prostitución es reconocida y respetada como carrera, y aun adoptada a instancia de los padres. Hasta es un medio no muy raro de ganarse una dote matrimonial. Según algunos especialistas, los japoneses tienen una inmunidad parcial para la sífilis. En concordancia con esto, la carrera de prostituta no tiene en el Japón la sordidez propia de los países donde la moral es más rígida. Resulta claro que si la prostitución ha de sobrevivir, es mejor que eso ocurra en la forma japonesa y no en la que es común en Europa. Es obvio que cuanto más estrictas sean las normas morales en un país, mayor degradación acompañará la vida de una prostituta.

El trato con prostitutas, si es habitual, producirá probablemente malos efectos psicológicos en el hombre. Se habituará al sentimiento de que no es necesario resultar agradable para tener relación sexual. Tenderá también, si respeta el código moral usual, a despreciar a toda mujer con la que tenga relaciones. La reacción de este estado de ánimo sobre el matrimonio puede ser extraordinariamente desafortunada tanto si resulta de él la asimilación del matrimonio a la prostitución, como si toma la forma opuesta y lo diferencia tanto como sea posible. Algunos hombres no pueden desear relaciones sexuales con una mujer a la que aman y respetan profundamente. Los freudianos atribuyen esto al complejo de Edipo, pero yo creo que con tanta frecuencia como a éste, se debe al deseo de establecer un abismo tan amplio como sea posible entre tales mujeres y las prostitutas. Sin llegar a estos extremos, muchos hombres, especialmente los chapados a la antigua, tratan a sus mujeres con un respeto exagerado, que las deja psicológicamente vírgenes y les impide experimentar placer sexual. Se producen exactamente los males opuestos, cuando un hombre asimila imaginativamente a su mujer con una prostituta. Esto lo lleva a olvidar que el acto sexual sólo debe realizarse cuando ambos lo desean, y que debe ser precedido invariablemente por un período de juego amoroso. En consecuencia, es rudo y brutal con su mujer, y origina en ella una aversión que es muy difícil desarraigar.

La intromisión del motivo económico en las relaciones sexuales es siempre, en mayor o en menor grado, desastrosa. Las relaciones sexuales deben ser un deleite mutuo, a las que se llega sólo por impulso espontáneo de ambas partes. Cuando esto no ocurre así todo su valor desaparece. Utilizar a una persona en asunto tan íntimo, significa no sentir hacia el ser humano, como tal, ese respeto del cual debe surgir toda moral verdadera.

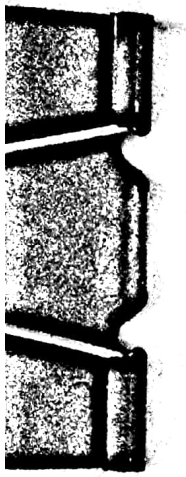
Escaneado con CamScanner

Para una persona sensible, tal acto no puede ser atractivo en ningún sentido serio. Si se lo realiza, sin embargo, por la mera fuerza de la urgencia física, es probable que lleve al remordimiento, y el remordimiento trastorna los juicios de valor. Por cierto, esto se aplica al matrimonio casi tanto como a la prostitución. Para las mujeres, el matrimonio es el medio de vida más común, y el total de actos sexuales indeseados padecidos por mujeres es probablemente mayor en el matrimonio que en la prostitución. En las relaciones sexuales la moral libre de superstición consiste esencialmente en el respeto por la otra persona y la decisión de no usar de ella como mero medio de satisfacción personal sin tener en cuenta sus deseos. Por el hecho de que la prostitución peca contra este principio, seguiría siendo indeseable aun si las prostitutas fueran respetadas y se eliminara el riesgo de enfermedad venérea.

Havelock Ellis, en su muy interesante estudio sobre la prostitución, expone un argumento en favor de ella que no me parece válido. Comienza con consideraciones sobre las orgías que existen en civilizaciones más tempranas, proporcionando un desahogo a los impulsos anárquicos que en otras épocas debían ser dominados. De acuerdo con él, la prostitución se desarrolló a partir de las orgías y sirve, en cierto sentido, a los fines que antes servían las orgías. Muchos hombres, dice, no pueden hallar satisfacción completa dentro de las restricciones, el decoro y las limitaciones debidas a la decencia propios de un matrimonio convencional, y a esos hombres, piensa, una ocasional visita a una prostituta les proporciona un desahogo menos antisocial que otros. En el fondo, este argumento es el de Lecky, aunque su forma sea más moderna. Los impulsos que Havelock Ellis considera, pueden existir en las mujeres sin inhibiciones tanto como en los hombres, y si la vida sexual de las mujeres es liberada, los hombres podrán satisfacer esos impulsos sin tener que buscar la compañía de profesionales cuyo móvil es meramente pecuniario. Esta es, sin duda, una de las grandes ventajas que se pueden esperar de la liberación sexual de las mujeres. Hasta donde he podido observar, las mujeres cuyas opiniones sobre el sexo no están sujetas a los viejos tabúes, pueden encontrar y proporcionar una satisfacción mucho más completa en el matrimonio de la que era posible en la época victoriana. En los lugares donde decayó la vieja moral, decayó también la prostitución. Un muchacho joven que antes se veía llevado a hacer visitas ocasionales a prostitutas, puede ahora tener relaciones con muchachas iguales que él, relaciones libres por ambas partes, con un elemento psicológico que es tan importante como el puramente físico y que, a menudo, incluye

Escaneado con CamScanner

un grado considerable de amor apasionado de una y otra parte. Desde el punto de vista de cualquier moral auténtica, éste es un inmenso avance sobre el viejo sistema. Los moralistas lo lamentan porque es menos fácil de ocultar; pero, después de todo, el primer principio de moral no consiste en que las infracciones a la virtud no lleguen a los oídos del moralista. A mi parecer, la nueva libertad entre la gente joven es algo que debe alegrarnos y que está produciendo una generación de hombres sin brutalidad y de mujeres sin afectada melindrería. Los que se oponen a la nueva libertad deben hacer frente francamente al hecho de que están abogando en realidad por la continuación de la prostitución, única válvula de seguridad contra la presión de un código de imposible rigidez.



Escaneado con CamScanner

CAPITULO XII

El matrimonio a prueba

En una ética racional, el matrimonio no debería considerarse existente en tanto no hubiera hijos. Un matrimonio estéril debería ser fácilmente disoluble, porque sólo debido a la existencia de los hijos las relaciones sexuales adquieren importancia para la sociedad, y llegan a merecer que una institución legal se ocupe de ellas. Evidentemente, éste no es el punto de vista de la Iglesia que, bajo la influencia de San Pablo, sigue viendo al matrimonio más como una alternativa para la fornicación que como un medio para la procreación de los hijos. En los últimos años, sin embargo, hasta los hombres de la Iglesia se han enterado de que ni los hombres ni las mujeres esperan siempre el matrimonio para tener experiencia sexual. En el caso de los hombres, si cometían sus faltas con prostitutas y las ocultaban decentemente, resultaban comparativamente fáciles de perdonar, pero en el caso de que las cometieran con mujeres que no eran prostitutas profesionales, los moralistas convencionales encontraban mucho más difícil de tolerar eso que ellos llaman inmoralidad. No obstante, en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania, en los países escandinavos, se ha producido un gran cambio después de la guerra. Muchas jóvenes de familias respetables han dejado de pensar que valiera la pena preservar su "virtud", y los jóvenes, en vez de encontrar un desahogo con prostitutas, han tenido relaciones con muchachas del tipo que desearían para casarse, si fueran más ricos. Parece ser que este proceso ha ido más lejos en los Estados Unidos que en Inglaterra debido, según creo, a la Ley seca y a los automóviles. Debido a la Ley seca llegó a ser de *rigueur* para todo el mundo, ponerse más o menos borracho en una reunión alegre. Debido a que un gran porcentaje de muchachas tienen automóviles de su propiedad, les resulta fácil rehuir con un amante las miradas de padres y vecinos. El juez Lindsey escribe en sus libros[1] el

[1] *The Revolt of the Modern Youth* [La rebelión de la juventud moderna], 1925. *Companionate Marriage* [El matrimonio de camaradería], 1927.

Escaneado con CamScanner

estado de cosas que resulta de esto. Los viejos lo acusan de exagerar, pero no los jóvenes. Hasta tanto le es posible a un viajero casual, me tomé el trabajo de comprobar sus afirmaciones interrogando a los jóvenes. No encontré tendencia alguna a negar los hechos que Lindsey cuenta. Al parecer, en los Estados Unidos, una gran proporción de muchachas que luego se casan y llegan a ser de la mayor respetabilidad, tienen experiencia sexual, a menudo con varios amantes. Y aun en los casos en que la relación completa no llega a producirse, hay tantas caricias y favores, que la omisión del acto completo sólo puede considerarse una perversión.

No puedo decir que considero satisfactoria la situación actual. Tiene ciertos caracteres indeseables que le han sido impuestos por los moralistas, y no veo cómo podrán desaparecer estos caracteres indeseables mientras no cambie la moral convencional. El sexo de contrabando es tan inferior a lo que debe ser, como el alcohol de contrabando. No creo que nadie pueda negar que en las clases acomodadas de los Estados Unidos está enormemente más extendido el alcoholismo entre los muchachos —y todavía más entre las muchachas— que lo que estaba antes de la Ley seca. Burlar la ley es sabroso y permite enorgullecerse de la propia destreza y, en tanto se burla la ley sobre las bebidas, es natural burlar las convenciones sobre el sexo. Además, en esto, la sensación de osadía actúa como afrodisíaco. La consecuencia de esto es que las relaciones sexuales entre jóvenes tienden a tomar la forma más estúpida posible, pues se llega a ellas no por afecto, sino por bravata, y en momentos de embriaguez. Se hace necesario tomar el sexo, como el licor, en formas concentradas y casi imposibles de gustar, puesto que sólo estas formas pueden escapar a la vigilancia de las autoridades. Creo que las relaciones sexuales, como actividad digna, racional, realizada de todo corazón, no son frecuentes en los Estados Unidos fuera del matrimonio. Hasta este punto llega el triunfo de los moralistas. No han impedido la fornicación; por el contrario, su oposición ha sido el elemento más importante para volverla atrayente y por lo tanto más común. Pero han conseguido hacerla casi tan indeseable como ellos dicen que es, del mismo modo que han conseguido que gran parte del alcohol consumido sea tan venenoso como dicen que es. Han obligado a los jóvenes a vivir el sexo aislado, divorciado del compañerismo diario del trabajo en común y de todda intimidad psicológica. Los jóvenes más tímidos no llegan hasta las relaciones sexuales completas; se contentan con producir estados prolongados de excitación sexual sin satisfacción, que debilita los nervios y tiende a hacer difícil o aun imposible el posterior goce comple-

Escaneado con CamScanner

to del sexo. Otro inconveniente que tiene el tipo de excitación sexual que predomina entre los jóvenes en los Estados Unidos es que trae consigo el fracaso en el trabajo o la pérdida de sueño, puesto que depende necesariamente de diversiones que se prolongan hasta altas horas de la noche.

Un problema más grave, mientras subsista la moral oficial, es el riesgo de desastres ocasionales. Puede ocurrir que debido a la mala suerte, los actos de algún joven lleguen a oídos de un guardián de la moral que provocará y gozará con buena conciencia de una orgía de escándalo. Y como a los jóvenes les resulta casi imposible conocer los métodos anticonceptivos, las preñeces involuntarias no son raras. Generalmente se las trata procurando el aborto, que es peligroso, doloroso, ilegal y de ningún modo fácil de mantener en secreto. El abismo que en nuestros días es muy común que exista entre la moral de los jóvenes y la de los viejos, tiene otro resultado desgraciado: que a menudo no puede haber intimidad o amistad real entre padres e hijos, y que los padres son incapaces de ayudar a sus hijos con sus consejos o su simpatía. Cuando los jóvenes se encuentran en dificultades no pueden hablar del asunto a sus padres sin producir una explosión, posiblemente un escándalo, seguramente un cataclismo histérico. De este modo la relación entre padre e hijo deja de cumplir toda función útil después de la adolescencia. Cuánto más civilizados son los isleños de las Trobriand que dicen al amante de su hija: "Te acuestas con mi hija; muy bien, cásate con ella"[2].

Pese a los inconvenientes que hemos estado considerando, si comparamos a la gente joven de los Estados Unidos con sus mayores, vemos que su emancipación, aunque parcial, tiene grandes ventajas. Están más libres de la afectación, son menos inhibidos, menos esclavizados a la autoridad desprovista de fundamento racional. Creo también que probablemente serán menos crueles, menos brutales y menos violentos que sus antecesores. Ha sido característico de la vida estadounidense desahogar por medio de la violencia los impulsos anárquicos que no podían encontrar su salida en el sexo. Se puede esperar también que cuando la generación ahora joven alcance la madurez no olvidará totalmente su comportamiento juvenil, y será tolerante con los experimentos sexuales que, en la actualidad, apenas son posibles debido a la necesidad de guardar el secreto.

La situación en Inglaterra es similar a la que existe en los

[2] Malinowski, *The sexual life of Savages* [La vida sexual de los salvajes], p. 73

Escaneado con CamScanner

Estados Unidos aunque no tan desarrollada, porque no hubo Ley seca y los automóviles escasean. Creo también que la práctica de la excitación sexual sin satisfacción final es mucho menos frecuente en Inglaterra y menos aún, sin duda, en el continente europeo. En Inglaterra, además, la gente respetable, con algunas honrosas excepciones, no se halla poseída de igual celo persecutorio que la gente estadounidense del mismo tipo. Sin embargo, la diferencia entre ambos países es sólo de grado.

El juez Ben B. Lindsey, que durante muchos años estuvo a cargo del tribunal juvenil de Denver, hallándose, por lo tanto, en inmejorables condiciones para comprobar los hechos, propuso una nueva institución que llama el "matrimonio de camaradería". Desgraciadamente perdió su puesto oficial, porque cuando se supo que lo usaba para promover la felicidad de los jóvenes, más que para darles conciencia del pecado, el Ku-Klux-Klan y los católicos se aliaron para echarlo. El matrimonio de camaradería es la propuesta de un conservador prudente. Es un intento de introducir alguna estabilidad en las relaciones sexuales de los jóvenes en lugar de la actual promiscuidad. Hace notar el hecho obvio de que lo que impide a los jóvenes casarse es la falta de dinero y que el dinero es necesario en el matrimonio, en parte a causa de los hijos, pero en parte, también, porque la mujer no se gana la vida. Su idea es que los jóvenes podrían entrar en un matrimonio de un nuevo tipo que se distinguiría del matrimonio ordinario por tres características. Primero, que se contraería con la decisión de no tener hijos por un tiempo, y que en consecuencia se le debería dar a la joven pareja la información más eficaz sobre control de nacimientos. Segundo, que en tanto no haya hijos y la mujer no se encuentre preñada, será posible el divorcio por mutuo consentimiento. Y tercero, que en caso de divorcio la mujer no tendrá derecho a alimentos. Sostiene, y pienso que con razón, que si se hiciera legal tal institución, gran cantidad de jóvenes, por ejemplo estudiantes universitarios, entrarían en relaciones comparativamente permanentes que implicarían una vida en común, libre de las características dionisíacas de sus relaciones sexuales presentes. El juez Lindsey aporta pruebas para demostrar que los jóvenes estudiantes casados trabajan mejor que los solteros. Ciertamente, es evidente que el sexo y el trabajo se combinan mejor en una relación casi permanente, que en el alboroto y la excitación de las fiestas y la intoxicación alcohólica. No hay razones bajo el sol para que a dos jóvenes les resulte más caro vivir juntos que separados, y, en consecuencia, las razones económi-

Escaneado con CamScanner

cas que ahora provocan la postergación del matrimonio dejan de tener vigencia. No tengo la mínima duda de que la incorporación del plan Lindsey a la legislación tendría una influencia muy beneficiosa, y que esta influencia sería tal, que todo el mundo habría de considerarla una ganancia desde el punto de vista moral.

Sin embargo, las propuestas del juez Lindsey fueron recibidas con un alarido de horror por todas las personas medievales y por todos los periódicos a todo lo largo y todo lo ancho de los Estados Unidos. Se dijo que atacaba la santidad del hogar; se advirtió que al tolerar matrimonios que no tenían intención de procrear inmediatamente abría las compuertas al placer legalizado; se dijo que exageraba enormemente la frecuencia de las relaciones sexuales extramaritales, que estaba calumniando la pureza de la mujer norteamericana, y que la mayoría de los hombres de negocios se mantenían continentes de buen grado hasta los treinta o treinta y cinco años. Todas estas cosas se dijeron, y yo trato de pensar que entre los que las dijeron había algunos que creían en ellas. Escuché muchas invectivas contra el juez Lindsey, pero quedé con la impresión de que los argumentos que se consideraban decisivos, eran dos. Primero, que las propuestas del juez Lindsey no hubieran sido aprobadas por Cristo; y segundo, que no eran aprobadas ni siquiera por los más liberales de los sacerdotes norteamericanos. El segundo de estos argumentos parecía ser considerado el de más peso, con razón por cierto, puesto que el otro es puramente hipotético e imposible de verificar. En ningún momento encontré persona alguna que diera un argumento que pretendiera demostrar que las propuestas de Lindsey habrían de disminuir la felicidad humana. Me vi forzado a concluir que esta consideración resultaba totalmente sin importancia para aquellos que defendían la moral tradicional.

Por mi parte, aunque estoy enteramente convencido de que el matrimonio de camaradería sería un paso en la dirección correcta y haría mucho bien, creo que no va suficientemente lejos. Opino que toda relación sexual en la que no entren en juego los hijos, debe ser mirada como un asunto puramente privado, y que si un hombre y una mujer deciden vivir juntos sin tener hijos, esa cuestión no atañe más que a ellos. No me parece deseable que un hombre o una mujer entren sin experiencia sexual previa en asunto tan serio como el matrimonio, en el que se tiene la intención de tener hijos. Muchas pruebas demuestran que la primera experiencia sexual debe tenerse con una persona que tenga un conocimiento previo. En los seres humanos el acto sexual no es instintivo, y aparen-

Escaneado con CamScanner

temente nunca lo fue desde que dejó de llevarse a cabo a tergo. Y aparte de este argumento, parece absurdo pedir a la gente que entre en una relación para toda la vida sin ningún conocimiento previo de su compatibilidad sexual. Es tan absurdo como si a un hombre. que quiere comprar una casa no se le permitiera verla hasta después de realizada la compra. Si la función biológica del matrimonio se reconociese como es debido, la forma correcta de encararlo sería declarar que ningún matrimonio obliga legalmente hasta el primer embarazo de la mujer. En la actualidad, un matrimonio es nulo si la relación sexual es imposible, pero los hijos, más que las relaciones sexuales, son el fin verdadero del matrimonio, el cual no debería por tanto considerarse consumado hasta que haya un hijo en perspectiva. Esta idea depende, al menos en parte, de las separaciones entre la procreación y lo meramente sexual que han traído los anticonceptivos. Los anticonceptivos han alterado todo el aspecto del sexo y el matrimonio y han hecho necesarias distinciones que antes podían ser ignoradas. Las personas pueden unirse sólo por el sexo, como ocurre en la prostitución; o por una relación de compañerismo que incluye un elemento sexual, como en el matrimonio de camaradería del juez Lindsey; o, finalmente, con el fin de fundar una familia. Esos tres casos son diferentes, y ninguna moral que los confunda en un todo indiviso puede adecuarse a las circunstancias modernas.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XIII

La familia en nuestros días

Puede que el lector ya haya olvidado que en los capítulos II y III consideramos las familias matrilineal y patrilineal y su relación con las ideas primitivas sobre ética sexual. Ahora es tiempo de reanudar la consideración de la familia, única base racional para las limitaciones de la libertad sexual. Hemos llegado al final de un largo paréntesis sobre el sexo y el pecado, una conexión que si bien no fue inventada por los cristianos primitivos, fue explotada al máximo por ellos y, en la actualidad, está incorporada al juicio moral espontáneo de la mayoría de nosotros. No me ocuparé más de la idea teológica de que en el sexo como tal hay algo perverso que sólo puede eliminarse por la combinación del matrimonio con el deseo de procrear. El tema que ahora tenemos que tratar es el grado de estabilidad en las relaciones sexuales exigido por los intereses de los hijos. Es decir, que tenemos que considerar a la familia como razón del matrimonio estable. Este problema dista mucho de ser simple. Resulta claro que la ganancia que un hijo obtiene al pertenecer a una familia, depende de cuál sea la alternativa de esta situación: podría haber instituciones para expósitos tan admirables que fuesen preferibles a la gran mayoría de las familias. Tenemos que considerar también si el padre desempeña algún papel esencial en la vida familiar, puesto que sólo debido a él se ha juzgado que la virtud femenina es esencial para la familia. Tenemos que examinar el efecto de la familia sobre la psicología individual del niño, tema tratado por Freud con un espíritu algo siniestro. Tenemos que considerar el efecto de los sistemas económicos sobre el aumento o disminución de la importancia del padre. Tenemos que preguntarnos si queremos ver al estado tomando el lugar del padre, o aun posiblemente, como sugiere Platón, el del padre y el de la madre. Y aun suponiendo que nos decidimos en favor del padre y de la madre por constituir éstos, en los casos normales, el mejor ambiente para el niño, nos quedaría todavía por considerar los muy numerosos casos en que uno u otro es inepto para la responsabilidad de la paternidad

Escaneado con CamScanner

o en que ambos son tan incompatibles que la separación es deseable en interés del hijo.

Los que se oponen a la libertad sexual por motivos teológicos acostumbran a argüir contra el divorcio afirmando que es contrario a los intereses de los hijos. Este argumento, sin embargo, no es auténtico en boca de las personas de convicciones teológicas, como puede inferirse del hecho de que esas personas no aceptarán el divorcio ni los anticonceptivos; tampoco en el caso de que uno de los padres sea sifilítico y sea probable, por tanto, que los hijos también lo sean. Casos como éste prueban que el invocar con un sollozo en la voz, el interés de los hijos, es únicamente, llevado al extremo, una excusa para la crueldad. Todo el problema de la relación del matrimonio con los intereses de los hijos debe ser considerado sin prejuicios y dándose cuenta de que la respuesta no es obvia desde el comienzo. En este punto conviene decir unas pocas palabras de recapitulación.

La familia es una institución prehumana, cuya justificación biológica es que la ayuda del padre durante el embarazo y la lactancia propende a que los hijos sobrevivan. Pero como vimos en el caso de los isleños de las Trobriand, y como podemos inferir con seguridad en el caso de los monos antropoides, esta ayuda, bajo condiciones primitivas, no es dada exactamente por las mismas razones que mueven a un padre en una comunidad civilizada. El padre no sabe que el hijo tenga con él una conexión biológica; el hijo es el vástago de la hembra a quien ama. Conoce este hecho porque ha visto nacer al hijo, y es este hecho lo que produce el lazo instintivo entre él y el niño. En este estadio no ve que la salvaguardia de la virtud de su mujer tenga importancia biológica alguna, aunque sentirá, sin duda, celos instintivos si tiene noticia de la infidelidad. En este estadio, además, no se siente propietario del hijo. El hijo es propiedad de su mujer y del hermano de su mujer, y su propia relación con el niño es meramente de afecto.

Pero con el desarrollo de la inteligencia, el hombre se ve compelido tarde o temprano a comer del árbol del bien y del mal. Se entera de que el hijo surge de su simiente, y por lo tanto debe asegurarse de la virtud de su mujer. La mujer y el hijo se convierten en su propiedad, y en un cierto nivel del desarrollo económico pueden ser una propiedad muy valiosa. Hace entrar en juego a la religión para que su mujer y sus hijos sientan deberes hacia él. Esto es especialmente importante en el caso de los hijos, pues si bien el padre es más fuerte cuando ellos son pequeños, llegará un momento en que él

Escaneado con CamScanner

estará decrépito y los hijos en el vigor de la madurez. En este estadio, es vitalmente importante para la felicidad del padre que los hijos lo reverencien. El mandamiento que se refiere a esto tiene una redacción engañosa. Debería decir: "Honra a tu padre y a tu madre para que *sus* días se alarguen en la tierra". El horror al parricidio que encontramos en la civilización primitiva muestra qué fuerte y difícil de superar era la tentación; porque un crimen no consigue inspirarnos horror auténtico en caso de que no podamos imaginarnos nosotros mismos cometiéndolo; piénsese, por ejemplo, en el canibalismo.

Las condiciones económicas de las comunidades primitivas agrícolas y pastoriles llevaron a la familia a su apogeo. La mayoría de la gente no podía disponer del trabajo de esclavos y, por lo tanto, el modo más fácil de adquirir trabajadores, era engendrarlos. Para estar seguro de que ellos trabajarían para su padre, era necesario santificar la institución de la familia con todo el peso de la religión y la moral. Gradualmente la primogenitura extendió la unidad de la familia a las ramas colaterales y acrecentó el poder del cabeza de familia. La realeza y la aristocracia dependen esencialmente de este orden de ideas, y aun la divinidad, ya que Zeus era el padre de los dioses y de los hombres.

Hasta este punto, el crecimiento de la civilización acrecentó la fuerza de la familia. Pero desde este punto en adelante se produjo un movimiento inverso, hasta que en el mundo occidental la familia llegó a ser una mera sombra de lo que fue. Las causas que trajeron la decadencia de la familia eran en parte económicas y en parte culturales. En la plenitud de su desarrollo nunca fue muy adecuada, ni a las poblaciones urbanas ni a los navegantes. El comercio fue en todas las épocas, excepto en la nuestra, la causa principal de la cultura, porque ponía a los hombres en relación con costumbres distintas de las propias, y los emancipaba, de ese modo, del prejuicio tribal. En concordancia con esto, encontramos mucha menos sujeción a la familia entre los griegos navegantes que entre sus contemporáneos. Otros ejemplos de la influencia emancipadora del mar se hallan en Venecia, Holanda y la Inglaterra isabelina; pero esto es ajeno al tema. El único punto que nos concierne es que cuando un miembro de la familia hacía un largo viaje, mientras los otros permanecían en el hogar, se emancipaba inevitablemente del control familiar y la familia se debilitaba proporcionalmente. La afluencia de la población rural a las ciudades, característica de todos los períodos de civilización ascendente, tiene el mismo efecto debilitador sobre la familia

Escaneado con CamScanner

que el comercio marítimo. Otra influencia, quizá más importante en lo tocante a los estrados más bajos de la sociedad, fue la esclavitud. El patrón tenía poco respeto por las relaciones familiares de sus esclavos. Podía separar a un marido de su mujer si así se le antojaba y también podía, sin duda, tener relaciones con cualquier esclava que le gustase. Es verdad que estas influencias no debilitaron la familia aristocrática a la que mantuvieron coherente el deseo de prestigio y el ansia de triunfar en las disputas del tipo Montescos y Capuletos, que caracterizaron la vida de la ciudad antigua, tanto como la de las ciudades italianas de la baja Edad Media y del Renacimiento. Pero la aristocracia perdió su importancia durante la primera centuria del Imperio Romano, y el cristianismo, victorioso finalmente, fue al comienzo una religión de esclavos y proletarios. El debilitamiento previo de la familia en estas clases pesó, sin duda, para que el cristianismo primitivo fuera un poco hostil respecto a ella y formulara una ética en la que el lugar de la familia era mucho menor que en cualquier ética anterior, excepto la budista. Lo que importa en la ética cristiana es la relación del alma con Dios, no la relación del hombre con sus semejantes.

El caso del budismo, sin embargo, debe prevenirnos contra el énfasis indebido puesto sobre la causalidad puramente económica de las religiones. No conozco bastante la situación de la India en la época en que se difundió el budismo como para poder asignar causas económicas al énfasis que éste pone sobre el alma individual, y más bien dudo que tales causas existieran. Durante todo el tiempo que floreció el budismo en la India, parece haber sido primariamente una religión para príncipes, y se podría esperar que las ideas sobre la familia hubiesen tenido más influencia sobre ellos que sobre ninguna otra clase social. Sin embargo, el desprecio por este mundo y la búsqueda de la salvación se hicieron comunes, con la consecuencia de que en la ética budista la familia ocupa un lugar muy subordinado. Los grandes conductores religiosos, con la excepción de Mahoma —y Confucio, si puede llamársele religioso— han sido en general muy indiferentes a consideraciones sociales y políticas, y han buscado más bien perfeccionar el alma por la meditación, la disciplina y la autonegación. Las religiones que surgieron en los tiempos históricos, contrariamente a las ya existentes cuando comienzan los datos históricos, han sido en general individualistas, y han tendido a suponer que un hombre puede cumplir totalmente su deber en soledad. Es cierto que han insistido en que si un hombre tiene relaciones sociales debe cumplir los deberes que corres-

Escaneado con CamScanner

ponden a esas relaciones, pero, en general, no consideraban la formación de esas relaciones un deber en sí mismo. Esto es verdad especialmente en el caso del cristianismo, que siempre tuvo una actitud ambivalente frente a la familia. En los Evangelios se lee: "Quien ame a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí", y esto significa, en efecto, que un hombre ha de hacer lo que juzgue correcto, aun si sus padres juzgan que eso es malo; un antiguo romano o un chino a la vieja usanza no suscribiría esta doctrina. Este fermento individualista del cristianismo trabajó despacio, pero tendió a debilitar gradualmente todas las relaciones sociales, especialmente entre los más fervorosos. Este principio se puso menos de manifiesto en el catolicismo que en el protestantismo, porque en el protestantismo, el elemento anárquico contenido en el principio de que debemos obedecer a Dios antes que al hombre, tomó el puesto predominante. Obedecer a Dios significa en la práctica obedecer a la propia conciencia, y las conciencias de los hombres pueden diferir. Deberán producirse, por lo tanto, conflictos ocasionales entre la conciencia y la ley, en los cuales el verdadero cristiano se sentirá impelido a honrar al hombre que sigue su conciencia más que al que sigue los dictados de la ley[1]. En la civilización primitiva el padre era Dios; en el cristianismo, Dios es el Padre, lo que da como resultado que la autoridad meramente humana del padre se debilite.

La decadencia de la familia en los tiempos más recientes debe atribuirse indudablemente en su mayor parte a la revolución industrial, pero ya había empezado antes de ese hecho, y sus comienzos fueron inspirados por la teoría individualista. Los jóvenes afirmaron su derecho a casarse de acuerdo con sus propios deseos y no a las órdenes de sus padres. Desapareció la costumbre de que los hijos casados viviesen en la casa de sus padres. Se hizo habitual que los hijos abandonasen la casa paterna para ganarse la vida no bien concluía su educación. Mientras los niños pequeños podían trabajar en fábricas, representaban, hasta que se morían por exceso de trabajo, una fuente de vida para sus padres; pero las leyes sobre la industria pusieron fin a esta forma de explotación, pese a las protestas de quienes vivían de ella. De ser un medio de vida, los hijos pasaron a ser una carga financiera. En esta situación se difundieron los anticonceptivos, y la natalidad comenzó a ba-

[1] Como ejemplo de esto, podemos hacer notar la suavidad de Lord Hugh Cecil con los que tenían escrúpulos de conciencia durante la última guerra.

Escaneado con CamScanner

jar. Hay mucho que decir sobre la idea de que el hombre medio ha tenido en todas las épocas tantos hijos como le correspondía tener, ni más ni menos. De cualquier modo, esto parece cierto en el caso de los aborígenes australianos, de los obreros del algodón de Lancashire y de los pares británicos. No pretendo afirmar que esta idea pueda sostenerse con una precisión teórica, pero no está tan lejos de la verdad como uno podría inclinarse a suponer.

La posición de la familia en los tiempos modernos ha sido debilitada hasta en su último reducto, por la acción del estado. En sus mejores tiempos, la familia estaba constituida por un anciano patriarca, un gran número de hijos mayores, sus mujeres y sus hijos —y acaso los hijos de sus hijos—, todos juntos en una casa, cooperando como una unidad económica y combinados contra el mundo exterior tan estrictamente como los ciudadanos de una nación moderna militarista. Actualmente la familia se reduce al padre, la madre y los hijos menores, y aun éstos, por mandato del estado, pasan la mayor parte de su tiempo en la escuela y aprenden lo que el estado considera bueno para ellos, no lo que sus padres quieren. (La religión, sin embargo, es una excepción parcial a esto.) Lejos de tener poder de vida y muerte sobre sus hijos, como tenía el padre romano, el padre inglés está expuesto a que lo procesen por crueldad si trata a su hijo en la forma que la mayoría de los padres de hace cien años hubieran juzgado esencial para una educación moral. El estado proporciona servicio médico y dental y alimenta al hijo, si los padres son faltos de recursos. Las funciones del padre quedan, de este modo, reducidas a un mínimo, ya que el estado ha asumido la mayoría de ellas. Con el avance de la civilización, esto resulta inevitable. En un estado de cosas primitivo, el padre era necesario, como lo es entre las aves y los monos antropoides, por razones económicas y también para proteger a los pequeñuelos y a su madre de la violencia. Hace mucho tiempo que el estado se hizo cargo de esta última función. Un niño cuyo padre ha muerto, no está expuesto a un peligro mayor de asesinato que otro cuyo padre vive. En las clases pudientes, la función económica se puede cumplir mejor si el padre está muerto que si está vivo, puesto que puede dejar su dinero a sus hijos, sin tener que gastar ya parte de él en su propio mantenimiento. Entre los que deben ganar el dinero para vivir, el padre es todavía económicamente útil, pero en lo que se refiere a los asalariados su utilidad va disminuyendo continuamente debido al sentimiento humanitario de la comunidad, que insiste en que el niño debe recibir un cierto míni-

Escaneado con CamScanner

mo de cuidado aunque no tenga un padre que pueda pagarlo. En la actualidad, el papel del padre es más importante en la clase media que en ninguna otra, porque en tanto vive y tiene una buena entrada, puede dar a sus hilos las ventajas de una educación costosa que los hará capaces de conservar su posición económica y social, mientras que si muere mientras los hijos son todavía pequeños, hay muchas probabilidades de que éstos desciendan en la escala social. Sin embargo, la precariedad de esta situación disminuye grandemente por la costumbre del seguro de vida, por medio del cual un padre prudente puede hacer mucho, aun en las clases profesionales, por disminuir su propia utilidad.

En el mundo moderno los padres, en su gran mayoría, tienen demasiado trabajo como para ocuparse mucho de sus hijos. A la mañana, la partida apurada hacia el trabajo no deja tiempo para la conversación; al anochecer, cuando vuelve a su casa, los chicos están, o deberían estar, en la cama. Hay algunos chicos que conocen a su padre como "ese hombre que viene los fines de semana". Los padres rara vez pueden participar en la seria ocupación de cuidar a los hijos; en realidad, ese deber se reparte entre las madres y los funcionarios encargados de la educación. Es verdad que el padre tiene a menudo fuerte afecto por sus hijos, pese al poco tiempo que puede estar con ellos. Cualquier domingo, en cualquier barrio pobre de Londres, se puede ver a gran cantidad de padres con sus hijos pequeños, aprovechando con evidente alegría la breve ocasión de conocerlos. Pero cualquiera sea el punto de vista del padre sobre esta relación, para el hijo se trata sólo de una diversión sin ninguna importancia seria.

En las clases más altas y en las profesionales, se acostumbra dejar a los niños con niñeras mientras son pequeños, y más tarde ponerlos pupilos en un colegio. La madre elige la niñera y el padre elige la escuela, conservando de ese modo intacto el sentido de su poder sobre su descendencia, cosa que los padres de la clase obrera no pueden hacer. Pero en lo que se refiere al contacto íntimo entre madre e hijo, es menor, regularmente, entre los pudientes que entre los asalariados. El padre tiene una relación de juego los días festivos, pero no participa en su educación real más que un padre obrero. Tiene ciertamente responsabilidad económica y el poder de decidir dónde han de ser educados, pero su contacto con ellos no es, en general, de un tipo muy serio.

Cuando un chico llega a la adolescencia, es muy posible que entre en conflictos con sus padres, puesto que él se considera ya capaz de gobernar sus propios asuntos, mientras

Escaneado con CamScanner

éstos están llenos de solicitud paternal, que a menudo no es más que un disfraz del amor al poder. Los padres consideran, habitualmente, que los diversos problemas morales que surgen en la adolescencia pertenecen a su jurisdicción. Pero expresan opiniones tan dogmáticas que los jóvenes rara vez confían en ellos y habitualmente siguen su propio camino en secreto. No se puede decir, por lo tanto, que en esta situación los padres, en su mayoría, sean de mucha utilidad.

Hasta ahora hemos estado considerando la debilidad de la familia moderna; debemos considerar ahora en qué aspectos es fuerte todavía.

Hoy en día, la familia es importante por las emociones que proporciona a los padres más que por cualquier otra razón. Las emociones parentales de hombres y mujeres son, quizá, las más poderosas de todas en cuanto a su influencia sobre la acción. Generalmente, los hombres y mujeres que tienen hijos gobiernan en gran parte su vida con relación a ellos, y los hijos llevan a hombres y mujeres enteramente ordinarios a actuar generosamente en ciertas cosas, de las cuales el seguro de vida es, quizá, la más definida y mensurable. Hace cien años, cuando se trataba del hombre económico en los manuales, no se tomaban en cuenta los hijos, aunque sin duda éstos estarían en la imaginación de los economistas, quienes, sin embargo, daban por establecido que la competencia general que postulaban no existía entre padres e hijos. Resulta claro que la psicología del seguro de vida está por completo fuera del ciclo que la psicología clásica tomaba en cuenta. Pero aquella economía no era psicológicamente autónoma, puesto que el deseo de propiedad está muy íntimamente ligado a los sentimientos parentales. Rivers llegó hasta a sugerir que toda la propiedad privada deriva de sentimientos de familia. Cita ciertas aves que tienen propiedad privada en la tierra durante la estación de la crianza, pero no en otro tiempo. Creo que la mayoría de los hombres puede atestiguar que al tener hijos, se vuelven más adquisitivos. Este efecto es, en la acepción popular de la palabra, instintivo, o sea espontáneo, y brota de fuentes inconscientes. Opino que la familia ha sido, en este aspecto, de una importancia incalculable para el desarrollo económico de la humanidad, y es todavía un factor dominante entre los que son suficientemente prósperos como para tener posibilidades de ahorrar dinero.

Es fácil que haya en este punto una curiosa desavenencia entre padres e hijos. Un hombre que trabaje mucho dirá a su hijo ocioso que se ha esclavizado toda su vida únicamente en beneficio de sus hijos. El hijo preferiría, por el contrario,

Escaneado con CamScanner

tener algo de dinero y un poco de cariño en el presente, que no una fortuna cuando su padre muera. Además el hijo se da cuenta, acertadamente, de que su padre va a la City por hábito y no por cariño paternal; por lo tanto, el hijo está tan seguro de que su padre es un farsante, como el padre de que su hijo es un ocioso. Sin embargo el hijo es injusto. Ve a su padre en la edad madura, cuando todos los hábitos están ya formados, y no advierte las fuerzas oscuras, inconscientes, que llevaron a la formación de esos hábitos. El padre quizás haya sufrido la pobreza en su juventud, y al nacer su primer hijo, el instinto puede haberle hecho jurar que ningún hijo suyo habría de soportar lo que él tuvo que sufrir. Tal resolución es importante y vital, y por tanto no necesita ya ser repetida conscientemente, puesto que sin necesidad de repetirse domina la conducta de allí en adelante. Esta es una de las formas en que la familia es todavía una fuerza poderosa.

La importancia de los padres, desde el punto de vista del hijo de corta edad, consiste en que éste recibe de ellos un afecto que no se brinda a ninguna otra persona, con excepción de sus hermanos y hermanas. Esto es en parte bueno y en parte malo. Me propongo considerar los efectos psicológicos de la familia sobre los hijos en el próximo capítulo. Por lo tanto, en este momento, sólo diré respecto a ese problema que la familia es un elemento muy importante en la formación del carácter, y que los hijos a quienes se cría separados de sus padres, es probable que difieran considerablemente, para mejor o para peor, de los chicos normales.

En una sociedad aristocrática, o en cualquier sociedad donde sea posible el encumbramiento personal, la familia es, en lo que toca a ciertos individuos importantes, un estímulo para la continuidad histórica. La observación parece demostrar que los que se llaman Darwin, son capaces de hacer un mejor trabajo científico que el que harían si en la infancia les hubiesen cambiado ese apellido por el de Snooks. Opino que si los apellidos se recibiesen por la línea femenina en lugar de la masculina, los efectos de este tipo serían exactamente tan fuertes como son ahora. Es imposible determinar en casos tales qué proporciones corresponden a la herencia y al ambiente respectivamente, pero estoy completamente convencido de que la tradición familiar desempeña un papel considerable en los fenómenos que Galton y sus discípulos atribuyen a la herencia. Se podría dar como ejemplo de la influencia de la tradición familiar, la razón que se dice que tuvo Samuel Butler para inventar su doctrina de la memoria inconsciente y para defender una teoría neolamarkiana de la herencia. Esa

Escaneado con CamScanner

razón era que, por motivos familiares, sentía necesario estar en desacuerdo con Carlos Darwin. Parece que su abuelo tuvo disputas con el abuelo de Darwin, su padre con el padre de Darwin, y por lo tanto, él tenía que disputar con Darwin. Resulta entonces que el Matusalén de Bernard Shaw es como es, debido a que Darwin y Butler tuvieron abuelos de mal genio.

Quizá la mayor importancia de la familia, en estos días de métodos anticonceptivos, es que conserva el hábito de tener hijos. Si un hombre no hubiera de tener derecho alguno sobre su hijo, ni oportunidad de relaciones afectuosas con él, no tendría mucho objeto para él, engendrarlo. Ciertamente sería posible con un ligero cambio en nuestras instituciones económicas, tener familias que consistieran sólo de madres, pero en este momento no estoy considerando ese tipo de familia, puesto que no da motivo alguno para la virtud sexual, y en esta obra nos interesa la familia como razón para el matrimonio estable. Puede ser —y no me parece improbable— que antes de que pase mucho tiempo el padre sea completamente eliminado, excepto entre los ricos (suponiendo que los ricos no sean abolidos por el socialismo). En ese caso, las mujeres compartirán sus hijos con el estado, no con un padre individual. Tendrán tantos hijos como deseen, y los padres no tendrán responsabilidad alguna. Por cierto, si las madres tienen de algún modo una inclinación a la promiscuidad, la paternidad será imposible de determinar. Pero si esto llega a ocurrir, traerá un profundo cambio en la psicología y en las actividades del hombre, mucho más profundo, creo, de lo que la mayoría de la gente supondría. No me atrevo a decir si los efectos sobre los hombres serían buenos o malos. Eliminaría de su vida la única emoción igual en importancia al amor sexual. El mismo amor sexual se volvería más trivial. Haría mucho más difícil el interés por algo posterior a la propia muerte. Haría a los hombres menos activos y, probablemente, los llevaría a retirarse antes de su trabajo. Disminuiría su interés por la historia y su sentido de la continuidad de la tradición histórica. Al mismo tiempo eliminaría la pasión más feroz y salvaje a que están expuestos los hombres civilizados: la furia que sienten al defender a mujeres e hijos de los ataques de los pueblos de color. Creo que haría a los hombres menos propensos a la guerra, y probablemente menos adquisitivos. Es casi imposible hacer un balance entre los buenos y malos efectos, pero es evidente que estos efectos serían profundos y de largo alcance.

En consecuencia la familia patriarcal es todavía importante, aunque es dudoso cuánto tiempo seguirá siéndolo.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XIV

La familia y la psicología individual

En este capítulo quiero examinar cómo las relaciones familiares afectan el carácter del individuo. Este tema tiene tres aspectos: incluye el efecto sobre los hijos, el efecto sobre la madre y el efecto sobre el padre. La familia es un tejido muy apretado, y resulta, por tanto, muy difícil desarticular estos tres aspectos, ya que todo lo que afecta a los padres afecta también la influencia que éstos tienen sobre los hijos. No obstante, intentaré dividir la discusión en estos tres temas, y es natural comenzar por los hijos, puesto que todo el mundo es hijo en la familia, antes de ser padre.

Si hemos de creer a Freud, las emociones de un niño de corta edad respecto de los otros miembros de la familia tienen un carácter un tanto violento. Un niño odia a su padre, a quien ve como a un rival sexual. Siente hacia su madre emociones que la moral tradicional mira con la mayor aversión. Odia a sus hermanos y hermanas porque absorben parte de la atención parental, la cual quisiera que estuviese totalmente concentrada sobre él mismo. En su vida posterior los efectos de estas pasiones turbulentas toman las formas más diversas y terribles, desde la homosexualidad en el mejor caso, hasta la locura en el peor.

Esta doctrina freudiana ha provocado menos horror de lo que se podría esperar. Es verdad que algunos profesores fueron destituidos de sus cargos por sostenerla, y que la policía inglesa deportó a uno de los mejores hombres de su generación[1] por ponerla en práctica. Pero la influencia del ascetismo cristiano es tan grande, que la gente se escandalizó más ante la insistencia de Freud sobre el sexo que ante su pintura de los odios infantiles. Nosotros, sin embargo, debemos formar, sin prejuicio, nuestro criterio respecto de la verdad o falsedad de las opiniones de Freud sobre las pasiones de los niños. Para comenzar, confesaré que la considerable experiencia con niños pequeños que he tenido durante los últimos años me

[1] Homer Lane.

Escaneado con CamScanner

llevó a pensar que hay mucha más verdad en las teorías de Freud de lo que antes suponía. No obstante, pienso todavía que representan sólo un aspecto de la verdad, y un aspecto que, con un poco de buen sentido de parte de los padres, puede llegar a ser de muy escasa importancia.

Comencemos con el complejo de Edipo. La sexualidad infantil es indudablemente más fuerte de lo que se creía antes de Freud. Incluso, creo que la heterosexualidad es más fuerte en la primera infancia que lo que se puede inferir de los escritos de Freud. No es difícil que una madre sin prudencia ni conocimientos suficientes, centre, sin intención, sobre sí misma los sentimientos heterosexuales de un hijo pequeño, y es verdad que si esto ocurre sobrevendrán probablemente las malas consecuencias señaladas por Freud. Pero es mucho menos probable que esto ocurra si la madre tiene una vida sexual satisfactoria, porque en ese caso no buscará en su hijo un tipo de satisfacción emocional que sólo debe pedirse a adultos. El impulso parental puro es un impulso a cuidar de los pequeños, no a pedirles afecto, y si una mujer es feliz en su vida sexual, se abstendrá espontáneamente de requerir del hijo una respuesta emocional que no corresponde. Por esta razón es probable que una mujer feliz sea mejor madre que una mujer desgraciada. Ninguna mujer, sin embargo, puede estar segura de ser siempre feliz, y en tiempos de desgracia puede ser necesario un cierto grado de autodominio para evitar exigir demasiado de los hijos. Este grado de autodominio no es muy difícil de practicar, pero en otras épocas no se había advertido su necesidad, y se juzgaba que una madre que prodigaba continuas caricias a sus hijos se comportaba en forma enteramente adecuada. Las emociones heterosexuales de los niños pequeños pueden encontrar una salida natural, sana e inocente con otros niños; de este modo son una parte del juego, y, como todo juego, proporcionan una preparación para actividades adultas. Después de los tres o cuatro años, un niño necesita, para su desarrollo emocional, la compañía de otros niños de ambos sexos, no sólo de hermanos o hermanas, que son mayores o menores, sino niños de la misma edad. La pequeña familia moderna, sin agregados, es demasiado apretada y aislada para el desarrollo sano del niño en sus primeros años, pero eso no significa que sea un ingrediente indeseable en el ambiente infantil.

No sólo las madres pueden despertar en el niño tipos indeseables de afecto. Las muchachas de servicio y las niñeras, y posteriormente las maestras, son igualmente peligrosas, y aún más todavía porque, regularmente, están sexualmente ham-

Escaneado con CamScanner

brientas. Las autoridades educativas opinan que quienes se ocupen de los niños deben ser siempre solteronas desgraciadas. Esta idea revela gran ignorancia psicológica, y no puede sostenerla ninguno que haya observado de cerca el desarrollo emocional de niños pequeños.

Son muy comunes en las familias los celos entre hermanos, que a veces son causa, en la vida posterior, de manía homicida o de desórdenes nerviosos más o menos serios. Excepto en sus formas muy suaves, no son difíciles de evitar, siempre que los padres y los demás que tienen los niños a su cargo se tomen el pequeño trabajo de controlar su propio comportamiento. Evidentemente no debe haber favoritismo; se debe observar la más escrupulosa justicia en cuanto a juguetes, regalos y atenciones. Al nacer un nuevo hermano o hermana, hay que esforzarse mucho para impedir que los otros imaginen que desde ese momento son menos importantes para sus padres de lo que eran antes. Siempre que se produzcan casos graves de celos, se descubrirá, me parece, que estos simples preceptos no se han cumplido.

Hemos llegado, en consecuencia, a ciertas condiciones que deben cumplirse para que los efectos de la vida familiar sobre los hijos sean buenos. Los padres, y especialmente la madre, deben, si es posible, no ser desgraciados en su vida sexual. Ambos padres tienen que evitar ese tipo de relación emocional con sus hijos que busca una respuesta impropia de la infancia. No debe haber ningún tipo de preferencia entre hermanos y hermanas, sino que todos deben ser tratados con la más estricta justicia. Y después de los tres o cuatro años, el hogar no ha de ser el único ambiente del niño, sino que éste tiene que pasar una parte considerable del día entre niños de su misma edad. Me parece que, dadas estas condiciones, es muy improbable que ocurran los efectos que Freud temía.

Por el contrario, el cariño de los padres, si está bien dirigido, favorece indudablemente el desarrollo del niño. Los chicos cuyos padres no sienten un cálido afecto por ellos, están propensos a ser delicados y nerviosos, y a veces desarrollan defectos, tales como la cleptomanía. El afecto de los padres hace que los niños se sientan seguros en este mundo peligroso, y les da intrepidez para observar y experimentar lo que los rodea. Para la vida mental del niño es necesario que se sienta objeto de un cálido afecto, puesto que instintivamente conoce su debilidad y su necesidad de protección que sólo el afecto puede asegurar. Para que un chico crezca feliz, expansivo y sin miedo, necesita estar rodeado de un cierto calor, que es difícil de obtener por otra vía que no sea el cariño de los padres.

Escaneado con CamScanner

Un padre y una madre sensatos pueden prestar a sus hijos otro servicio, que hasta tiempos muy recientes apenas cumplían. Consiste en instruirlos del mejor modo posible sobre los hechos del sexo y de la procreación. Si los chicos toman conocimiento del sexo como una relación entre sus padres, a la que ellos deben su existencia, lo conocen en su mejor forma y de acuerdo con su fin biológico. En otros tiempos, lo corriente era que tomaran conocimiento de él como tema de bromas obscenas y fuente de placeres tenidos por vergonzosos. Esta iniciación, por medio de conversaciones secretas indecentes, dejaba generalmente una impresión indeleble que hacía imposible para siempre tener una actitud decente en cualquier tema relacionado con el sexo.

Para decidir si la vida familiar es un conjunto deseable o indeseable, debemos considerar, evidentemente, cuáles son las únicas alternativas prácticas. Parecen ser dos: primero, la familia matriarcal, y segundo, las instituciones públicas del tipo de los asilos de huérfanos. Hacer que una u otra se estableciesen como norma, requeriría considerables cambios económicos. Vamos a suponer que se las ha puesto en práctica y consideraremos sus efectos sobre la psicología de los hijos.

Comencemos con la familia matriarcal. Se supone que en este caso los hijos conocerán sólo a uno de los padres, que una mujer tendrá un hijo cuando quiera tenerlo, pero. sin esperar que el padre tome interés particular alguno en el asunto, y sin elegir necesariamente el mismo padre para los diferentes hijos. Suponiendo que los cambios económicos fueran satisfactorios, ¿padecerían mucho los hijos con tal sistema? En efecto, ¿cuál es la utilidad psicológica de un padre para sus hijos? Creo que quizá la utilidad más importante reside en el último punto mencionado; la conexión del sexo con el amor matrimonial y la procreación. Existe también, después de los primeros años de la infancia, una ventaja muy definida en criarse en contacto con una visión masculina en la vida junto a la femenina. Esto es importante intelectualmente para los varones. Al mismo tiempo, no me parece que la ganancia sea muy profunda. Los chicos cuyos padres mueren mientras ellos son niños, no resultan, según lo que sé, peores, término medio, que otros chicos. Sin duda el padre ideal es mejor que ninguno, pero muchos padres están tan lejos del ideal, que su no existencia podría ser una positiva ventaja para los hijos.

Lo que acabo de decir depende del supuesto de que rijan convenciones enteramente diferentes de las actuales. Cuando existe una convención, los hijos sufren si se la infringe, puesto que casi no hay nada más doloroso para un chico que sentirse

Escaneado con CamScanner

de algún modo, una rareza. Esta consideración se aplica al divorcio en nuestra sociedad actual. Para un chico acostumbrado al padre y a la madre y apegado a ambos, un divorcio tiene como efecto la destrucción de todo su sentido de seguridad. Es muy probable, ciertamente, que en tales circunstancias desarrolle fobias y otros desórdenes nerviosos. Una vez que un chico se ha apegado a su padre y a su madre, ambos asumen una grave responsabilidad si se separan. Opino, por lo tanto, que una sociedad en la que el padre no ocupe puesto alguno, sería mejor para los niños que la sociedad en que el divorcio es frecuente, aunque todavía se lo mire como excepcional.

No veo que se pueda decir mucho en favor de la proposición de Platón de separar a los niños, tanto de la madre como del padre. Por las razones ya mencionadas, creo que el afecto de los padres es esencial para el desarrollo del niño, y si bien podría ser suficiente recibir este cariño sólo de uno de los padres, sería ciertamente muy lamentable si no se lo recibiera de ninguno de los dos. Desde el punto de vista de la moral sexual, que es el que nos interesa primariamente, el problema importante es la utilidad del padre. Respecto de esto, aunque es difícil decir nada categóricamente, la conclusión parece ser la de que en ciertos casos desafortunados puede causar con su tiranía, su mal genio y su disposición pendenciera, más daño que bien. Resulta por tanto que, desde el punto de vista de la psicología de los hijos, los argumentos en favor del padre no son de mucho peso.

La importancia de la familia, tal como existe en la actualidad, con relación a la psicología de la madre, es difícil de estimar. Creo que regularmente, la mujer tiene durante los períodos de embarazo y de lactancia cierta tendencia instintiva a desear la protección de un hombre; sentimiento éste heredado, sin duda, de los monos antropoides. Probablemente una mujer que debe renunciar a esa protección en nuestro bastante áspero mundo actual, tiende a volverse un poco indebidamente combativa, a autoafirmarse en forma algo excesiva. Sin embargo, estos sentimientos son instintivos sólo en parte. Se debilitarían grandemente, y en algunos casos desaparecerían por completo, si el estado cuidara adecuadamente de las embarazadas, de las madres que están criando a sus hijos y de los hijos pequeños. Pienso que quizás el mayor daño que se haría a las mujeres con la abolición del puesto del padre en el hogar, sería la disminución de la intimidad y seriedad de sus relaciones con el sexo masculino. Los seres humanos están hechos de tal modo que cada sexo tiene mucho que aprender del otro, pero las relaciones sexuales, aun si son apasionadas,

Escaneado con CamScanner

no bastan para este aprendizaje. La cooperación en la seria tarea de criar a los hijos y el compañerismo durante los largos años que esto lleva, producen una relación más importante y más enriquecedora para ambas partes que cualquiera que pudiera existir si los hombres no tuvieran responsabilidad para con sus hijos. Y no creo que las madres que viven en una atmósfera puramente femenina o cuyos contactos con hombres son triviales, serán, excepto en una minoría de casos, tan buenas para sus hijos desde el punto de vista de la educación emocional, como las que son felices en su matrimonio y cooperan con sus maridos en todas las etapas. Si una mujer es decididamente desgraciada en su matrimonio —hecho de ningún modo raro—, su infelicidad hará que le resulte más difícil tener el correcto equilibrio emocional en el trato con sus hijos. En tales casos, sería indudablemente mejor madre si estuviese libre del marido. Llegamos, así, a esta conclusión enteramente elemental: que los matrimonios felices son buenos y los desgraciados son malos.

El problema más importante en las relaciones de la familia con la psicología individual es, con mucho, su efecto sobre el padre. Hemos tenido ocasión de señalar repetidamente la significación de la paternidad y las pasiones que la acompañan. Hemos visto qué papel desempeñó en la historia primitiva en relación con el desarrollo de la familia patriarcal y la sujeción de las mujeres, de lo cual puede inferirse qué poderosa pasión debe ser el sentimiento paternal. Por razones que no son fáciles de desentrañar, no es tan fuerte en las comunidades altamente civilizadas como en las otras. Los romanos de las clases altas y de la época del Imperio dejaron aparentemente de sentirlo, y muchos hombres intelectualizados de nuestros días están casi, o del todo, desprovistos de él. No obstante, todavía lo siente la gran mayoría de los hombres, aun en las comunidades más civilizadas. Por esta razón, más que a causa del sexo, se casan los hombres, puesto que no es difícil obtener satisfacción sexual fuera del matrimonio. Hay una teoría según la cual el deseo de tener hijos es más común entre las mujeres que entre los hombres, pero mi propia impresión, si vale de algo, es exactamente lo contrario. En gran número de matrimonios modernos, los hijos son una concesión de la mujer a los deseos del hombre. Después de todo, la mujer tiene que afrontar trabajos, dolores, y una posible pérdida de belleza por traer un hijo al mundo, mientras que un hombre no tiene esos motivos de preocupación. Las razones de un hombre para limitar su familia son generalmente económicas; estas razones son válidas también para la mujer, que tiene además

Escaneado con CamScanner

sus propias razones especiales. La fuerza con que los hombres desean tener hijos resulta evidente si se tiene en cuenta la pérdida de comodidad material, que aceptan deliberadamente los profesionales cuando se deciden a educar una familia en la forma costosa que su clase considera necesaria.

¿Engendrarían hijos los hombres si no llegaran a disfrutar de los derechos que la paternidad confiere actualmente? Algunos dirían que de no tener el padre responsabilidades, engendraría despreocupadamente. Yo no lo creo así. El hombre que desea un hijo desea las responsabilidades que éste trae consigo. Y en estos días de anticonceptivos, no ocurriría a menudo que un hombre tenga un hijo como un mero accidente en la búsqueda del placer. Evidentemente, cualquiera que fuera el estado de la ley, siempre sería posible a un hombre y a una mujer vivir en una unión permanente en la cual el hombre podría gozar de algo de lo que ahora trae consigo la paternidad; pero si la ley y la costumbre se adaptaran a la idea de que los hijos pertenecen a la madre solamente, las mujeres sentirían cualquier otra cosa que se acercara a lo que hoy es el matrimonio como una violación de su independencia y una pérdida innecesaria de ese dominio completo sobre sus hijos del que, de otro modo, podrían disfrutar. Debemos, por tanto, suponer que los hombres no lograrían convencer muy a menudo a las mujeres para que cedieran derechos garantizados a ellas por la ley.

Algo habíamos dicho en el capítulo anterior sobre los efectos de un sistema de ese tipo sobre la psicología masculina. Creo que disminuiría inmensamente la seriedad de las relaciones de los hombres con las mujeres, haciéndolas cada vez más un asunto de mero placer y no una unión íntima de corazón, espíritu y cuerpo. Tendería a cierta trivialidad en todas las relaciones personales, de modo que las emociones serias de un hombre tendrían que concentrarse en su carrera, su país o cualquier otro tema completamente impersonal. Todo esto, sin embargo, está expresado en forma un tanto excesivamente general, ya que los hombres difieren profundamente los unos de los otros, y lo que para uno puede ser una grave privación, podría ser para otro algo enteramente satisfactorio. Lo que yo creo, pese a no poder afirmarlo sin vacilar, es que la eliminación de la paternidad como relación social reconocida tendería a hacer más magra y fútil la vida emocional del hombre, ocasionando creciente aburrimiento y desesperación a causa de los cuales la procreación desaparecería gradualmente y la raza humana sería provista por estirpes preservadas por la antigua convención. Pienso que el aburrimiento y la superficialidad

Escaneado con CamScanner

serían inevitables. Es cierto que podría contrarrestarse la disminución de la población pagando a las mujeres una suma suficiente para que tomasen a su cargo el oficio de la maternidad. Es de presumir que esto se hará antes de mucho, si el militarismo sigue tan fuerte como en la actualidad. Pero esta línea de pensamiento nos lleva a considerar el problema de la población, que debemos tratar en un capítulo posterior; no seguiré, por lo tanto, desarrollándlo aquí.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XV

La familia y el estado

La familia, aunque tiene un origen biológico, es en las comunidades civilizadas un producto de las disposiciones legales. La ley regula el matrimonio y determina minuciosamente los derechos de los padres sobre los hijos. Cuando no hay matrimonio, el padre no tiene derechos y el hijo pertenece exclusivamente a la madre. Pero aunque la ley se propone defender la familia, en la época moderna se ha interpuesto cada vez más entre padres e hijos y se está convirtiendo gradualmente, contra el deseo y la intención de los legisladores, en uno de los principales instrumentos para la destrucción del sistema familiar. Esto proviene del hecho de que no se puede confiar en que los malos padres cuiden de sus hijos tanto como el sentimiento general de la comunidad considera necesario. Y no sólo los malos padres sino también los muy pobres, requieren la intervención del estado para proteger a sus hijos del desastre. A comienzos del siglo XX, el intento de reglamentar el trabajo de los niños en las fábricas fue tenazmente resistido sobre la base de que debilitaría la responsabilidad de los padres. Aunque la ley inglesa no permitía a los padres, como la romana, matar a sus hijos rápidamente y sin hacerlos sufrir, les permitía agotar la vida de sus hijos en el trabajo. Este derecho sagrado fue defendido por los padres, los patrones y los economistas. No obstante, el sentido moral de la comunidad se rebeló contra toda esa pedantería abstracta, y las leyes sobre el trabajo en las fábricas fueron aprobadas. El paso siguiente fue más importante: consistió en el establecimiento de la educación obligatoria. Esto constituye una interferencia realmente grave en los derechos de los padres. Todos los días, excepto los feriados, los niños deben estar fuera del hogar durante un buen número de horas, aprendiendo cosas que el estado considera necesario que ellos sepan, sin que en todo esto la opinión de los padres cuente legalmente para nada. El control del estado sobre la vida de los niños se extiende gradualmente mediante la escuela. Se cuida de su salud aunque sus padres sean partidarios de la

Escaneado con CamScanner

ciencia cristiana. Si son deficientes mentales se los envía a escuelas especiales. Si son indigentes, se los puede alimentar. Se les puede dar calzado si sus padres no están en condiciones de proporcionárselo. Si los chicos llegan a la escuela con signos de haber sido maltratados por sus padres, éstos sufrirán probablemente consecuencias penales. En otros tiempos, los padres tenían derecho a las ganancias de sus hijos mientras éstos fueran menores de edad; ahora, aunque en la práctica puede ser difícil que los hijos retengan sus ganancias, tienen derecho a hacerlo y pueden imponer legalmente este derecho si surgen circunstancias que hagan necesario este paso. Uno de los pocos derechos que les quedan a los padres de las clases asalariadas, es el de marcar a sus hijos enseñándoles una superstición compartida por gran número de padres de la misma vecindad. Y en muchos países, aun este derecho se les ha quitado a los padres.

No se puede establecer ningún límite claro a este proceso de sustitución del padre por el estado. Este ha tomado las funciones del padre más que las de la madre, puesto que cumple, por el niño, servicios que de otro modo deberían ser pagados por el padre. En las clases más altas y en la clase media este proceso apenas ha tenido lugar y, en consecuencia, el padre sigue siendo lo más importante y la familia más estable en las clases acomodadas que entre los asalariados.

Donde se toma en serio el socialismo, como en el caso de la Unión Soviética, se reconoce como una empresa importante y vitalmente necesaria la abolición o la completa transformación de las instituciones educacionales, antes destinadas a los hijos de los ricos. Es difícil imaginar que esto suceda en Inglaterra. He visto a prominentes socialistas ingleses echar espuma por la boca ante la sugerencia de que todos los niños deberían ir a las escuelas primarias. "¿Qué?, exclamaban, ¿mis hijos mezclados con los chicos de los barrios bajos?" Aunque parezca demasiado extraño, no llegaban a darse cuenta de que la división de clases está ligada al sistema educacional.

La tendencia actual en todos los países es la creciente interferencia del estado en el poder y las funciones de los padres trabajadores, sin que se produzca una interferencia semejante con los padres de las otras clases (excepto en la URSS). El efecto de esto es que se crean dos perspectivas distintas; la de los ricos y la de los pobres, debilitándose la familia entre los pobres sin que ningún cambio se produzca entre los ricos. Creo que se puede suponer que los sentimientos humanitarios hacia los niños, que provocaron las anteriores intervenciones del estado, persistirán y provocarán más y más intervenciones. El que

Escaneado con CamScanner

un inmenso porcentaje de los chicos de los barrios pobres de Londres y aún más en las ciudades industriales del Norte sufran de raquitismo, por ejemplo, es un hecho que reclama una acción pública. Los padres, por más que quieran, no pueden remediar el mal, porque sus medios no les permiten proporcionar las condiciones necesarias de alimentación, aire fresco y luz. Es un despilfarro y una crueldad permitir que los niños se arruinen físicamente durante los primeros años de su vida, y como la higiene y el régimen alimenticio van siendo mejor comprendidos, irá creciendo la exigencia de no dejar padecer a los niños ningún daño innecesario. Claro está que todas estas sugestiones encuentran una vehemente resistencia política. Los ricos se coligan en todas las circunscripciones de Londres para mantener bajos los impuestos, es decir, para asegurarse de que se hará tan poco como sea posible para aliviar la enfermedad y la miseria de los pobres. Cuando las autoridades locales toman, como en Poplar, medidas efectivas para disminuir la mortalidad infantil, las meten en la cárcel[1]. No obstante, la resistencia de los ricos va siendo superada continuamente, y la salud de los pobres va mejorando sin cesar. Podemos, por lo tanto, esperar con confianza que las funciones del estado en lo tocante al cuidado de los hijos de los trabajadores en un futuro próximo, en vez de restringirse, se extenderán con una correspondiente disminución de las funciones de los padres. El fin biológico del padre consiste en proteger a sus hijos durante los años en que éstos no pueden valerse por sí solos, y si el estado asume esa función, el padre pierde su *raison d'être*. Por lo tanto hay que esperar que en las sociedades capitalistas se produzca una creciente división de la comunidad en dos castas: la de los ricos, que conservaría la familia en su antigua forma, y la de los pobres, a la espera de que el estado cumpla, cada vez más, las funciones económicas que correspondían tradicionalmente al padre.

En la Unión Soviética se han encarado transformaciones más radicales de la familia, pero teniendo en cuenta que el ochenta por ciento de la población consiste en campesinos entre los cuales la familia es todavía tan fuerte como en Europa Occidental durante la Edad Media, es probable que las teorías de los comunistas afecten sólo una sección urbana comparativamente pequeña. Puede ser entonces que se produzca en la URSS la

[1] En 1923, el índice de mortalidad infantil era diez por ciento menor en Poplar que en Kensington; en 1926, después que la restauración de la legalidad en Poplar hubo cumplido su obra beneficiosa, era diez por ciento mayor en Poplar que en Kensington.

Escaneado con CamScanner

exacta antítesis de la situación que hemos estado considerando en los países capitalistas: una clase alta que se desliga de la familia y una clase baja que la mantiene.

Otra fuerza poderosa trabaja por la eliminación del padre: el deseo de las mujeres de tener independencia económica. Hasta ahora las mujeres políticamente prominentes han sido solteras, pero es probable que esta situación sea transitoria. En Inglaterra, las injusticias con la mujer casada son comparativamente más graves que las que se cometen con la mujer soltera. La maestra que se casa se ve tratada del mismo modo que la maestra que vive en abierto pecado. Aun los médicos de las maternidades públicas, si son mujeres, han de ser solteras. El motivo de todo esto no es que se suponga que las mujeres casadas son ineptas para el trabajo, ni tampoco que haya ninguna barrera legal para emplearlas, por el contrario, se aprobó hace muchos años una ley que establecía explícitamente que la mujer no incurriría en incapacidad alguna por causa de matrimonio. El único motivo para no emplear mujeres casadas es el deseo masculino de conservar el poder económico sobre ellas. No se puede pensar que las mujeres se someterán indefinidamente a esa tiranía. Por cierto que es un poco difícil encontrar un partido que haga suya esta causa, ya que los conservadores aman el hogar, y el Partido Laborista ama a los trabajadores. Sin embargo, ahora que las mujeres son la mayoría del electorado, no hay que suponer que han de aceptar que se las mantenga siempre en segundo término. Es probable que sus reclamos, en caso de que se los reconozca, tengan un efecto profundo sobre la familia.

Hay dos caminos diferentes por los cuales las mujeres casadas podrían adquirir la independencia económica. Uno es que permanezcan empleadas en el mismo tipo de trabajo en que se ocupaban antes de su matrimonio. Esto crea la obligación de confiar los hijos al cuidado de otros, lo que llevaría a la difusión de las casas-cuna y jardines de infantes, cuya consecuencia lógica sería el que tanto la madre como el padre perdieran toda importancia en la psicología del niño. El otro método consistiría en que las mujeres que tienen niños pequeños recibieran un salario del estado, a condición de consagrarse al cuidado del niño. Este método solo no sería, sin duda, adecuado, y tendría que complementarse con disposiciones que hiciesen posible que las mujeres retornaran a su trabajo una vez que sus niños dejaran de ser pequeños. Pero tendría la ventaja de capacitar a las mujeres para cuidar ellas mismas a sus hijos, sin estar en la degradante dependencia de un hombre. Y reconocería algo que cada día es más verdadero: que el tener un hijo,

Escaneado con CamScanner

antes mera consecuencia de la satisfacción sexual, es ahora una tarea deliberadamente asumida, la cual, ya que redunda en beneficio del estado, y no de los padres, debería ser pagada por el estado en lugar de constituir una pesada carga para el padre y la madre. Este último punto se reconoce cuando se exigen las erogaciones familiares, pero todavía no se ha reconocido que los pagos, en razón de los hijos, deben hacerse sólo a la madre. Me parece, sin embargo, que se puede suponer que el feminismo crecerá en la clase obrera hasta el punto de que esto se reconozca y se establezca por ley.

Suponiendo que esa ley se apruebe, sus efectos sobre la moral familiar dependerán de su redacción. La ley debe ser redactada de tal modo, que la mujer no reciba subvención si su hijo es ilegítimo; o también se podría establecer que, si alguna vez se prueba que es culpable de adulterio, la pensión se pagará al esposo, y no a ella. Si ésa llega a ser la ley, la policía local debería visitar a las mujeres casadas y hacer una investigación sobre su moral. El efecto podría ser de lo más edificante, pero dudo que los así edificados quedaran muy contentos. Creo que muy pronto aparecería una petición para que cesase la intervención policial, con el corolario de que aun las madres de hijos ilegítimos recibirían la subvención. Si ocurriera tal cosa, el poder económico del padre llegaría completamente a su fin en la clase trabajadora, y probablemente la familia dejaría de ser biparental un tiempo después, ya que el padre no tendría más importancia que entre los perros y los gatos.

Sin embargo, en nuestros días la mujer tiene tal horror al hogar, que me parece que la mayoría de las mujeres preferiría continuar el trabajo que hacía antes del matrimonio, si tuviese que elegir entre eso y recibir un sueldo por cuidar de sus propios hijos. Habría un número suficiente de mujeres dispuestas a dejar sus hogares para cuidar chicos en una casa-cuna, porque ése sería un trabajo profesional; pero no creo que la mayoría de las mujeres trabajadoras, si se les ofreciera la elección, quedaran tan contentas cobrando un sueldo por cuidar a sus hijos como ganando su salario en el trabajo que hacían antes de su matrimonio. Esta es, sin embargo, sólo una opinión y no pretendo tener ningún dato decisivo en favor de mi hipótesis. Pero si hay algo de verdad en lo que vengo diciendo, parece posible que el desarrollo del feminismo entre las mujeres casadas ha de conducir, aun dentro de la estructura de la sociedad capitalista, a la eliminación, en un futuro no distante, de uno de los padres si no de los dos, en la crianza de los niños de la clase obrera.

La revuelta de las mujeres contra la dominación de los

Escaneado con CamScanner

hombres es un movimiento prácticamente realizado en su sentido puramente político, pero en sus aspectos más amplios está todavía en la infancia. Sus efectos más lejanos irán tomando vigencia gradualmente. Las emociones que se atribuyen a las mujeres son, todavía, reflejos de los intereses y sentimientos de los hombres. En las obras de novelistas del sexo masculino se lee que las mujeres experimentan placer físico dando de mamar a su hijo; es fácil enterarse de que esto no es verdad consultando a cualquier madre que uno conozca, pero hasta que las mujeres tuvieran voto, a ningún hombre se le ocurrió hacer esta consulta. Tanto han babeado los hombres sobre las emociones maternales, a las que veían subconscientemente como medios de dominación, que se requiere un esfuerzo considerable para llegar a lo que las mujeres sienten sinceramente. Hasta hace muy poco, se suponía que todas las mujeres decentes desean tener hijos, pero odian al sexo. Aún ahora, a muchos hombres los escandalizan las mujeres que afirman francamente que no desean tener hijos. Y no es raro que los hombres se pongan a decirles algún sermón. Mientras las mujeres estuvieron sometidas, no se atrevían a ser honestas respecto a sus propias emociones, y manifestaban las que eran agradables a los hombres. No podemos, por lo tanto, argumentar en base a lo que hasta ahora se ha tenido por la actitud normal de la mujer hacia los hijos, porque puede ser que descubramos que cuando las mujeres lleguen a emanciparse totalmente, sus emociones resulten por entero diferentes de lo que hasta aquí se pensaba. Creo que la civilización, al menos como ha existido hasta ahora, tiende a disminuir los sentimientos maternales de las mujeres. Es probable que en el futuro no podrá mantenerse una civilización elevada a menos que se pague a las mujeres sumas tales por la producción de hijos, que esto llegue a parecerles tan conveniente como cualquier otra carrera para hacer dinero. Si eso se hiciera, sería por cierto innecesario que todas las mujeres, o incluso la mayoría, adoptaran esa profesión. Sería una profesión entre otras, y exigiría una dedicación profesional. Pero éstas son especulaciones. El único punto que parece por completo cierto es que, probablemente, el feminismo tendrá en su desarrollo posterior una profunda influencia en la destrucción de la familia patriarcal, que representa el triunfo del hombre sobre la mujer en los tiempos prehistóricos.

La sustitución del padre por el estado, hasta donde ha llegado en Occidente, es en lo principal un gran avance. Ha mejorado inmensamente la salud de la comunidad y el nivel general de educación. Hizo que disminuyeran las crueldades para con los hijos, y volvió imposibles, sufrimientos como los

Escaneado con CamScanner

de David Copperfield. Puede esperarse que continuará elevando el nivel de salud física y la formación intelectual, especialmente impidiendo los peores males que resultan del sistema familiar cuando éste fracasa. Hay, sin embargo, graves peligros en la sustitución de la familia por el estado. Regularmente los padres quieren a sus hijos y no los miran como mero material para planes políticos. No se puede esperar que el estado tenga la misma actitud. Los individuos que entran en contacto con los niños en las instituciones, los maestros de escuela por ejemplo, pueden conservar, si no están abrumados de trabajo y muy mal pagados, algo del sentimiento personal que tienen los padres. Pero los maestros tienen poco poder; el poder pertenece a los funcionarios administrativos. Estos nunca ven a los niños cuyas vidas controlan, y como son de tipo administrativo (puesto que de otro modo no habrían obtenido los cargos que ocupan) probablemente tienen de un modo especial la capacidad de mirar a los seres humanos no como fines en sí mismos, sino como material para algún tipo de construcción. Además, a un funcionario administrativo siempre le gusta la uniformidad. Esta es conveniente para estadísticas y casilleros, y si es uniformidad de la "buena" denota la existencia de un gran número de seres humanos del tipo que considera deseable. Por lo tanto, entregados los niños a merced de las instituciones, tenderán a ser todos iguales, mientras que los pocos que no puedan adaptarse al patrón admitido sufrirán persecuciones, no sólo de sus compañeros sino también de las autoridades. Esto significa que muchos de los que tienen las mejores potencialidades serán acusados y torturados hasta quebrantarles el espíritu. También significa que los que formen parte de la vasta mayoría que consiga adaptarse estarán muy seguros de sí mismos, propensos a perseguir e incapaces de escuchar con paciencia ninguna idea nueva. Sobre todo, mientras el mundo siga dividido en estados militaristas rivales, sustituir los padres por los cuerpos públicos significa intensificar lo que se llama patriotismo, que equivale a estar dispuesto a entregarse de buena gana al exterminio mutuo sin una duda, en cuanto los gobiernos se sientan inclinados a ello. Indudablemente el llamado patriotismo es el más grave peligro a que está expuesta actualmente la civilización, y todo lo que aumente su virulencia es más temible que una plaga, una peste o el hambre colectiva. En la actualidad, los jóvenes tienen una doble lealtad; por un lado a sus padres, por el otro al estado. Si llegara a ocurrir que toda su lealtad correspondiera al estado, habría graves razones para temer que el mundo se volviera aún más sediento de sangre de lo que es en la actualidad. Creo, en consecuencia, que mientras siga sin resolverse el problema del

Escaneado con CamScanner

internacionalismo, la creciente participación del estado en la educación y crianza de los niños envuelve peligros tan graves que contrapesan sus indudables ventajas.

Si, por el contrario, se estableciese un gobierno internacional capaz de sustituir la fuerza por la ley en las disputas entre naciones, la situación sería enteramente diferente. Tal gobierno podría disponer que el nacionalismo en sus formas más intensas fuese excluido en todos los países del *curriculum* educacional. Podría insistir en que se enseñara en todas partes la lealtad al super-estado internacional y en que se inculcara el internacionalismo como sentimiento, en lugar de la actual devoción a la bandera nacional. En ese caso, aunque subsistiría el peligro de una uniformidad excesiva y de que se persiguiese a los que fuesen originales, se eliminaría el peligro de promover la guerra. Ciertamente, el control del super-estado sobre la educación sería una positiva salvaguardia contra la guerra. La conclusión parece ser que la sustitución del padre por el estado sería una ganancia para la civilización si el estado fuera internacional, pero mientras siga siendo nacional y militarista representa un aumento del riesgo de guerra para la civilización. La familia está decayendo rápidamente y el internacionalismo crece con lentitud. Por lo tanto, estamos frente a una situación que justifica graves aprensiones, pero que no es, sin embargo, desesperada, puesto que el internacionalismo puede crecer más rápidamente en el futuro de lo que ha crecido en el pasado. Por fortuna, quizá, no podemos predecir el futuro, y tenemos entonces derecho, si no de contar con ello, al menos de esperar que sea posible mejorar lo presente.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XVI

El divorcio

En la mayoría de las épocas y países, la institución del divorcio se ha admitido para ciertos casos; nunca con el designio de crear una alternativa a la familia monogámica sino meramente para mitigar el rigor del matrimonio en los casos en que la continuación de éste, resultaba intolerable. Las leyes sobre el tema han sido extraordinariamente diferentes en distintas épocas y lugares, y en nuestros días varían, aun dentro de los Estados Unidos, desde el extremo de la no admisión del divorcio en Carolina del Sur hasta el extremo opuesto de Nevada[1]. En muchas civilizaciones no cristianas resultaba sencillo al esposo obtener el divorcio, y en algunas, también le resultaba fácil a la mujer. La ley mosaica autoriza al esposo a conceder cédula de divorcio; la ley china permite el divorcio siempre que se le devuelva a la mujer la propiedad que aportó al matrimonio. La Iglesia católica, fundándose en que el matrimonio es un sacramento, no permite el divorcio bajo ningún motivo, pero en la práctica esta severidad es mitigada —especialmente cuando está en juego alguno de los grandes de la tierra— por el hecho de que hay muchos motivos de nulidad[2]. En los países cristianos la indulgencia hacia el divorcio ha sido proporcional al grado de protestantismo que allí existía.

Como todos saben, Milton escribió en favor del divorcio porque era muy protestante. La Iglesia anglicana, en la época en que se consideraba protestante, reconoció el divorcio por adul-

[1] En Nevada los motivos son: abandono premeditado, culpabilidad de crimen infamante, embriaguez habitual, impotencia en el momento del matrimonio continuada hasta el momento del divorcio, crueldad grave, negligencia en proveer recurso por un año, locura durante dos. Véase *Sex in civilization* [El sexo en la civilización], editado por V. F. Claverton y S. D. Schmalhausen, Londres, Allen & Unwin Ltd., 1929, p. 224.

[2] Se recordará que en el caso del duque y la duquesa de Marlborough se sostuvo que el matrimonio era nulo porque ella se había casado por coacción, motivo que fue considerado válido pese al hecho de que habían vivido juntos durante años y habían tenido hijos.

Escaneado con CamScanner

terio, aunque no por otra causa. Hoy, la mayoría del clero de la Iglesia anglicana de Inglaterra se opone a todo tipo de divorcio. En Suecia, la ley lo concede fácilmente. Lo mismo ocurre en la mayoría de los estados de Norteamérica. Escocia es más favorable al divorcio que Inglaterra. En Francia, el anticlericalismo hace fácil el divorcio. En la Unión Soviética el divorcio se concede a pedido de cualquiera de los dos cónyuges, pero como en ese país no hay penalidades sociales ni legales para el adulterio y la ilegitimidad, el matrimonio ha perdido, al menos entre las clases gobernantes, la importancia que tiene en otras partes.

Uno de los aspectos más curiosos del problema del divorcio es la diferencia que ha existido a menudo entre la ley y la costumbre. Las leyes que conceden el divorcio más fácilmente no son, de ningún modo, las que producen el mayor número de divorcios. En China antes de los últimos cambios, el divorcio era casi desconocido, porque, pese al ejemplo de Confucio, no se lo consideraba enteramente respetable. Suecia permite el divorcio por consentimiento mutuo, motivo que ningún estado norteamericano reconoce; sin embargo, en el año 1922, último del que tengo cifras comparables, el número de divorcios por cada 100 000 habitantes, fue de 24 en Suecia y de 136 en los Estados Unidos[3]. Creo que esta distinción entre ley y costumbre es importante, ya que mientras estoy en favor de una ley más bien indulgente en la materia, se me ocurren fuertes razones para que, en tanto la familia biparental persista como norma, la costumbre esté contra el divorcio. Adopto esta idea porque considero que el matrimonio no es, primariamente, una asociación sexual sino sobre todo una cooperación emprendida para la procreación y crianza de hijos. Como hemos visto en capítulos anteriores, es posible, y aun probable, que el matrimonio así comprendido sea destruido por la presión de diversas fuerzas, de las cuales las económicas son las principales; pero si esto ocurriera, el divorcio también desaparecería, puesto que es una institución que depende de la existencia del matrimonio, para el cual constituye una especie de válvula de seguridad. Por lo tanto, el presente examen se moverá enteramente dentro de la estructura de la familia compuesta de padre y madre, considerada como regla general.

Protestantes y católicos han encarado el divorcio, en

[3] Desde entonces el total de divorcio y anulación de matrimonio aumentó en Suecia de 1531 en 1923 a 1966 en 1927, mientras que en los Estados Unidos la proporción por cada cien matrimonios, aumentó de 13,4 a 15.

Escaneado con CamScanner

general, no desde el punto de vista del fin biológico de la familia, sino desde el punto de vista de la concepción teológica del pecado. Los católicos, como consideran que el matrimonio es indisoluble a los ojos de Dios, sostienen necesariamente que una vez que dos personas se han casado, ninguna de ellas puede, en vida de la otra, tener relaciones pecaminosas con ninguna otra persona, no importa lo que ocurra dentro del matrimonio. Los protestantes han favorecido el divorcio en parte como resultado de su oposición a la doctrina católica de los sacramentos, en parte también porque advirtieron que la indisolubilidad del matrimonio es causa de adulterio y pensaron que el divorcio fácil haría menos dificultosa la disminución del adulterio. En concordancia con esto, se encuentra que en los países protestantes donde los matrimonios pueden disolverse fácilmente, el adulterio es muy mal visto, mientras que en los países que no reconocen el divorcio, aunque el adulterio es mirado como pecaminoso, se hace la vista gorda ante él, al menos cuando los que lo practican son hombres. En Rusia zarista, donde el divorcio era sumamente difícil, nadie pensaba lo peor de Gorki por su vida privada, cualquiera fuese la opinión que le merecían sus ideas políticas. En los Estados Unidos, por el contrario, donde nadie le reprochaba sus ideas políticas, fue acosado por causas morales, y ningún hotel le hubiera dado alojamiento ni siquiera por una noche.

Ni el punto de vista protestante sobre este tema, ni el católico, se pueden apoyar en fundamentos racionales. Consideremos en primer término el punto de vista católico. Supongamos que el marido o la mujer enloquecen después del matrimonio; en tal caso no conviene que nazcan más hijos, ni que los que ya han nacido entren en contacto con la locura. Por lo tanto la separación completa de los padres es deseable en interés de los hijos, aun suponiendo que el que esté loco, tenga intervalos de lucidez más o menos largos. Decretar que en ese caso al cónyuge sano no se le permitirá nunca más tener relaciones sexuales legalmente reconocidas, es una crueldad arbitraria que no sirve a ningún propósito público. Se deja al cónyuge sano una elección muy dolorosa. Puede decidirse por la continencia, que es lo que esperan la ley y la moral pública; o por las relaciones subrepticias, presumiblemente infecundas; o por lo que se llama abierto pecado, con o sin hijos. A cada una de estas salidas se oponen objeciones graves. La abstinencia completa del sexo es muy penosa, especialmente para quien ya se ha acostumbrado al sexo en el matrimonio. Produce muy a menudo, tanto en el hombre como en la mujer, una vejez prematura. No es difícil que produzca desórdenes nerviosos, y

Escaneado con CamScanner

en todo caso, el esfuerzo que implica tiende a formar un carácter desagradable, gruñón y malhumorado. En el caso del hombre hay siempre un grave peligro de que pierda el control e incurra en actos de brutalidad, porque es probable que, si está realmente convencido de que toda relación fuera del matrimonio es pecaminosa y busca esa relación, sienta que da lo mismo que a uno lo cuelguen por una oveja o por un cordero, y se deshaga, en consecuencia, de toda restricción moral.

La segunda alternativa, la de las relaciones subrepticias infecundas, es la que más comúnmente se adopta en una situación como la que estamos considerando. Contra ésta existen, también, graves objeciones. Todo lo que es subrepticio es indeseable, y las relaciones sexuales serias no pueden desarrollar sus mejores posibilidades sin hijos y una vida en común. Además, no favorece al interés público decirle a un hombre o a una mujer, jóvenes y vigorosos: "No tendrás más hijos". Menos favorable todavía al interés público es lo que de hecho les dice la ley: "No tendrás más hijos a menos que te decidas a tenerlos con un lunático".

La tercera alternativa, la de vivir en "abierto pecado", es la menos perjudicial para el individuo y para la comunidad en los casos en que es factible, pero la mayoría de las veces es imposible por razones económicas. Un médico o un abogado que intentaran vivir en abierto pecado, perderían todos sus clientes. Un hombre empleado en cualquier rama de la profesión docente, perdería inmediatamente su puesto[4]. Aun si las circunstancias económicas no hiciesen imposible el abierto pecado, la mayoría de la gente sería disuadida por las penalidades sociales. A los hombres les gusta pertenecer a los clubes, a las mujeres les gusta ser respetadas y que las otras mujeres traten con ellas. Aparentemente, la privación de estos placeres se considera una gran desgracia. En consecuencia el abierto pecado resulta difícil en general, con la excepción de la gente rica y los artistas, escritores y otras personas, cuya profesión les hace fácil vivir en una sociedad más o menos bohemia.

Se concluye de esto que en los países que, como en el caso de Inglaterra, no conceden el divorcio por demencia, el hombre o la mujer cuyo cónyuge enloquece queda en una posición intolerable, en favor de la cual no puede aducirse argumento alguno excepto supersticiones teológicas. Y lo que es verdadero en el caso de la demencia, se aplica también a los casos de enfermedad venérea, delincuencia y embriaguez habitual. Todas

[4] A menos que enseñe en una de las más antiguas universidades y esté estrechamente emparentado con un par. miembro del gobierno.

Escaneado con CamScanner

estas cosas destruyen un matrimonio desde todo punto de vista. Hacen imposible el compañerismo, indeseable la procreación, y convierten la relación del padre culpable con el hijo en algo que debe evitarse. Por lo tanto, en tales casos sólo es posible oponerse al divorcio, si se considera al matrimonio una trampa por medio de la cual se lleva a los incautos a una purificación a través del dolor.

El abandono, cuando es auténtico, deberá ser causa de divorcio, porque en tal caso el precepto no hace sino reconocer por ley lo que ya es un hecho: que el matrimonio ha finalizado. Desde un punto de vista legal, sin embargo, existe el inconveniente de que, admitido el abandono como motivo de divorcio, se recurrirá a él, y se hará entonces mucho más frecuente de lo que sería si no fuese aceptado como motivo. El mismo tipo de dificultad surge con respecto a diversas causas que son en sí mismas perfectamente válidas. Muchas parejas casadas desean tan ardientemente separarse, que recurrirán a cualquier expediente admitido por la ley. Cuando un hombre tenía que ser culpable de crueldad y de adulterio para divorciarse, como antes sucedía en Inglaterra, no era raro que se arreglara con su mujer para pegarle a la vista de personas de servicio y contar de ese modo con pruebas de su crueldad. Resolver si conviene que dos personas que desean ardientemente separarse sean obligadas por la ley a soportarse, es otro problema. Pero, si somos justos, tenemos que reconocer que cualesquiera sean los motivos de divorcio que se admitan, la gente los forzará hasta el extremo, y muchos se comportarán deliberadamente en forma tal que esos motivos resulten utilizables. Haciendo a un lado las dificultades legales, continuamos nuestra investigación sobre las circunstancias que hacen indeseable de hecho la persistencia de un matrimonio.

Según mi criterio, el adulterio no debe ser en sí mismo un motivo de divorcio. Es muy improbable que una persona pase toda su vida sin tener ocasionalmente marcados impulsos hacia el adulterio, a menos que fuertes escrúpulos morales o inhibiciones la refrenen. Pero la existencia de esos impulsos no implica necesariamente que el matrimonio ya no cumple sus fines. Puede seguir existiendo ardiente cariño entre marido y mujer, y desear ambos que el matrimonio continúe. Supongamos, por ejemplo, que un hombre tiene que faltar de su casa por razones de negocios durante varios meses. Si conserva su potencia física, le resultará difícil permanecer continente durante todo este tiempo por más que quiera a su mujer. Lo mismo le ocurrirá a su mujer, si no es que está convencida de que la moral convencional es correcta. En tales circunstancias, la infidelidad no debe

Escaneado con CamScanner

constituir una barrera para la felicidad subsiguiente, lo que en realidad no ocurre en los casos en que el marido y la mujer no consideran necesario entregarse a melodramáticas orgías de celos. Podemos ir más allá, y decir que cada cónyuge debería ser capaz de tolerar inclinaciones pasajeras, que en cualquier momento pueden aparecer, con tal que el cariño más profundo subsista intacto. La psicología del adulterio ha sido deformada por la moral convencional que, en los países monógamos, da por supuesto que la atracción hacia una persona no puede coexistir con un amor profundo hacia otra. Todo el mundo sabe que esto es falso, pero pese a eso cualquiera puede caer, bajo la influencia de los celos, en esta teoría falsa, y convertir en montaña un montoncito de arena. Por lo tanto, el adulterio no es un buen motivo de divorcio, excepto cuando implica una deliberada preferencia por otra persona, y no por el marido o la mujer, según sea el caso.

Cuando digo esto, doy por sentado que la relación adúltera de que se trata, es infecunda. En cuanto aparecen los hijos ilegítimos, la solución se complica grandemente, especialmente si quien los tiene es la mujer. En ese caso, si el matrimonio persiste, el marido debe encarar la necesidad de criar al hijo de otro hombre entre sus hijos, y aun (si ha de evitarse el escándalo), como su propio hijo. Esto va contra la base biológica del matrimonio e implica, también, una tensión instintiva casi intolerable. Por esta razón, quizás en los tiempos anteriores a los anticonceptivos, el adulterio merecía la importancia que se le daba, pero estos métodos han hecho mucho más fácil la distinción entre la relación sexual y el matrimonio como sociedad cuyo fin es la procreación. De ahí que ahora sea posible darle al adulterio una importancia mucho menor de la que se le daba con el código convencional.

Hay dos tipos de motivos que hacen deseable el divorcio: unos son los debidos a los defectos de un cónyuge tales como demencia, dipsomanía y crimen; los otros son los que se basan en las relaciones entre marido y mujer. Puede suceder que, sin culpa de ninguno de los dos, le resulte imposible a una pareja vivir amistosamente, sin algún sacrificio muy grave. Puede suceder que ambos tengan que llevar a cabo trabajos importantes, para lo cual les fuera necesario vivir en distinto sitio. Puede ocurrir que uno de ellos, sin llegar a sentir aversión por el otro, sea atraído profundamente por otra persona, tan profundamente como para que el matrimonio le resulte una atadura intolerable. Si la ley no remedia esta situación, es seguro que surgirá el odio. Todos saben, por cierto, que es posible que casos de este tipo lleven al crimen. Cuando un matrimonio se deshace por

Escaneado con CamScanner

incompatibilidad o por la irresistible pasión de un cónyuge por otra persona, no debería haber, como hay ahora, determinación de culpabilidad. Por esta razón, en todos estos casos el mejor motivo de divorcio es el consentimiento mutuo. Los otros motivos sólo deberán tomarse en cuenta cuando el matrimonio fracasa a causa de algún defecto de uno de los cónyuges.

Es muy difícil trazar las leyes relativas al divorcio porque cualesquiera sean estas leyes, los jueces y jurados serán gobernados por sus pasiones, en tanto los maridos y las mujeres harán lo que sea necesario para burlar las intenciones de los legisladores. Aunque según la ley inglesa no se concede el divorcio cuando hay connivencia entre marido y mujer, es sabido que en la práctica son muy frecuentes las tretas preparadas de común acuerdo. En el estado de Nueva York no es raro que se llegue hasta a alquilar testigos perjuros para la prueba legal del adulterio. La crueldad es, en teoría, un motivo perfectamente adecuado de divorcio, pero puede ser interpretado de tal modo que resulte absurdo. Cuando la mujer del más eminente astro cinematográfico se divorció de él por crueldad, uno de los cargos que hacía para probar los malos tratos del marido era que él acostumbraba a llevar a su casa amigos que hablaban de Kant. Me cuesta suponer que los legisladores de California tuviesen la intención de hacer posible que una mujer se divorciara de su marido debido a que él era a veces culpable de conversación inteligente en presencia de ella. El único modo de evitar estas confusiones, subterfugios y absurdos consiste en establecer el divorcio por mutuo consentimiento en todos los casos en que no haya alguna razón muy definida y demostrable, demencia por ejemplo, que justifique que sólo una de las partes desee divorciarse. Se harían entonces los arreglos financieros fuera del tribunal, y ninguno de los cónyuges necesitaría alquilar hombres expertos para demostrar que el otro es un monstruo de iniquidad. Yo agregaría que la anulación, que ahora sólo se decreta por imposibilidad de mantener relaciones sexuales, debería concederse en todos los casos en que el matrimonio no tenga hijos. Es decir, que si un hombre y una mujer que no tienen hijos quieren separarse, deberían poder hacerlo contando sólo con un certificado médico que acredite el no embarazo de la mujer. Los hijos son la finalidad del matrimonio, y retener a alguien en un matrimonio sin hijos, es un engaño cruel.

Hasta aquí hemos tratado de la *ley* de divorcio: la *costumbre* es otro asunto. Como hemos visto, la ley puede hacer fácil el divorcio, mientras la costumbre, pese a esto, lo hace poco común. La gran frecuencia del divorcio en los Estados Unidos proviene según creo, en parte de que lo que la gente busca en el

Escaneado con CamScanner

matrimonio no es lo que debe buscarse, lo que a su vez se debe, en parte, a que no se tolera el adulterio. El matrimonio debería ser encarado por ambas partes como una sociedad que debe durar al menos tanto como la juventud de los hijos, en vez de verlo como algo que puede dejarse a merced de amores transitorios. Si esos amores transitorios no son tolerados por la opinión pública o por la conciencia de los interesados, cada uno en su momento debe dar lugar a un matrimonio. Esto puede llegar muy fácilmente hasta el punto de destruir la familia constituida por padre y madre, puesto que si una mujer cambia de marido cada dos años y tiene un hijo con cada uno de ellos, los hijos quedan de hecho privados de su padre, y el matrimonio pierde por lo tanto su *raison d'étre*. Volvemos de este modo a San Pablo: el matrimonio es concebido en los Estados Unidos como en la primera Epístola a los corintios, como una alternativa para la fornicación; por lo tanto en los casos en que un hombre fornica por no obtener el divorcio, debe concedérsele éste.

Cuando se concibe el matrimonio en relación a los hijos, entra en juego una ética meramente diferente. El marido y la mujer, si tienen algún amor por sus hijos, han de regular su conducta en forma de dar a éstos las mejores posibilidades de desarrollo sano y feliz. Esto puede implicar a veces considerable autorrepresión. Y ciertamente, requiere que ambos se den cuenta de la superioridad de los derechos de sus hijos sobre los derechos de sus propias emociones románticas. Pero todo esto ocurrirá por sí mismo si el cariño de los padres es auténtico y una falsa ética no les excita los celos. Algunos dicen que si marido y mujer han dejado de amarse apasionadamente y no se abstienen de experiencias sexuales fuera del matrimonio, les resultará imposible cooperar adecuadamente en la educación de sus hijos. Así, dice Walter Lippmann: "Los cónyuges que ya no sean amantes no cooperarán realmente en tener hijos, aunque Bertrand Russell cree que debieran hacerlo; su atención estaría en otras cosas, no se dedicarían lo suficiente y, lo que es peor, actuarían sólo por deber"[5]. Hay aquí, en primer término, un pequeño error, que posiblemente no es intencionado. Ciertamente, los cónyuges que no sean amantes no cooperarán en *tener* hijos; pero no todo está hecho una vez que se han tenido los hijos, como Walter Lippmann parece decir. Y cooperar en *criar* a los hijos, aun después de que el amor apasionado haya desaparecido, no es de ningún modo tarea sobrehumana para gente sensible, capaz de experimentar los afectos naturales. Sobre esto puedo dar el testimonio de gran número de gente

[5] *Preface to Morals*, 1929, p. 308.

Escaneado con CamScanner

que conozco muy bien personalmente. Decir que esos padres "actuarían sólo por deber" es desconocer la emoción del amor por los hijos; emoción que, si es auténtica y fuerte, mantiene un vínculo inquebrantable entre marido y mujer mucho después que la pasión física decae. Hay que suponer que el señor Lippmann no cuenta con información respecto a Francia, donde la familia es fuerte y los padres cumplen muy bien su deber, pese a que existe una libertad excepcional en lo tocante al adulterio. El sentimiento familiar es extremadamente débil en los Estados Unidos y la frecuencia del divorcio es una consecuencia de ese hecho. Cuando el sentimiento familiar es fuerte, el divorcio será comparativamente raro aunque sea legalmente fácil. El divorcio fácil, tal como existe en los Estados Unidos, debe verse como una etapa de transición entre la familia con padre y madre y la familia puramente maternal. Pero es una etapa en la cual los hijos deben pasar muchos momentos penosos, puesto que en el mundo, tal como es, los chicos cuentan con tener padre y madre y pueden tomar afecto al padre antes de que el divorcio tenga lugar. En tanto la familia constituida con padre y madre siga siendo la regla conocida, me parece que faltan a su deber los padres que se divorcian, excepto cuando existe causa grave. No creo probable que el asunto se arregle con acciones legales que obliguen a continuar el matrimonio. Lo que, a mi parecer, se necesita es: primero, cierto grado de mutua libertad que haga más soportable el matrimonio; y segundo, darse cuenta de la importancia de los hijos, oscurecida por el énfasis que San Pablo y el movimiento romántico dieron al sexo.

La conclusión parece ser, por un lado, que en algunos países, uno de los cuales es Inglaterra, el divorcio es demasiado difícil, y por el otro, que el divorcio fácil no es una solución auténtica al problema del matrimonio. Si el matrimonio ha de continuar, su estabilidad es importante en interés de los hijos, pero esta estabilidad ha de buscarse en el matrimonio de las relaciones meramente sexuales y poniendo el acento sobre el aspecto biológico del amor conyugal, opuesto a su aspecto romántico. No pretendo que el matrimonio pueda quedar libre de toda pesada obligación. Es verdad que en el sistema que recomiendo se libera a los hombres del deber de la fidelidad conyugal, pero tienen en cambio la obligación de dominar los celos. La vida no puede vivirse bien sin autodominio, pero es mejor dominar una emoción restrictiva y hostil tal como los celos, que no una emoción generosa y expansiva como el amor. La moral convencional no se equivocó al exigir autodominio, sino al exigirlo en mal lugar.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XVII

La población

El principal fin del matrimonio es abastecer de población humana al globo. Algunos sistemas matrimoniales cumplen esta tarea inadecuadamente, otros en forma demasiado adecuada. En el presente capítulo quiero considerar la moral sexual desde ese punto de vista.

En estado de naturaleza, los mamíferos superiores requieren para vivir una extensión considerable de terreno por cabeza. En consecuencia, la población total de cualquier especie de mamíferos superiores es pequeña. El número de vacas y ovejas es considerable, pero se debe a la intervención de los hombres. El número de seres humanos está fuera de toda proporción con respecto a los demás mamíferos superiores. Esto se debe, claro está, a nuestra habilidad. La invención del arco y de la flecha, la domesticación de los rumiantes, los comienzos de la agricultura y la revolución industrial aumentaron el número de personas que podían subsistir en una milla cuadrada. Según enseñan las estadísticas, el último de estos avances económicos fue utilizado con este fin; muy probablemente lo mismo haya ocurrido con los otros. Los hombres han empleado su inteligencia en aumentar su número más que en ninguna otra cosa.

Es verdad, como ha señalado Carr Saunders, que la regla ha sido generalmente que la población permaneciera estacionaria; un aumento tal como el del siglo XIX es un fenómeno muy excepcional. Podemos suponer que algo similar ocurrió en Egipto y Babilonia cuando implantaron la irrigación y mejoraron la agricultura. Pero en los tiempos históricos parece que nunca ha ocurrido nada semejante. Los cálculos sobre la población anterior al siglo XIX son muy conjeturales, pero en este punto todos concuerdan. Por lo tanto, un incremento rápido de la población es un fenómeno raro y excepcional. Si, como parece ser, la población de los países civilizados ahora está tendiendo a permanecer estacionaria, eso significa solamente que han salido de una condición anormal y vuelto a la práctica usual de la humanidad.

Escaneado con CamScanner

El gran mérito del libro de Carr Saunders sobre la población consiste en que señala que la restricción voluntaria se ha practicado en casi todos los tiempos y lugares, y ha sido más efectiva para mantener la población estacionaria que la eliminación por la elevada mortalidad. Es posible que exagere un poco. En India y en China, por ejemplo, parece ser principalmente el elevado índice de mortalidad lo que impide que la población aumente muy rápidamente. En China no hay estadísticas, pero en la India sí las hay. La natalidad es enorme y pese a eso la población, como lo señala el mismo Carr Saunders, aumentó ligeramente más despacio que en Inglaterra. Esto se debe sobre todo a la mortalidad infantil, a la peste y a otras enfermedades graves. Creo que si se pudiera contar con estadísticas sobre China se encontraría allí una situación similar. Sin embargo, pese a estas importantes excepciones, la tesis de Carr Saunders es indudablemente verdadera en lo principal. Diversos métodos de limitar la población han sido puestos en práctica. El más simple es el infanticidio, que existió en gran escala siempre que la religión lo permitió. A veces esa práctica tenía tanto arraigo que algunas gentes, al aceptar el cristianismo, estipularon que éste no debía ser un obstáculo para el infanticidio[1]. Los Dukhobors, que tuvieron graves inconvenientes con el gobierno zarista por rehusarse a cumplir el servicio militar fundándose en que la vida humana es sagrada, posteriormente tuvieron inconvenientes con el gobierno canadiense por su tendencia a practicar el infanticidio. Pero también otros métodos han sido comunes. En muchas razas, la mujer se abstiene de tener relaciones sexuales no sólo durante el embarazo sino también durante la lactancia, que a menudo se prolonga dos o tres años. Necesariamente, esto limita su fertilidad en forma considerable, especialmente entre los salvajes que envejecen mucho más rápidamente que las razas civilizadas. Los aborígenes australianos practican una operación extremadamente dolorosa que disminuye grandemente la potencia del varón y restringe en mucho grado su fertilidad. Como sabemos por el Génesis[2], en la antigüedad se conocía y practicaba al menos un método definido de control de nacimiento, aunque los judíos, cuya religión fue siempre muy antimaltusiana, lo desaprobaban. Mediante el empleo de estos diversos recursos, los hombres evitaron la gran mortali-

[1] Esto ocurrió, por ejemplo, en Islandia. Carr Saunders, *Population* [La población], 1925, p. 19.

[2] Génesis, XXXVIII, 9, 10.

Escaneado con CamScanner

dad por inanición que hubiera llegado a existir si hubiesen usado al máximo su fecundidad.

No obstante, la inanición ha desempeñado un papel considerable en mantener bajo el total de la población; no tanto, quizás, en condiciones enteramente primitivas, como en las comunidades campesinas agrícolas de tipo poco avanzado. El hambre de 1846-7 en Irlanda fue tan severa, que la población nunca llegó a alcanzar desde entonces el nivel que antes tenía. En Rusia las hambres han sido frecuentes, y la de 1921 está todaví fresca en la memoria de todos. Cuando estuve en China en 1920, considerables zonas del país estaban sufriendo un hambre tan severa como la rusa del año siguiente, pero las víctimas contaron con menos simpatía que las del Volga porque sus desventuras no podían atribuirse al comunismo. Estos hechos prueban que la población aumenta a veces hasta el límite de la subsistencia, y aún más allá. Esto ocurre, sin embargo, especialmente donde se está expuesto a que las fluctuaciones en la cantidad de alimentos sean tales que lleguen a disminuir las existencias repentina y drásticamente.

El cristianismo, donde fue adoptado, puso fin a todas las trabas al crecimiento de la población fuera de la continencia. El infanticidio fue, evidentemente, prohibido; lo mismo ocurrió con el aborto y con todas las medidas anticonceptivas. Es verdad que los clérigos, monjes y monjas eran solteros, pero no creo que llegaran a formar en la Europa medieval un porcentaje tan grande de la población como el que forman actualmente en Inglaterra las mujeres solteras. Por lo tanto, desde el punto de vista estadístico, no representaban una traba muy importante a la fertilidad. En la Edad Media, en efecto, el número de muertos por indigencia y pestes fue mayor comparativamente que en la antigüedad. La población creció muy lentamente. En el siglo XVIII se señala un índice de aumento ligeramente mayor, pero con el siglo XIX tuvo lugar un cambio extraordinario y el índice de crecimiento llegó a una altura que probablemente nunca antes había alcanzado. Se calcula que en 1066 había en Inglaterra y Gales 26 personas por milla cuadrada. En 1801 esta cifra se había elevado a 153; en 1901 a 561. El crecimiento absoluto durante el siglo XIX resulta entonces cuatro veces mayor que el crecimiento durante el período que va de la conquista normanda hasta el comienzo del siglo XIX. Pero tampoco el aumento de la población en Inglaterra y Gales basta para dar una imagen adecuada de los hechos, porque durante ese período los británicos han ido poblando vastas zonas del mundo, antes pobladas sólo por unos pocos salvajes.

Escaneado con CamScanner

No hay muchas razones para atribuir el crecimiento de la población al aumento de la natalidad. Más bien puede atribuirse al descenso de la mortalidad, debido en parte al avance de la ciencia médica, pero, a mi parecer, mucho más al creciente nivel de prosperidad traído por la revolución industrial. Desde 1841, en que comenzó a registrarse el índice de natalidad en Inglaterra, hasta 1871-5, ese índice se mantuvo casi constante, alcanzando en este último período un máximo de 35,5. En ese momento ocurrieron dos acontecimientos. El primero fue la ley de Educación de 1870; el segundo, la acción legal contra Bradlaugh en 1878, por hacer propaganda neomaltusiana. Se observa que, en concordancia con estos hechos, la natalidad declinó desde ese momento, al comienzo en forma lenta y luego catastróficamente. La ley de Educación dio el motivo, puesto que los hijos dejaron de ser una inversión lucrativa; y Bradlaugh dio los medios. En el quinquenio 1911-15, el índice de natalidad bajó a 23,6. En los primeros tres meses de 1929 ha bajado a 16,5. La población de Inglaterra sigue creciendo todavía lentamente debido a los progresos médicos e higiénicos, pero ya va acercándose a una cifra estacionaria[3]. Es sabido que Francia ha tenido una población virtualmente estacionaria durante un tiempo considerable.

El descenso de la natalidad ha sido muy rápido y casi universal en toda Europa Occidental. Las únicas excepciones han sido países atrasados como Portugal. Ha sido más marcada en las colectividades urbanas que en las rurales. Comenzó entre la gente pudiente, pero ahora ha penetrado en todas las clases de las ciudades y zonas industriales. El índice de natalidad es todavía más alto entre los pobres que entre la gente acomodada, pero actualmente en los barrios más pobres de Londres es menor que hace diez años en los más ricos. Este descenso, como todos saben (aunque algunos no lo admitirán), se debe al uso de los anticonceptivos y al aborto. No hay razón alguna para que se detenga en el punto en que la población llegue a estacionarse. Puede continuar fácilmente hasta que la población comience a disminuir, y el resultado último puede ser, hasta donde podemos juzgar, la virtual extinción de las razas más civilizadas.

Pero antes que podamos discutir con provecho este problema, es necesario aclarar qué es lo que deseamos. A cada estadio de la técnica económica corresponde lo que Carr

[3] En los tres primeros meses de 1929 disminuyó, pero esto debe atribuirse a la epidemia de influenza. Véase el *Times*, mayo 27, 1929.

Escaneado con CamScanner

Saunders llama una densidad óptima de población, es decir una densidad que permite el máximo de ingresos por persona. Si la población llega a estar por debajo o por arriba de ese nivel, el nivel general de bienestar económico disminuye. Podemos expresar esto con un enunciado más general, diciendo que cada adelanto en la técnica económica aumenta la densidad óptima de la población. En el estadio del hombre cazador una persona por milla cuadrada es casi lo justo, mientras que en un país industrial avanzado, es probable que una población de varios cientos por milla cuadrada no sea excesiva. Hay razones para pensar que Inglaterra desde la guerra está superpoblada. No se puede decir lo mismo de Francia, menos todavía de los Estados Unidos. Pero no es de esperar que Francia, o cualquier otro país del continente, *ganarían* en riqueza media si aumentase su población. Siendo así, no hay razón, desde el punto de vista económico, para desear que la población aumente. Los que sienten este deseo están inspirados generalmente por motivos de militarismo nacionalista, y lo que desean no es un aumento permanente de la población puesto que lo eliminaría la guerra que ansían. Por lo tanto la posición de esa gente es realmente que vale más restringir la población en los campos de batalla que por medio de los anticonceptivos. Esta idea no la puede sostener nadie que haya pensado sobre ella, y los que parecen sostenerla lo hacen sólo por zonzos. Dejando a un lado los argumentos relativos a la guerra, tenemos muchas razones para alegrarnos de que el conocimiento de los métodos de control de nacimiento esté haciendo que la población de los países civilizados permanezca estacionaria.

Pero el problema sería muy distinto si la población estuviera disminuyendo actualmente, ya que la disminución, si continúa sin freno, significa la extinción final, y no podemos desear que las razas más civilizadas del mundo desaparezcan. Por lo tanto el uso de los anticonceptivos ha de ser bien recibido sólo si se pueden tomar medidas para confinarlo dentro de ciertos límites tales que mantenga la población en un número aproximadamente igual al actual. No creo que existan dificultades para eso. Los motivos para limitar la familia son, principalmente, aunque no siempre, económicos, y la natalidad se puede aumentar haciendo disminuir los gastos que ocasionan los hijos o, si se prueba que es necesario, convirtiéndolos en una fuente de ingresos para sus padres. Pero cualquier medida de este tipo sería muy peligrosa en el actual momento nacionalista, ya que sería usada como método para asegurarse la preponderancia militar. Es posible imaginarse a las grandes potencias militares agregando a la carrera

Escaneado con CamScanner

de los armamentos la carrera de la propagación, bajo la divisa: "El cañón debe tener su alimento". Nos encontramos aquí nuevamente con la necesidad de un gobierno internacional, indispensable para que la civilización sobreviva. Para que ese gobierno sea efectivo en el mantenimiento de la paz mundial deberá limitar el crecimiento de la población en las naciones militares. La hostilidad entre Australia y Japón ilustra la gravedad del problema. La población del Japón crece muy rápidamente, y la de Australia (aparte de la inmigración) en forma más bien lenta. Esto causa una hostilidad muy difícil de encarar, puesto que ambas partes pueden alegar principios aparentemente justos. Creo que se puede dar por sentado que antes que pase mucho tiempo, en toda Europa Occidental y en los Estados Unidos la natalidad llegará a un punto tal que se detendrá el crecimiento de la población, a menos que los gobiernos tomen medidas definidas para evitarlo. Pero no es posible esperar que las potencias militares más poderosas se estén quietas mientras otras naciones trastornan el equilibrio del poder, por el mero proceso de su reproducción. Cualquier autoridad internacional que quiera cumplir adecuadamente su tarea se verá obligada, en consecuencia, a tomar en consideración el problema de la población y a insistir en la propaganda referente a la limitación de los nacimientos en aquellos países que sean recalcitrantes. Si esto no se hace, la paz del mundo no puede asegurarse.

El problema de la población tiene, pues, dos caras. Tenemos que precavernos de un aumento demasiado rápido de la población, y tenemos también que precavernos contra el descenso. El primer peligro es antiguo, y existe todavía en muchos países, como Portugal, España, Rusia y Japón. El otro peligro es nuevo y hasta ahora sólo existe en Europa Occidental. Existiría también en los Estados Unidos si los Estados Unidos dependieran sólo de los nacimientos que allí se producen, pero hasta ahora la inmigración ha hecho que su población creciera al menos tan rápido como es de desear, pese a que la natalidad es muy baja entre los norteamericanos nativos. Nuestros hábitos ancestrales de pensamiento no están preparados para afrontar este nuevo peligro: la merma de la población. Se le ha hecho frente con sermones orales y leyes contra la propaganda de la limitación de nacimientos. Esos métodos, como muestran las estadísticas, son completamente inútiles*. El hábito de no mirar cara a cara los hechos referentes al

* El uso de anticonceptivos ya forma parte de la práctica usual de toda nación civilizada y es de esperar que tal práctica no sea modificada.

Escaneado con CamScanner

sexo está tan arraigado en los gobiernos y en las personas importantes, que no se puede esperar que desaparezca repentinamente. Sin embargo, se trata de un hábito muy inconveniente y, según creo, hay que tener esperanzas de que cuando los que ahora son jóvenes adquieran posiciones de importancia, serán mejores en este aspecto que sus padres y abuelos. Se puede esperar que reconocerán francamente que las prácticas anticonceptivas son inevitables, y también deseables en tanto no causen una disminución de la población. Lo más acertado que puede hacer una nación amenazada por un decrecimiento de la población es disminuir experimentalmente la carga financiera que representan los hijos, hasta alcanzar el punto en que la natalidad sea tal que la población se mantenga estacionaria.

Hay un aspecto relacionado con este problema, en el cual nuestro código moral actual podría reformarse ventajosamente. Hay en Inglaterra unos dos millones más de mujeres que de hombres, condenadas por la ley y la costumbre a no tener hijos, lo que para muchas de ellas representa una gran privación. Si la costumbre tolerase a la madre soltera e hiciese soportable su situación económica, no se puede dudar de que muchas de las mujeres condenadas en la actualidad a la soltería tendrían hijos. La monogamia estricta se basa en el supuesto de que el número de individuos de cada sexo es aproximadamente igual. Cuando esto no ocurre, resulta una crueldad considerable para con los obligados por razones aritméticas a quedar solteros. Y en los casos en que es conveniente un aumento de la natalidad, esta crueldad es perjudicial, no sólo en el orden privado, sino también en el público.

A medida que aumentan los conocimientos, se hace cada vez más posible controlar, por acción deliberada del gobierno, fuerzas que hasta el momento parecían semejantes a fuerzas de la naturaleza. El incremento de la población es una de ellas. Desde la introducción del cristianismo se lo había abandonado a la actividad ciega del instinto. Pero se acerca rápidamente el momento en que deberá ser controlado deliberadamente. Hemos visto, sin embargo, que en esta cuestión, igual que en el problema del cuidado de la infancia, para que la intervención del estado sea beneficiosa, debe tratarse de un estado internacional y no de los estados militaristas competidores de la actualidad.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XVIII

La eugenesia

La eugenesia es el intento de mejorar el carácter biológico de la raza por medio de métodos adoptados deliberadamente para ese fin. Se basa en ideas darwinianas y, con toda propiedad, el presidente de la Sociedad de Eugenesia es el hijo de Carlos Darwin; pero el progenitor más inmediato de las ideas eugenésicas es Francis Galton, que acentuó fuertemente el factor hereditario en la formación humana. En nuestros días, especialmente en los Estados Unidos, la herencia se ha convertido en una cuestión de partido. Los conservadores norteamericanos sostienen que el carácter de una persona mayor se debe principalmente a características congénitas, mientras que los radicales afirman, por el contrario, que la educación es todo y la herencia nada. No puedo estar de acuerdo con ninguna de estas posiciones extremas ni con la premisa que comparten y que da lugar a sus prejuicios opuestos: que los italianos, los esclavos del Sur y otros, son, como productos acabados, inferiores a los norteamericanos nativos del Ku-Klux-Klan. No existen hasta ahora datos para determinar, respecto a la capacidad mental humana, qué parte se debe a la herencia y cuál a la educación. Para resolver el problema en forma científica, sería necesario tomar cientos de pares de mellizos idénticos, separarlos al nacer y educarlos del modo más divergente posible. Pero en la actualidad ese experimento no es practicable. Mi creencia personal, que confieso no es científica y está fundada meramente en impresiones, es que, mientras que cualquiera puede ser arruinado por una mala educación, como de hecho le ocurre a casi toda la gente, sólo los que tienen ciertas aptitudes innatas pueden lograr gran excelencia en diversas direcciones. No creo que grado alguno de educación pueda hacer de un niño de capacidad media un pianista de primera clase; no creo que la mejor escuela del mundo pudiera convertirnos a todos nosotros en Einstein; no creo que Napoleón no fuese superior en dotes nativas a sus compañeros de escuela de Brienne; y que aprendió estrategia observando simplemente cómo su madre gobernaba su prole

Escaneado con CamScanner

de hijos indóciles. Estoy convencido de que en esos casos, y en menor grado en todos los casos de habilidad, hay una aptitud innata que hace que la educación tenga mejores resultados que con un material término medio. Hay, ciertamente, hechos obvios que llevan a esta conclusión; por ejemplo, que generalmente se puede decir si un hombre es inteligente o tonto basándose en la forma de su cabeza, rasgo que difícilmente pueda considerarse característica conferida por la educación. Examínese luego el extremo opuesto, el de idiotez, imbecilidad o deficiencia mental. Ni aun los más fanáticos opositores de la eugenesia niegan que la idiotez es congénita, al menos en la mayoría de los casos; y para cualquier persona sensible a la simetría estadística, esto implica que en el extremo opuesto habrá también un porcentaje correspondiente de personas de capacidad anormalmente grande. Por lo tanto daré por sentado, sin más, que los seres humanos difieren entre sí en cuanto a su capacidad mental congénita. Daré también por sentado, y esto es quizá más dudoso, que la gente inteligente es preferible a la que no lo es. Concedidos estos dos puntos, quedan puestos los cimientos para la tesis de la eugenesia. Por lo tanto, no debemos desdeñar la doctrina en su totalidad, cualquiera sea la opinión que nos merezcan ciertos detalles en algunos de sus defensores.

A propósito de la eugenesia se ha escrito una masa verdaderamente excepcional de cosas sin sentido. La mayoría de los que abogan por ella agregan a sus sólidos fundamentos biológicos ciertas proposiciones sociológicas de naturaleza menos indudable. Así afirman que la virtud es proporcional a los ingresos: que el heredar la pobreza (¡ay!, demasiado común) es un fenómeno biológico no legal; y que, por lo tanto, si pudiéramos inducir a los ricos a que procrearan en lugar de los pobres, todos serían ricos. Se hace mucho barullo a propósito de que los pobres procrean más que los ricos. No puedo llegar a ver ese hecho como muy lamentable, puesto que nada me prueba que los ricos sean superiores en alguna forma a los pobres. Aunque fuese lamentable no lo sería tanto; puesto que en realidad se trata sólo de un retraso de unos pocos años. La natalidad disminuye entre los pobres y ahora es tan reducida como hace nueve años entre los ricos[1]. Es verdad que hay ciertos factores que trabajan en favor de una natalidad diferencial de tipo indeseable. Por ejemplo,

[1] Véase Julius Wolf, *Die neue Sexualmoral und das Geburtenproblem unserer Tage* [La nueva moral sexual y el problema de la natalidad en nuestros días], 1928, pp. 165-7.

Escaneado con CamScanner

cuando los gobiernos y autoridades policiales ponen dificultades para la adquisición de información sobre la limitación de los nacimientos, el resultado es que las personas cuya inteligencia está por debajo de cierto nivel no llegan a adquirir esa información, mientras que con las otras, los intentos de las autoridades fracasan. En consecuencia toda oposición a la difusión de conocimientos referentes a los anticonceptivos, lleva a que la gente estúpida tenga familias más grandes que la gente inteligente.

Parece probable, sin embargo, que este factor sea transitorio, puesto que antes de que pase mucho tiempo aun los más estúpidos habrán adquirido información sobre la limitación de los nacimientos o habrán descubierto personas dispuestas a procurarles el aborto, resultado bastante común, me temo, del oscurantismo de las autoridades[2].

La eugenesia tiene dos formas: una positiva y otra negativa. La primera se ocupa del fomento de las buenas estirpes, la segunda de la extinción de las malas. En la actualidad la última es más practicable. Ha dado grandes pasos en ciertos estados norteamericanos, y la esterilización de los ineptos es un proyecto que ya ha entrado en la política práctica en Inglaterra. Creo que las objeciones naturales que se sienten ante esa medida, no son justificadas. Es sabido que las mujeres deficientes mentales pueden tener enorme cantidad de hijos legítimos, todos ellos completamente inútiles para la comunidad. Las mismas mujeres serían más felices si se las esterilizase, puesto que si quedan preñadas no es por un impulso hacia la generación. Lo mismo se aplica, claro está, a los hombres con deficiencia mental. Es cierto que el sistema encierra graves peligros, puesto que sería fácil que las autoridades considerasen marca de deficiencia mental toda opinión fuera de lo habitual o cualquier oposición que se les hiciera. Sin embargo, probablemente valga la pena correr esos riesgos, porque resulta bien claro que con tales medidas el número de idiotas, imbéciles y deficientes mentales podría disminuir enormemente.

En mi opinión las medidas esterilizadoras deberían limitarse

[2] Según Julius Wolf (*op. cit.*, pp. 6 y ss.) el aborto desempeña un papel más importante que los anticonceptivos en el descenso de la natalidad en Alemania. Estima que actualmente se producen en Alemania, 600 000 abortos artificiales por año. Es más difícil hacer el cómputo en Gran Bretaña debido a que los abortos no se registran, pero hay razones para pensar que los hechos no difieren de los que ocurren en Alemania.

Escaneado con CamScanner

en forma estricta a las personas *mentalmente* deficientes. No puedo estar en favor de leyes como las de Idaho que autorizan la esterilización de "deficientes mentales, epilépticos, criminales habituales, degenerados morales y pervertidos sexuales". Las dos últimas categorías son aquí muy vagas, y distintas comunidades las determinarían de forma distinta. La ley de Idaho habría justificado la esterilización de Sócrates, Platón, Julio César y San Pablo. Además, es muy posible que los criminales habituales sean víctimas de algún desorden nervioso funcional que podría curarse, al menos teóricamente, por medio del psicoanálisis, y que muy bien podría no ser hereditario. Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos las leyes sobre esos temas están hechas con desconocimiento de la obra de los psicoanalistas, y en consecuencia amontonan juntos diferentes tipos de desórdenes, fundándose únicamente en que presentan síntomas algo semejantes. Es decir que están treinta años atrasados con respecto a los conocimientos de más valor de la época. Esta situación ilustra el hecho de que, en todos estos asuntos, es muy riesgoso legislar antes que la ciencia haya llegado a conclusiones estables —que hubieran permanecido inconmovibles al menos durante varias décadas—, porque de otro modo quedan incorporadas a la legislación, falsas ideas con las que se encariñan en consecuencia los magistrados, con el resultado de que la aplicación práctica de ideas mejores se retarde grandemente. A mi parecer, la deficiencia mental es, en este terreno, la única cosa definida actualmente lo bastante como para que pueda legislarse sobre ella sin peligros. Puede determinarse de un modo objetivo, sobre el cual las autoridades no estarían en desacuerdo, mientras que la degeneración moral, por ejemplo, constituye un asunto sujeto a opinión. La misma persona será para unos degenerado moral y para otros un profeta. No digo que en épocas futuras la ley no deba extender su amplitud; digo únicamente que nuestro conocimiento científico actual no es adecuado para estos fines, y que es muy peligroso que una comunidad permita que sus reprobaciones morales se disfracen de ciencia, como ocurrió indudablemente en varios estados norteamericanos.

Entro a tratar ahora a la eugenesia positiva, que tiene más posibilidades interesantes, aunque hasta ahora pertenecen al futuro. La eugenesia positiva consiste en el intento de estimular a las personas que son deseables como padres, a que tengan gran número de hijos. En la actualidad lo que ocurre en general es exactamente lo contrario. Por ejemplo, un muchacho anormalmente inteligente en la escuela primaria se

Escaneado con CamScanner

elevará hasta una profesión liberal, y se casará probablemente, en consecuencia, a los treinta y cinco o cuarenta años, mientras que los que permanecen en su ambiente original y no son de inteligencia superior, se casarán alrededor de los veinticinco. Los gastos de educación constituyen una pesada carga en las clases profesionales y tienen como efecto una severa limitación de la familia. Esta limitación es lamentable, ya que probablemente su promedio intelectual es algo más alto que el de la mayoría de las otras clases. La medida más simple para encarar esta situación es conceder a los hijos de esta gente toda la educación, incluyendo la universitaria, en forma gratuita. Es decir, que las becas se concederían en base a los méritos de los padres más que por los de los hijos. Esto tendría la ventaja concomitante de eliminar la necesidad de atiborrar conocimientos para exámenes y el exceso de trabajo que hacen que la mayoría de los jóvenes más inteligentes lleguen a los veintiún años arruinados, intelectual y físicamente, por haberse esforzado demasiado. Sin embargo, probablemente resultaría imposible en Inglaterra o en los Estados Unidos que el estado tomara alguna medida adecuada para que los profesionales tuvieran muchos hijos: el obstáculo para ello es la democracia. Las ideas de la eugenesia se basan sobre la suposición de que los hombres son desiguales, en tanto que la democracia se basa en la suposición de que son iguales. En consecuencia, es muy difícil políticamente poner en práctica las ideas eugenésicas en una comunidad democrática, cuando esas ideas se dirigen no a sugerir que existe una minoría de gente *inferior*, como los imbéciles, sino a admitir que existe una minoría de gente *superior*. Lo primero agrada a las mayorías, lo segundo les resulta desagradable. Es posible ganar el apoyo de la mayoría para incorporar a la legislación ese primer hecho, pero no se puede conseguir ese apoyo en lo tocante al segundo hecho.

No obstante, toda persona que haya consagrado alguna reflexión a este tema sabe que, aunque en la actualidad puede ser difícil determinar quiénes constituyen las mejores estirpes, hay indudablemente diferencias en este aspecto que la ciencia espera estar en condiciones de medir dentro de no mucho tiempo. ¡Imaginemos qué sentiría un ganadero a quien se le dijera que debe conceder iguales oportunidades a todos sus terneros! Es un hecho que el toro que ha de ser progenitor de la generación siguiente es seleccionado muy cuidadosamente, tomando en cuenta las cualidades lecheras de sus ascendientes hembras. (Podemos notar de paso que como estas especies desconocen la ciencia, el arte y la guerra, los méritos

Escaneado con CamScanner

prominentes corresponden sólo a las hembras, y el macho es cuanto más un transmisor de excelencias femeninas.) Todos los animales domésticos han sido mejorados enormemente por medio de la reproducción científica, y está fuera de duda que, por medio de métodos similares, se podría cambiar a los seres humanos en la dirección que se quisiera. Puede ser que si se dirige la reproducción en el sentido de la fuerza física, se disminuya la inteligencia; que si se la dirige en favor de la capacidad mental, se haga a la gente propensa a diversas enfermedades. Puede que al buscar el equilibrio emocional destruyamos el arte. En todos estos temas no existe el conocimiento necesario. Por lo tanto, no es conveniente actualmente adelantar mucho en el camino de la eugenesia positiva. Pero es muy fácil que en los próximos cien años la ciencia de la herencia y la bioquímica hayan dado pasos tales, que resulte posible producir una raza cuya superioridad con respecto a las ahora existentes, todos tuvieran que admitir.

Pero la aplicación de conocimientos científicos de este tipo exigiría cambios del sistema familiar más radicales que los conexos a cualquier otro problema que hayamos examinado hasta aquí en estas páginas. Para aplicar enteramente la reproducción científica, será necesario separar en cada generación el dos o tres por ciento de los varones y un veinticinco por ciento de mujeres, con el fin de que procreen. Habrá un examen, presumiblemente en la pubertad, después del cual todos los candidatos que no resulten satisfactorios serán esterilizados. El padre no tendrá más relación con su descendencia que la que ahora tiene un toro o un caballo padrillo con la suya, y la madre será una profesional especializada, que se distinguirá de las otras mujeres por su forma de vida. No digo que esta situación haya de llegar a producirse, y menos todavía digo que yo la considero deseable, puesto que confieso que me resulta en extremo repugnante. No obstante, si se examina el asunto objetivamente, se ve que tales planes podrían producir resultados notables. Supongamos, para desarrollar el argumento, que se adopta en el Japón, y al cabo de tres generaciones la mayoría de los japoneses llegan a ser tan inteligentes como Edison, y tan fuertes como un campeón de boxeo. Si, entre tanto, las otras naciones del mundo han continuado abandonando estos asuntos a su curso natural, no podrán hacer frente a los japoneses en una guerra. Sin duda los japoneses, una vez alcanzado tal grado de habilidad, encontrarían la forma de emplear a los hombres de algunas otras naciones como soldados, y confiarían a su propia técnica científica la victoria, que estarían seguros de alcanzar. En

Escaneado con CamScanner

tal sistema sería muy fácil infundir en la juventud una ciega devoción hacia el estado. ¿Puede afirmar alguien que un desarrollo de ese tipo es imposible en el futuro?

Hay una clase de eugenesia, muy popular entre ciertos tipos de políticos y publicistas, que se puede llamar eugenesia racial. Consiste en defender la idea de que una raza o nación (evidentemente aquélla a la cual pertenece el escritor) es muy superior a todas las otras, y debe emplear su poderío militar en aumentar su número a expensas de las inferiores. El ejemplo más notable de esto es la propaganda nórdica en los Estados Unidos, que ha conseguido reconocimiento legislativo en las leyes de inmigración. Esta clase de eugenesia puede invocar el principio darwiniano de la supervivencia de los más aptos; sin embargo, por más raro que sea, sus más ardientes abogados son los mismos que consideran que la enseñanza del darwinismo debiera ser ilegal. La propaganda política ligada a la eugenesia racial es en su mayor parte indeseable; pero olvidemos esto y examinemos la cuestión en lo que vale.

En casos extremos, poca duda puede haber sobre la superioridad de una raza sobre otra. Seguramente los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelandia contribuyen más a la civilización mundial que si estuviesen todavía pobladas por aborígenes. En general, parece correcto estimar que los negros son, término medio, inferiores a los blancos, aunque son indispensables para el trabajo en los trópicos, de modo que su exterminación (aparte de las razones de humanidad) sería muy inconveniente. Pero cuando se trata de discriminar entre las razas de Europa se recurre a una masa de falsa ciencia en apoyo de prejuicios políticos. Tampoco veo ningún fundamento válido para considerar a las razas amarillas, inferiores en grado alguno a las tan nobles a que nosotros pertenecemos. En todos esos casos, la eugenesia racial es meramente una excusa para el chauvinismo.

Julius Wolf[3] da una tabla del exceso de nacimientos sobre las defunciones, por cada mil habitantes, en todos los principales países de los cuales tiene estadística. La cifra más baja corresponde a Francia (1,3), siguen los Estados Unidos (4,0), luego Suecia (5,8), India británica (5,9), Suiza (6,2), Inglaterra (6,2), Alemania (7,8), Italia (10,9), Japón (14,6), la URSS (19,5) y Ecuador ocupa el primer lugar en el mundo (23,1). China no aparece en la lista por falta de datos. Wolf saca la conclusión de que el mundo occidental será sumergido por el oriental, es decir, por Rusia, China y Japón. No intentaré

[3] *Op. cit.*, pp. 143-4.

Escaneado con CamScanner

refutar su argumento manifestando mi fe en el Ecuador. Aduciré más bien las cifras (ya citadas antes) que demuestran que el índice de natalidad entre los londinenses pobres es actualmente más bajo que el índice de los ricos hace unos pocos años. Lo mismo, aunque con un intervalo de tiempo mayor, se aplica al Este: a medida que se occidentaliza, su índice de natalidad disminuye. Un país no puede llegar a tener un poderío militar formidable si no se industrializa, y el industrialismo trae consigo el tipo de mentalidad que lleva a la limitación de la familia. Por lo tanto nos vemos forzados a concluir que la dominación del Este, que los chauvinistas occidentales (siguiendo al ex Kaiser) afirman temer, no sería una gran desgracia si ocurriese, pero también que no hay motivos válidos para esperar que suceda. No obstante, los traficantes de la guerra seguirán usando ese fantasma, entre otros, hasta el día en que una autoridad internacional pueda asignar a cada estado la cuota permisible de aumento de la población.

De nuevo nos encontramos aquí, como en dos ocasiones anteriores, frente a los peligros que amenazan a la humanidad si la ciencia avanza mientras continúa la anarquía internacional. La ciencia hace posible que logremos nuestros propósitos, y si nuestros propósitos son malos, el resultado es el desastre. Si el mundo sigue lleno de malevolencia y de odio, cuanto más científico llegue a ser más horrible será. Por lo tanto, es esencial para el progreso humano disminuir la virulencia de estas pasiones. En gran parte su existencia se debe a una ética sexual errónea y a una mala educación sexual. Una ética sexual nueva y mejor es indispensable para el futuro de la civilización. De ahí que la reforma de la moral sexual sea una de las necesidades vitales de nuestro tiempo.

Desde el punto de vista de la moral privada, una ética sexual libre de supersticiones y científica debe acordar el primer lugar a las consideraciones eugenésicas. Es decir, que por más que se debiliten las restricciones existentes en cuanto a las relaciones sexuales, un hombre y una mujer conscientes no se decidirán a procrear sin haber considerado antes muy seriamente el valor probable de su descendencia. Los anticonceptivos han hecho que la paternidad dejara de ser el resultado automático de la relación sexual y se convirtiera en algo voluntario. En capítulos anteriores hemos visto cómo, por diversos motivos económicos, parece probable que en el futuro el padre tendrá menos importancia que antes en lo referente a la educación y mantenimiento de los hijos. No habrá, por lo tanto, razones concluyentes para que una mujer deba elegir

Escaneado con CamScanner

como padre de su hijo al hombre que ella prefiere como amante o compañero. Es posible que en el futuro llegue a ser muy fácil para las mujeres seleccionar los padres de sus hijos de acuerdo a consideraciones eugenésicas, sin hacer por ello ningún sacrificio serio de su felicidad y dejando que sus sentimientos íntimos sigan libremente su inclinación en las demás relaciones sexuales. A los hombres les resultará todavía más fácil seleccionar madres para sus hijos, en tanto sean ellos deseables como padres. Los que sostienen como yo que el comportamiento sexual concierne a la comunidad sólo en cuanto tiene que ver con los hijos, deben inferir de esta premisa una doble conclusión respecto a la moral del futuro. Por un lado, que el amor sin hijos debe ser libre, pero por el otro lado, que la procreación de los hijos debe estar regulada mucho más cuidadosamente por consideraciones morales que en la actualidad. Esas consideraciones serán, sin embargo, algo diferentes de las reconocidas hasta ahora. Para que en un caso dado una procreación se estime virtuosa, no será necesario, como hasta ahora, que un sacerdote haya pronunciado ciertas palabras o que un funcionario haya extendido cierto documento, puesto que nada prueba que tales actos afecten la salud o la inteligencia de la descendencia. Lo que se considerará necesario será que ese hombre y esa mujer, por sí mismos y por la herencia que transmitan, estén en condiciones de engendrar hijos deseables.

Cuando la ciencia sea capaz de pronunciarse en esta cuestión con mayor seguridad que ahora, es posible que el sentido moral de la comunidad llegue a ser más exigente desde el punto de vista eugenésico. Puede ocurrir que los hombres con mejor herencia sean muy buscados como padres, mientras que otros hombres, aunque sean aceptados como amantes, se vean rechazados cuando aspiren a la paternidad. La institución del matrimonio, tal como existió hasta ahora, ha hecho que tales esquemas resulten contrarios a la naturaleza humana, de modo que las posibilidades prácticas de la eugenesia han parecido muy restringidas. Pero no hay razones para suponer que la naturaleza humana haya de interponer en el futuro barreras similares, puesto que los anticonceptivos están separando la procreación de las relaciones sexuales estériles y es probable que los padres dejen de tener la relación personal que antes tenían con sus hijos. La seriedad y el importante fin social que en el pasado adjudicaban los moralistas al matrimonio, se otorgará, si el mundo hace su ética más científica, solamente a la procreación.

Las ideas de la eugenesia, si bien deben comenzar a aplicar-

Escaneado con CamScanner

se en la ética privada de ciertas personas de excepcional formación científica, se extenderán probablemente cada vez más hasta llegar a incorporarse a la legislación, presumiblemente bajo la forma de recompensas pecuniarias a los padres y madres deseables y multas a los indeseables.

La idea de permitir a la ciencia que intervenga en nuestros impulsos íntimos es indudablemente repugnante. Pero esa intervención sería mucho menor que la de la religión que ha sido tolerada durante tanto tiempo. La ciencia es nueva en el mundo, y no cuenta todavía con la autoridad debida a la tradición y las influencias primitivas que la religión tiene sobre la mayoría de nosotros; pero es perfectamente capaz de adquirir la misma autoridad y de hacerse obedecer con el mismo grado de asentimiento que ha caracterizado la actitud de los hombres hacia los preceptos religiosos. Es cierto que el bienestar de la posteridad de ningún modo resulta motivo suficiente para que el hombre medio se domine en sus momentos de pasión, pero si eso llega a formar parte de una moral positiva reconocida, con la sanción no sólo de elogios y censuras sino también de recompensas y penas económicas, pronto llegaría a aceptárselo como una consideración que ninguna persona que se comporta correctamente podría ignorar. La religión ha existido desde antes de los albores de la historia, mientras que la ciencia lleva, cuanto más, cuatro siglos de historia; pero cuando la ciencia sea antigua y venerable gobernará nuestras vidas tanto como siempre lo ha hecho la religión. Preveo el momento en que todos los que estiman la libertad del espíritu humano tendrán que rebelarse contra una tiranía científica. No obstante, si es necesario que haya una tiranía es mejor que sea científica.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XIX

El sexo y el bienestar individual

En el capítulo presente me propongo reseñar lo que he dicho en capítulos anteriores sobre los efectos del sexo y la moral sexual en la felicidad y el bienestar del individuo. En este punto no sólo debemos considerar el período activamente sexual de la vida y las relaciones sexuales efectivas: la moral afecta a la niñez, a la adolescencia y aun a la vejez, de muy diversas maneras, buenas o malas, según las circunstancias.

La moral convencional comienza su acción imponiendo en la niñez ciertos tabúes. A edad muy temprana se le enseña a un chico a no tocar ciertas partes de su cuerpo delante de personas mayores.

Se le enseña a expresar en voz muy baja sus deseos de satisfacer alguna necesidad excretoria y a llevar a cabo en reserva el acto resultante. Una cualidad peculiar, difícilmente inteligible para el niño, es propia de ciertas partes del cuerpo y de ciertos actos, que quedan así rodeados de misterio y adquieren un interés especial. Sobre ciertos problemas intelectuales, por ejemplo, de dónde vienen los chicos, se debe pensar en silencio, puesto que las respuestas que dan los mayores son evasivas o claramente falsas. Conozco hombres que distan de ser viejos, a quienes en la niñez les decían con la mayor solemnidad al verlos tocarse cierta parte del cuerpo: "Preferiría verte muerto antes que haciendo eso". Lamento decir que el efecto de todo esto en el curso de la vida no ha sido siempre tan favorable a la virtud como los moralistas convencionales podrían desear. No es raro que se empleen amenazas. Quizá no sea ya tan común como antes amenazar a un chico con la castración, pero se sigue pensando que es adecuado amenazarlo con la locura. Tan es así, que en el estado de Nueva York es ilegal hacerle saber que no corre riesgo a menos que piense que lo corre. El resultado de esta enseñanza es que los niños, en su mayoría, tengan un profundo sentimiento de culpa y terror asociado con las cuestiones sexuales. Esta asociación del sexo con la culpa y el miedo, llega tan profundamente que se vuelve casi o totalmente

Escaneado con CamScanner

inconsciente. Quisiera que fuese posible realizar una investigación estadística entre hombres que se creen emancipados de tales cuentos de nodrizas, preguntándoles si estarían dispuestos a cometer adulterio durante una tormenta eléctrica con truenos y rayos, como en cualquier otro momento. Creo que el noventa por ciento de ellos, en el fondo de su corazón, sentiría que de hacerlo así serían fulminados por un rayo.

Las manifestaciones perniciosas del sadismo y del masoquismo, normales ambas en sus formas más suaves, están relacionadas con el sentimiento de culpa sexual. Un masoquista es un hombre agudamente consciente de su propia culpabilidad en cuanto al sexo. Un sádico es un hombre más consciente de la culpabilidad de la mujer como tentadora. Estos efectos, que aparecen en el curso de la vida, muestran qué profunda ha sido la impresión temprana producida en la niñez por una enseñanza moral indebidamente severa. En este punto, las personas que se ocupan de la enseñanza de los niños, y especialmente del cuidado de los más pequeños, son ahora más ilustradas. Pero desgraciadamente la ilustración no ha alcanzado todavía a los tribunales.

La infancia y la juventud forman un período de la vida en que las travesuras, maldades y el cometer actos prohibidos es natural, espontáneo y no lamentable excepto cuando todo esto se lleva demasiado lejos. Pero las personas mayores tratan las infracciones relativas al sexo en forma enteramente distinta que las correspondientes a cualquier otro tipo de reglas, y en consecuencia los niños sienten que esas faltas pertenecen a una categoría por completo diferente. Si un chico roba fruta de la despensa, puede ser que usted se enoje, que lo reprenda firmemente, pero no sentirá usted horror moral y no transmitirá al niño el sentimiento de que algo espantoso ha ocurrido. Por el contrario, si es usted una persona chapada a la antigua y lo encuentra masturbándose, su voz tendrá un tono que el niño nunca oirá en otras circunstancias. Este tono produce un terror abyecto, tanto mayor cuanto que el niño encuentra imposible abstenerse del comportamiento que ha provocado la acusación. El niño, impresionado por la seriedad de quien lo reprende, cree profundamente que la masturbación es algo tan perverso como usted dice. No obstante, sigue practicándola. De ese modo, quedan puestos los cimientos de una morbosidad que posiblemente subsistirá durante toda la vida. Desde la más temprana juventud se mira como a un pecador. Pronto aprende a pecar en secreto y a encontrar un consuelo a medias en el hecho de que nadie conozca su pecado. Como es profundamente desgraciado, busca vengarse del mundo casti-

Escaneado con CamScanner

gando a los que han podido ocultar tan bien como él una culpa similar. Habiéndose acostumbrado al engaño cuando chico, no encuentra dificultad en seguir practicándolo en el curso de la vida. Se convierte así en un hipócrita morbosamente introvertido y en un perseguido a consecuencia del desatinado intento de sus padres de hacer de él lo que ellos consideraban un virtuoso.

La vida del niño no debería estar dominada por la culpa, la vergüenza y el temor. Los niños deberían ser felices, alegres y espontáneos; no deberían temer sus propios impulsos; no deberían esquivar la exploración de los hechos naturales. No deberían ocultar en la oscuridad toda su vida instintiva. No deberían sepultar en las profundidades de lo inconsciente impulsos que, por mucho que se esfuercen, no podrán matar. Para que lleguen a ser hombres y mujeres íntegros, intelectualmente honestos, socialmente intrépidos, vigorosos en la acción y tolerantes en el pensamiento, debemos empezar realmente desde el comienzo a educarlos de modo que estos resultados sean posibles. Se ha concebido la educación de un modo excesivamente análogo al que se emplea para adiestrar a los osos en el baile. Es sabido cómo se adiestra a los osos. Se los pone en un pavimento caliente, lo que les obliga a bailar porque sus plantas se queman si permanecen en contacto con el suelo. Mientras esto ocurre se toca cierto ritmo. Después de un tiempo el ritmo basta para hacerlos bailar; ya no es necesario el pavimento caliente. Lo mismo sucede con los chicos. No bien el chico tiene conciencia de su órgano sexual, los mayores lo retan. Al final esa conciencia trae consigo el pensamiento de los reproches y lo hace bailar a su ritmo, destruyendo por completo toda posibilidad de vida sexual sana o feliz.

En la etapa siguiente, la adolescencia, los padecimientos que causa la forma convencional de encarar el sexo son aún mayores que en la infancia. Muchos adolescentes no saben realmente qué les sucede y se aterrorizan cuando, por primera vez, experimentan poluciones nocturnas. Se encuentran llenos de impulsos que se les ha enseñado a considerar en extremo perversos. Estos impulsos son tan fuertes que se convierten en una obsesión, de día y de noche. En los adolescentes de mejor índole hay al mismo tiempo impulsos del más extremo idealismo hacia la belleza y la poesía, y hacia el amor ideal, en el que se piensa como totalmente divorciado del sexo. Debido a los elementos maniqueos de la doctrina cristiana, los impulsos carnales e idealistas de la adolescencia pueden, entre nosotros, mantenerse por completo disociados y aun en guerra

Escaneado con CamScanner

los unos contra los otros. En este punto puedo citar la confesión de un amigo intelectual, que dice: "Mi propia adolescencia, que no creo que haya sido un caso raro, exhibió esta disociación en una forma muy marcada. Pasaba horas del día leyendo a Shelley y conmoviendo así mis sentimientos:

The desire of the moth for the star,
Of the night for the morrow.

[El anhelo del gusano por la estrella, de la noche por la mañana.]

De pronto dejaba esas alturas e intentaba atisbar furtivamente a la doncella de la casa desnudándose. Este último impulso me avergonzaba profundamente; resulta claro que el anterior tenía algo de tontería, puesto que su idealismo era el anverso de un necio temor al sexo".

Es sabido que la adolescencia es un período en el que los desórdenes nerviosos son frecuentes, y en el que personas equilibradas en los otros períodos de su vida pueden fácilmente pasar por una situación totalmente opuesta. Margaret Mead en su libro *Adolescencia y cultura en Samoa* afirma que en esa isla desconocen los desórdenes de la adolescencia, y atribuye este hecho a la libertad sexual predominante[1]. Es cierto que esta libertad sexual está siendo algo coartada por la actividad de los misioneros. Algunas de las jóvenes que interrogó vivían en la casa de la misión y durante la adolescencia habían practicado solamente la masturbación y el homosexualismo, mientras que las que vivían en otras partes, habían tenido también relaciones heterosexuales. Nuestras más famosas escuelas de varones no difieren mucho en este aspecto de la casa de la misión de Samoa, pero el efecto psíquico de ese comportamiento, que es en Samoa inofensivo, podría ser desastroso en el caso de un escolar inglés, porque probablemente en el fondo respeta la doctrina convencional, mientras que el samoano mira al misionero como un hombre blanco con gustos peculiares a quien hay que complacer.

Los jóvenes, en su mayoría, al llegar a la edad viril pasan por muchas dificultades y problemas sexuales enteramente innecesarios. Si un muchacho permanece casto, lo difícil que le resulta dominarse probablemente le haga tímido e inhibido, de modo que cuando finalmente se casa no puede superar su autodominio de otros años, excepto quizás en forma brutal y repentina, lo que le lleva a defraudar a su mujer en cuanto a su capacidad de amante. Si va con prostitutas, la disociación

[1] Pág. 157.

Escaneado con CamScanner

entre el aspecto físico y el aspecto idealista del amor, que había comenzado en la adolescencia, se perpetúa con el resultado de que todas sus relaciones posteriores con mujeres tendrán que ser platónicas, o si no las verá como degradantes. Además, corre un grave riesgo de enfermedad venérea. Si tiene relaciones con muchachas de su mismo tipo, el perjuicio es mucho menor, pero aun en este caso la necesidad de secreto es perjudicial y obstruye el desarrollo de relaciones estables. Es difícil que un hombre se case joven, debido en parte al snobismo y en parte a la creencia de que el matrimonio debe inmediatamente tener hijos. Además, donde el divorcio es muy difícil, el matrimonio temprano tiene grandes peligros, porque es muy probable que quienes se entienden a los veinte años no se entiendan a los treinta. Para mucha gente las relaciones estables con una persona son difíciles, antes de haber tenido alguna experiencia de la variedad. Si nuestra visión del sexo fuera sana, veríamos como deseable que los estudiantes universitarios se casaran transitoriamente, aunque no tuvieran hijos. Se verían libres de este modo de la obsesión del sexo, que en la actualidad interfiere grandemente con el trabajo. Adquirirían esa experiencia del otro sexo que es deseable como preludio de la asociación seria del matrimonio con hijos. Y tendrían libertad para experimentar el amor sin las concomitancias del subterfugio, el ocultamiento y el miedo a la enfermedad que actualmente envenenan las aventuras juveniles.

Para la vasta clase de las mujeres que, como están las cosas, deben permanecer para siempre solteras, la moral convencional es dolorosa y, en la mayoría de los casos, perjudicial. Yo he conocido, como todos, mujeres solteras de estricta virtud convencional, merecedoras, desde cualquier punto de vista, de la mayor admiración. Pero creo que el caso general es distinto. Una mujer que no ha tenido experiencia sexual y ha considerado importante preservar su castidad, se ha impuesto una reacción negativa, matizada de miedo, que conduce por regla general a la timidez, al mismo tiempo que la envidia inconsciente e instintiva la lleva a desaprobar a las gentes normales y a querer castigar a aquellos que han gozado lo que ella perdió. La timidez intelectual es un concomintante especialmente común de la virginidad prolongada. Me inclino a pensar que la inferioridad intelectual de las mujeres, en tanto existe, se debe principalmente a la restricción de la curiosidad que les impone el miedo al sexo. No hay ninguna razón valedera para la infelicidad y el daño que trae consigo la virignidad perpetua de las mujeres que no pueden encontrar

Escaneado con CamScanner

un marido exclusivo. La actual situación, en la cual esto ocurre necesariamente con mucha frecuencia, no se contempló en los primeros días de la institución del matrimonio, porque en aquellos días el número de individuos de ambos sexos era aproximadamente igual. Sin duda, la existencia de un gran exceso de mujeres en muchos países constituye un argumento muy serio en favor de la modificación del código moral convencional.

El matrimonio mismo, el único desahogo sexual convencionalmente tolerado, sufre por la rigidez del código. Los complejos adquiridos en la infancia, las experiencias de los hombres con las prostitutas y la actitud de aversión al sexo infundida a las jóvenes para preservar su virtud, todo esto milita contra la felicidad matrimonial. Una muchacha bien educada que tenga fuertes impulsos no podría distinguir, cuando la cortejan, entre una mera atracción sexual y la comprensión seria con un hombre. Es muy fácil que se case con el primer hombre que despierte su sexualidad, y descubra demasiado tarde que una vez que se satisface su apetito sexual no le queda nada en común con él. Todo se ha hecho en la educación de los dos para que la mujer resultara indebidamente tímida y el hombre indebidamente precipitado en la aproximación sexual. Ninguno de los dos tiene el conocimiento que ambos deberían tener sobre cuestiones sexuales, y muy a menudo los fracasos iniciales, debido a esa ignorancia, hacen que el matrimonio sea ya para siempre sexualmente insatisfactorio para ambos. Además, el compañerismo, tanto mental como físico, se vuelve difícil. La mujer no está acostumbrada a hablar libremente de asuntos sexuales. El hombre tampoco, excepto con hombres y con prostitutas. Pasan el momento más íntimo y vital de su vida en común vergonzosos, torpes, hasta enteramente en silencio. Quizá la mujer está acostada, despierta, insatisfecha y sabiendo apenas qué es lo que echa de menos. Quizá el hombre tiene el pensamiento, al principio fugaz y rechazado al instante, pero luego cada vez más y más insistente de que aún las prostitutas se dan más generosamente que su esposa legítima. La frialdad de ella lo ofende, quizás en el preciso momento en que ella está sufriendo porque él no sabe cómo excitarla. Todos estos padecimientos resultan de nuestra política de silencio y decencia.

De todas estas formas, desde la niñez hasta el matrimonio, pasando por la adolescencia y la juventud, se ha permitido que la vieja moral envenenara el amor, llenándolo de tinieblas, miedo, incomprensión mutua, remordimiento y tensión nerviosa, convirtiendo en dos regiones separadas el impulso cor-

Escaneado con CamScanner

poral del sexo y el impulso espiritual del amor ideal, haciendo a uno bestial y al otro estéril. No es así como la vida debiera vivirse. La naturaleza animal y la espiritual no deberían estar en guerra. Nada hay en una que sea incompatible con la otra, y ninguna de las dos puede alcanzar su realización plena sino en unión con la otra. El amor de hombre y mujer, en su mejor forma, es libre y sin miedo, compuesto de cuerpo y espíritu en igual proporción; sin temer la idealización porque pudiera perjudicar la base física, sin temer la base física porque pudiera estorbar la idealización. El amor debería ser un árbol con profundas raíces en la tierra y ramas extendidas hacia el cielo. Pero el amor no puede crecer y florecer cercado por tabúes y terrores supersticiosos, palabras reprobatorias y silencios horrorizados. El amor de hombre y mujer y el de padres e hijos son los dos hechos centrales de nuestra vida emocional. Degradando a uno, la moral convencional pretendía exaltar al otro, pero en realidad el amor de los padres por los hijos se ha resentido con la degradación del amor de los padres entre sí. Cuando los hijos son el fruto de la alegría y la realización mutua, se los quiere de un modo sano y robusto, más acorde con el curso de la naturaleza, más simple, directo y animal, y sin embargo más altruista y fecundo que el de los padres desamparados, hambrientos y anhelantes, que imploran de los desvalidos pequeños algunos fragmentos del alimento que el matrimonio les negó, y deforman de ese modo los espíritus infantiles y ponen los cimientos para que las mismas perturbaciones se repitan en la generación siguiente. Temer el amor es temer la vida, y los que temen la vida están ya casi muertos.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XX

El puesto del sexo entre los valores humanos

El escritor que trata un tema sexual corre siempre el peligro de que quienes opinan que esos temas no deben mencionarse, lo acusen de desmedida obsesión por el asunto. Se piensa que no desafiaría la censura de los libertinos y los mojigatos a menos que su interés por el asunto fuera totalmente desproporcionado a su importancia. Sin embargo, esta idea se aplica sólo a los que abogan por un cambio de la ética convencional. Nunca se sospecha que padezcan una obsesión sexual los que hacen llamamientos para que se despoje y hostigue a las prostitutas y los que afianzan una legislación dirigida nominalmente contra la trata de blancas, pero en realidad contra las relaciones extramaritales voluntarias y decentes; los que acusan a las mujeres de llevar polleras cortas y pintarse los labios y los que espían en las playas esperando descubrir un traje de baño indecoroso. Y en realidad esta gente padece en este orden mucho más que los escritores que abogan por una mayor libertad sexual. Una moral rígida es generalmente una reacción contra emociones voluptuosas, y el hombre que la expresa regularmente está lleno de pensamientos indecentes; pensamientos que se han vuelto indecentes no por el mero hecho de tener un contenido sexual, sino porque la moral ha incapacitado al pensador para pensar limpia y sanamente en este tópico. Estoy enteramente de acuerdo con la Iglesia en que la obsesión por los asuntos sexuales es un mal, pero no estoy de acuerdo con la Iglesia en lo que respecta a los mejores métodos de evitar este mal. Es notorio que San Antonio estaba más obsesionado por el sexo que el más extremado voluptuoso de todos los tiempos; no aduciré ejemplos más recientes por temor de ofender. El sexo es una necesidad natural, como comer y beber. Censuramos al glotón y al dipsomaníaco, porque en ambos casos un interés que tiene cierto lugar legítimo en la vida ha usurpado una parte demasiado amplia de sus pensamientos y emociones. Pero no censuramos a un hombre porque disfrute sana y normalmente con una cantidad de comida razonable. Es verdad que los

Escaneado con CamScanner

ascetas censuraban esto, y consideraban que un hombre debe reducir su alimentación hasta el punto más bajo compatible con su supervivencia, pero esta idea no es común actualmente y se puede dejar a un lado. Los puritanos, al decidirse a evitar los placeres del sexo, llegaron a ser más sensibles a los placeres de la mesa y a conocerlos mejor que lo que antes de ellos era común. Como dice un crítico del puritanismo en el siglo XVII

Would you enjoy gay nights and pleasant dinners?
Than must you board withs saints and bed with sinners.

[Si quiere gozar de noches alegres y agradables comidas, debe usted sentarse a la mesa con santos y acostarse con pecadoras.]

Parecería, por tanto, que los puritanos no lograron subyugar la parte puramente corporal de nuestra naturaleza humana, puesto que lo que sacaron al sexo lo agregaron a la gula. La Iglesia católica considera a la gula uno de los siete pecados capitales, y Dante coloca a quienes la practican en uno de los círculos más profundos del Infierno; pero es un pecado algo vago, ya que resulta difícil decir dónde termina el interés legítimo por la comida y se convierte en interés culpable. ¿Es condenable comer cosas que no sean nutritivas? Entonces por cada almendra salada arriesgamos nuestra condenación. Sin embargo, tales ideas están ya fuera de época. Todos nos damos cuenta cuándo alguien es glotón, y aunque puede ser que se lo desprecie un poco, no se lo repruebe severamente. Pese a esto, la obsesión indebida por la comida es rara entre los que nunca han carecido de ella. La mayoría de la gente come sus comidas y luego piensa en otras cosas hasta la comida próxima. Por el contrario, los que han adoptado una filosofía ascética y se han privado de todo hasta reducirse al mínimo de alimento, se obsesionan, tienen visiones de banquetes y sueñan con demonios portadores de deliciosas frutas. Y los exploradores antárticos, reducidos a una dieta de grasa de ballena, pasan sus días planeando el banquete en el hotel con el que se regalarán a su regreso.

Estos hechos sugieren que para que el sexo no sea una obsesión, los moralistas debieran encararlo como ha llegado a encararse la comida, y no como miraban la comida los ermitaños de la Tebaida. El sexo es una necesidad humana natural como el comer y el beber. Es verdad que se puede sobrevivir sin él, mientras que no es posible sobrevivir sin comida y bebida, pero desde el punto de vista psicológico, el deseo sexual es enteramente análogo al deseo de comer y beber. La

Escaneado con CamScanner

abstinencia lo acrecienta considerablemente, y la satisfacción lo alivia por un tiempo. Cuando es apremiante, elimina de la esfera mental el resto del mundo. Todos los otros intereses se marchitan por el momento, y es posible que se realicen acciones que luego parecerán insensatas al hombre que las ha cometido. Además, igual que en el caso de la comida y la bebida, la prohibición estimula enormemente el deseo. He conocido niños que rehusaban las manzanas del almuerzo y se iban inmediatamente a robarlas a la huerta, pese a que las manzanas del almuerzo estaban maduras y las robadas estaban verdes. No creo que se pueda negar que el deseo del alcohol entre los norteamericanos pudientes sea ahora mucho más fuerte que hace veinte años. Del mismo modo, la doctrina cristiana y la autoridad cristiana han estimulado inmensamente el interés por el sexo. La primera generación que deje de creer en la doctrina convencional necesitará, en consecuencia, un grado de libertad sexual mucho mayor que el normal para gentes cuyas ideas sobre el sexo no han sido afectadas, positiva ni negativamente, por enseñanzas supersticiosas. Sólo la libertad producirá este efecto mientras no sea habitual y se asocie a una educación sexual sabia. Quiero repetir, sin embargo, tan enfáticamente como pueda, que considero un mal la indebida preocupación por este tópico, y pienso que este mal está extendido en la actualidad, en especial en los Estados Unidos, donde lo encuentro particularmente pronunciado entre los moralistas más severos, que lo ponen muy de manifiesto al estar tan dispuestos a creer falsedades respecto a los que ellos consideran sus adversarios. El glotón, el voluptuoso y el asceta son personas absortas en sí mismas cuyo horizonte se limita a sus propios deseos, sea para satisfacerlos o para renunciar a ellos. Un hombre de mente y cuerpo sanos no tendrá sus intereses concentrados de ese modo en sí mismo. Observará el mundo y encontrará en él objetos que le parezcan merecer su atención. La absorción en sí mismo no es, como algunos han supuesto, la condición natural del hombre no regenerado. Es una enfermedad causada, casi siempre, por alguna frustración de impulsos naturales. El voluptuoso que se deleita en pensar goces sexuales es en general el resultado de algún tipo de privación, como el hombre que acumula alimentos para sí es habitualmente un hombre que ha pasado un período de hambre o escasez. No será la frustración de los impulsos naturales lo que produzca hombres y mujeres sanos, capaces de mirar también fuera de sí, sino el desarrollo igual y equilibrado de todos los impulsos esenciales para una vida feliz.

No estoy sugiriendo que no debería haber moral ni auto-

Escaneado con CamScanner

rrestricción en lo referente al sexo, como tampoco sugiero eso en el caso de la comida. En el caso de la comida tenemos restricciones de tres tipos: las de la ley, las de las buenas maneras y las de la salud. Consideramos incorrecto robar la comida, o tomar de un plato mayor porción que lo que nos corresponde, y comer de tal modo que probablemente enfermemos. En lo referente al sexo son esenciales restricciones de un tipo similar, pero que en este caso son mucho más complejas y exigen un autodominio mucho mayor. Además, como ningún ser humano debe ser dueño de otro, lo análogo al robo no es el adulterio sino la violación, que evidentemente debe ser prohibida por la ley. Los problemas relacionados con la salud consisten casi enteramente en las enfermedades venéreas, tema que ya tocamos cuando hablamos de la prostitución. La disminución de la prostitución profesional es, sin duda, el mejor camino, aparte de la medicina, para encarar este mal, y el mejor modo de lograr la disminución de la prostitución profesional es permitir una libertad mayor entre los muchachos y muchachas que han llegado a la juventud en estos últimos años.

Una ética sexual comprensiva no puede mirar el sexo meramente como un apetito natural y una posible fuente de peligro. Estos dos puntos de vista son importantes, pero es aún más importante recordar que el sexo se relaciona con algunos de los mayores bienes de la vida humana. Los tres más excelsos parecen ser el amor lírico, la felicidad en el matrimonio y el arte. Ya hemos hablado del amor lírico y del matrimonio. Algunos piensan que el arte es independiente del sexo, pero esta idea tiene ahora menos adherentes que en otras épocas. Es perfectamente claro que todo tipo de creación estética está psicológicamente conectado con una disposición erótica, no necesariamente de un modo directo u obvio, pero sí en lo profundo. Ciertas condiciones deben cumplirse para que el impulso sexual lleve a la expresión artística. Ha de haber capacidad artística; pero la capacidad artística, aun dentro de una raza, parece ser común en cierto tiempo y rara en otro, de lo cual puede concluirse con certeza que el ambiente, entendiéndolo en oposición al talento innato, desempeña un papel importante en el desarrollo del impulso artístico. Ha de haber cierto tipo de libertad, no la que consiste en dar recompensas al artista, sino la que consiste en compelerlo o inducirlo a formar hábitos que lo conviertan en un filisteo. Cuando Julio II puso preso a Miguel Angel, de ningún modo coartó ese tipo de libertad que el artista necesita. Lo puso preso porque lo consideraba un hombre impor-

Escaneado con CamScanner

tante y no podía tolerar la menor ofensa de alguien que tuviera un rango menor que el papal. Pero, cuando un artista se ve obligado a adular a ricos patronos o a los concejales de la ciudad y a adaptar su trabajo a los cánones estéticos de ellos, entonces sí ha perdido la libertad artística. Y cuando el temor a la persecución económica y social compele a continuar un matrimonio que ha llegado a serle insoportable, se ve privado de la energía que requiere la creación artística. Las sociedades convencionalmente virtuosas no han producido un gran arte. Las que lo han producido estaban compuestas de hombres que Idaho hubiese esterilizado. En la actualidad los Estados Unidos importan, en general, el talento artístico de Europa, donde todavía dura penosamente la libertad; pero ya la norteamericanización de Europa está haciendo necesario ir hacia los negros en busca de ambiente propicio para el arte. Parece que el último hogar del arte ha de estar en alguna parte del Alto Congo, cuando no en las mesetas del Tibet. Pero su extinción final no puede tardar mucho, ya que los Estados Unidos están dispuestos a prodigar tales recompensas a los artistas extranjeros, que producirán inevitablemente su muerte artística. En el pasado el arte tenía una base popular, que dependía de la alegría de vivir. La alegría de vivir, a su vez, dependía de cierta espontaneidad respecto al sexo. Cuando se reprime el sexo, sólo queda el trabajo; el evangelio del trabajo por el trabajo mismo nunca produjo ningún día que valiera la pena. Que no se me diga que alguien ha hecho estadísticas sobre el número de actos sexuales que se llevan a cabo *per diem* (¿o hay que decir *per noctem*?) en los Estados Unidos y ha comprobado que es al menos igual por persona al de cualquier otro país. No sé si esto es verdad o no, y tampoco me interesa de ningún modo negarlo. Una de las falacias más peligrosas de los moralistas convencionales es la reducción del sexo al acto sexual, para poder así maltratarlo mejor. Ningún hombre civilizado ni ningún salvaje, hasta donde alcanzan mis noticias, satisface su intento con el mero acto sexual. Para que se satisfaga el impulso que lleva al acto, debe haber galanteo, debe haber amor, debe haber compañerismo. Sin todo esto, aunque el apetito físico pueda apaciguarse por el momento, el apetito mental no declina y ninguna satisfacción profunda puede obtenerse. La libertad sexual que el artista necesita es la libertad de amar, no la tosca libertad de aliviar su necesidad física con alguna mujer desconocida; y la libertad de amar es lo que, por sobre todo, no concederán los moralistas convencionales. Para que el arte reviva después que el mundo se haya norteamericanizado, será

Escaneado con CamScanner

necesario que Estados Unidos cambie, que sus moralistas sean menos morales y sus inmoralistas menos inmorales, que, en una palabra, tanto los unos como los otros reconozcan los valores superiores implicados en el sexo y comprendan que la alegría puede tener más valor que una cuenta bancaria. En los Estados Unidos nada es tan penoso para el trabajador como la falta de alegría. El placer es frenético, orgiástico; se trata de un momento de olvido, no de regocijada autoexpresión. Hombres cuyos abuelos bailaban al son de la gaita en aldeas de Polonia o los Balcanes, se pasan el día entero pegados a sus escritorios, entre máquinas de escribir y teléfonos, serios, importantes y sin valer nada en realidad. Imaginan que encuentran la felicidad en sus salidas nocturnas dedicadas a la bebida y a un nuevo tipo de ruido, y lo único que encuentran es un olvido frenético e incompleto de la desesperada rutina del dinero que engendra dinero, consumiendo para eso los cuerpos de seres humanos, cuyas almas se han vendido y son esclavas.

No intento sugerir que todo lo mejor de la vida humana está relacionado con el sexo, cosa que estoy muy lejos de creer. Considero que la ciencia, sea práctica o teórica, no está relacionada con él, como tampoco ciertos tipos de importantes actividades sociales y políticas. Los impulsos que engendran los complejos deseos de la vida adulta pueden agruparse bajo unos pocos y simples epígrafes. El poder, el sexo y la paternidad me parecen la fuente de la mayoría de las cosas que hacen los seres humanos, aparte de las necesarias para la autoconservación. De los tres, el poder es el primero que comienza y el que termina último. Como el chico tiene poco poder está dominado por la voluntad de tener más. Gran parte de sus actividades se originan en este deseo. Su otro deseo dominante es la vanidad; el deseo de que lo alaben y el miedo de que lo censuren o de que no le presten atención. La vanidad lo hace un ser social y le da las virtudes necesarias para la vida de la comunidad. La vanidad es un motivo estrechamente entrelazado con el sexo, aunque separable de él en teoría. Pero, hasta donde puedo ver, el poder tiene muy poca conexión con el sexo, y es el amor al poder, al menos como la vanidad, lo que hace que un chico trabaje en sus lecciones y desarrolle sus músculos. La curiosidad y la búsqueda de conocimientos deben considerarse, según creo, una rama del amor al poder. Ya que el conocimiento es poder, entonces el amor al conocimiento es amor al poder. Por lo tanto, la ciencia, excepto ciertas ramas de la biología y la psicología, deben considerarse ajenas en el terreno de las emociones sexuales. Como el emperador Federico II ha muerto, esta

Escaneado con CamScanner

opinión tiene que quedar más o menos en el terreno de las hipótesis. Si el emperador viviese todavía, no dudaría en decidir el problema castrando a un matemático eminente y a un eminente compositor, y contemplando los efectos de esta operación sobre sus respectivos trabajos. Me parece que el efecto sobre el primero sería nulo y sobre el segundo muy considerable. Visto que la búsqueda de conocimientos es uno de los elementos de más valor de la naturaleza humana, una esfera muy importante de actividad queda, si estamos en lo cierto, exenta de la dominación del sexo.

El poder es también el motivo de casi toda la actividad política, entendiendo esta palabra en su sentido más amplio. No intento sugerir que un gran hombre de estado es indiferente al bienestar público; por el contrario, creo que es un hombre en quien el sentimiento paternal ha adquirido gran extensión. Pero a menos que tenga también considerable amor al poder, no podrá resistir los trabajos necesarios para llevar a buen término una empresa política. He conocido muchos hombres de elevado espíritu ocupados en asuntos públicos, pero sin una apreciable dosis de ambición personal, rara vez tenían la energía de llevar a cabo el bien a que aspiraban. En cierta ocasión crítica, Abraham Lincoln dirigió un discurso a dos senadores recalcitrantes, que empezaba y concluía con estas palabras: "Soy el presidente de los Estados Unidos, investido de gran poder". Sería difícil poner en duda que sentía cierto placer en decir eso. En toda política las fuerzas principales, para el bien y para el mal, son el motivo económico y el amor al poder; a mi entender es un error intentar una interpretación freudiana de la política.

Si lo que hemos dicho es cierto, la mayoría de los grandes hombres, fuera de los artistas, han sido impulsados en sus actividades importantes por motivos sin conexión con el sexo. Para que esas actividades persistan y para que, en sus formas más humildes, se hagan comunes, es necesario que el sexo no eclipse el resto de la naturaleza emocional y pasional del hombre. El deseo de entender el mundo y el deseo de reformarlo son los dos grandes motores del progreso sin los cuales la sociedad humana permanecería estacionaria o retrocedería. Pudiera ser que una felicidad demasiado completa hiciera que los impulsos de conocimiento y de reforma se marchitasen. Cuando Cobden quiso alistar a John Bright en la campaña librecambista, apeló a la tristeza que Bright estaba pasando a causa del reciente fallecimiento de su mujer. Puede ser que sin esa pena Bright hubiera simpatizado menos con las penas de los otros. Y la desesperación por el mundo actual

Escaneado con CamScanner

llevó a muchos hombres a las especulaciones abstractas. Para un hombre de energía suficiente, el dolor puede ser un estímulo valioso, y no niego que si todos fuéramos perfectamente felices no nos esforzaríamos en llegar a ser más felices. Pero no puedo admitir que forme parte del deber de un ser humano proporcionar dolor a los otros contando con el improbable azar de que sea fructífero para ellos. En noventa y nueve de cada cien casos el dolor resultará meramente aplastante. En el caso centésimo es mejor confiar en los golpes que son herencia natural de la carne. Mientras haya muerte habrá tristeza, y mientras haya tristeza no podrá formar parte del deber de un ser humano el aumentarla, pese a que unos pocos y raros espíritus sepan cómo transmutarla.

Escaneado con CamScanner

CAPITULO XXI

Conclusión

En el curso de nuestra discusión hemos llegado a ciertas conclusiones, algunas históricas, algunas éticas. Históricamente, hemos comprobado que la moral sexual, tal como existe en las sociedades civilizadas, deriva de dos fuentes por completo diferentes: por un lado, el deseo de obtener certidumbre en cuanto a la paternidad; por el otro, la creencia ascética de que el sexo es algo perverso, excepto en tanto es necesario para la procreación. En los tiempos precristianos, y en el Extremo Oriente hasta nuestros días, la moral proviene sólo de la primera fuente, con la excepción de India y Persia, que parecen ser los centros a partir de los cuales se difundió el ascetismo. El deseo de obtener certidumbre en cuanto a la paternidad, no existe, evidentemente, en las razas atrasadas que ignoran la participación del macho en la generación. Entre ellos, aunque los celos masculinos establecen ciertas limitaciones a la licencia femenina, las mujeres son, en conjunto, mucho más libres que en las sociedades patriarcales primitivas. Resulta claro que la transición debe haber traído considerable fricción y que las restricciones a la libertad de las mujeres fueron impuestas por hombres que se interesaban en ser los padres de sus propios hijos. En este estadio, sólo existía moral sexual para las mujeres. Un hombre no podía cometer adulterio con una mujer casada, pero en lo demás era libre.

Con el cristianismo se introduce un motivo nuevo: evitar el pecado, y la norma moral llega a ser en teoría la misma para hombres y mujeres, aunque en la práctica la dificultad en hacer que los hombres las observaran, llevó a una mayor tolerancia para con sus faltas que para con las de las mujeres. La moral sexual primitiva tenía un claro propósito biológico: asegurar que los pequeños contaran durante sus primeros años con la protección de ambos padres y no de uno sólo. Este propósito se perdió de vista en la teoría cristiana, aunque no en la práctica cristiana.

Ya entrados los tiempos modernos ha habido signos de que

Escaneado con CamScanner

tanto la parte cristiana como la precristiana de la moral sexual están en vías de modificarse. La parte cristiana no tiene la fuerza que antes tenía, a causa de la decadencia de la ortodoxia religiosa y de la decreciente intensidad de la fe aun entre aquellos que todavía creen. Los hombres y mujeres nacidos durante este siglo, aunque en lo inconsciente puedan todavía conservar las antiguas actitudes, no creen conscientemente, en general, que la fornicación como tal sea pecado. En cuanto a los elementos precristianos de la ética sexual, han sido modificados por un factor, y están en curso de ser modificados por otro. El primero de estos factores consiste en los anticonceptivos, que hacen posible cada vez más impedir que las relaciones sexuales conduzcan al embarazo, y que permiten a las mujeres solteras no tener hijos y a las casadas tenerlos solamente con su marido, sin que en ninguno de los casos les sea necesario ser castas. Este precepto no se ha completado todavía, porque los anticonceptivos no son aún totalmente seguros, pero se puede presumir que antes de mucho llegarán a serlo. En ese caso, la certidumbre de la paternidad llegará a ser posible sin la insistencia en que las mujeres no tengan relaciones fuera del matrimonio. Se puede argüir que en este punto las mujeres podrían engañar a sus maridos, pero después de todo, desde las épocas más remotas, a las mujeres les fue posible engañar a sus maridos, y el motivo de engaño es mucho menos fuerte cuando el problema es meramente quién será el padre que cuando se trata de no tener relaciones con una persona a quien tal vez se ama apasionadamente. Se puede presumir, en consecuencia, que el engaño en cuanto a la paternidad, aunque llegue a ocurrir ocasionalmente, será menos frecuente que el engaño en cuanto al adulterio en el pasado. Tampoco es imposible que, por una nueva convención, los celos de los maridos se adapten a la nueva situación y surjan sólo cuando las mujeres se propongan elegir a otro hombre como padre de sus hijos. En Oriente, los hombres siempre han tolerado a los eunucos libertades que serían un agravio para la mayoría de los maridos europeos. Las toleraban porque no traían dudas con respecto a la paternidad. El mismo tipo de tolerancia podría extenderse fácilmente a libertades acompañadas del uso de anticonceptivos.

La familia compuesta de padre y madre puede, por tanto, sobrevivir en el futuro sin ser tan exigente respecto a la continencia de la mujer como tuvo que ser en el pasado. Sin embargo, un segundo factor en el cambio que está sobreviniendo a la moral sexual puede tener efectos de más largo

Escaneado con CamScanner

alcance. Se trata de la creciente participación del estado en el mantenimiento y educación de los hijos. Este factor afecta principalmente hasta ahora a las clases trabajadoras, pero ellas constituyen, después de todo, la mayoría de la población, y es muy probable que la sustitución del padre por el estado, que gradualmente va teniendo lugar en lo que a ellas se refiere, se extenderá por último a toda la población. El papel del padre, en las familias animales como en la familia humana, consistía en proporcionar protección y sustento, pero en las comunidades civilizadas la policía proporciona la protección y el estado puede llegar a proveer enteramente el sustento, al menos en lo que se refiere a los sectores más pobres de la población. Si eso ocurriere, el padre no serviría ya ningún fin claro. Respecto a la madre, existen dos posibilidades. Puede continuar su trabajo ordinario y dejar su hijo al cuidado de una institución, o puede ser pagada por el estado, si la ley así lo decide, para que cuide de sus hijos mientras éstos son pequeños. En caso de adoptarse este último sistema, podría usarse durante un tiempo para sostener la moral tradicional, porque se podría privar de pago a las mujeres que no fueran virtuosas. Pero la que no reciba su pago no podrá sostener a su hijo a menos que vaya a trabajar y tendrá, por lo tanto, que poner a su hijo en alguna institución. En consecuencia, parecería más probable que la acción de las fuerzas económicas llevara a la eliminación del padre, y aun en gran parte de la madre, en el cuidado de los chicos que no fueran ricos. Si eso llegara a ocurrir, desaparecerían todas las razones tradicionales de la moral tradicional, y habría que encontrar razones para una nueva moral.

A mi modo de ver, la destrucción de la familia, si sobreviene, no será un motivo de alegría. El cariño de los padres es importante para los hijos, y las instituciones, si existen en gran escala, serán seguramente muy oficiales y más bien insensibles. Habrá una terrible uniformidad cuando se suprima la influencia diferenciadora de los distintos ambientes familiares. Y a menos que se establezca previamente un gobierno internacional, se enseñará a los chicos de los distintos países una forma virulenta de patriotismo que casi con seguridad tendrá como consecuencia el que se exterminen los unos a los otros cuando sean mayores. La necesidad de un gobierno internacional surge también en lo referente al problema de la población, ya que en su ausencia los nacionalistas tienen un motivo para fomentar un aumento del número de habitantes mayor de lo deseable, y con el progreso de la medicina y la higiene, el único modo de disponer del sobrante será la guerra.

Escaneado con CamScanner

En tanto que los problemas sociológicos son difíciles y complicados, los problemas personales son, a mi modo de ver, muy simples. La doctrina de que hay algo pecaminoso en el sexo ha causado un daño indecible al carácter individual, un daño que comienza en los primeros años de la niñez y continúa durante toda la vida. Manteniendo en prisión el amor sexual, la moral convencional ha hecho mucho por encarcelar todas las otras formas de sentimiento amistoso y por volver a los hombres cada vez menos generosos, menos bondadosos, más egoístas y más crueles. Cualquiera sea la ética sexual que finalmente prevalezca, deberá estar libre de supersti ión y tener en su favor motivos reconocibles y demostrables. El sexo no puede dispensarse de tener una ética, ni más ni menos que los negocios o el deporte o la investigación científica o cualquier otra rama de la actividad humana. Pero puede dispensarse de tener una ética basada solamente en antiguas prohibiciones establecidas por gente ignorante en una sociedad totalmente distinta de la nuestra. En el sexo, como en la economía y en la política, nuestra ética está dominada todavía por miedos que los nuevos descubrimientos han vuelto irracionales, y gran parte del beneficio que podría derivarse de estos descubrimientos se pierde por falta de adaptación psicológica a ellos.

Es verdad que la transición del viejo sistema al nuevo tiene, como todas las transiciones, sus dificultades. A los que abogan en favor de cualquier innovación ética invariablemente se los acusa, como a Sócrates, de corruptores de la juventud; y esta acusación no siempre es enteramente infundada, aun cuando en realidad la nueva ética que ellos predican conduciría, si se la aceptara en su totalidad, a una vida mejor que la producida por la ética antigua cuya enmienda se busca. Todos los que conocen el Oriente mahometano afirman que los que han dejado de creer que es necesario rezar cinco veces al día han dejado, también, de respetar otras reglas morales para nosotros más importantes. Quien propone algún cambio en la moral sexual está especialmente expuesto a ser mal interpretado, y sé que yo mismo he dicho cosas que algunos lectores pueden haber interpretado mal.

El principio general en el que la nueva moral difiere de la moral tradicional del puritanismo es éste: creemos que hay que educar el instinto en vez de frustrarlo. Expresada en estos términos generales, la idea encontrará mucha aceptación entre los hombres y mujeres modernos; pero sólo alcanzará su plena validez si se la acepta con todas sus implicaciones y se la aplica desde la edad más temprana. Si en la niñez se frustra

Escaneado con CamScanner

el instinto en lugar de educarlo, el resultado puede ser que durante toda la vida haya que seguir frustrándolo, porque frustrarse en los primeros años llega a tomar formas sumamente inconvenientes. La moral que yo defendería no consiste simplemente en decir a las personas mayores o a los adolescentes: "Sigue tus impulsos y compórtate como quieras". Una vida debe ser coherente; debe haber en ella un esfuerzo continuo dirigido a fines que no son de inmediato provecho ni son atractivos en todo momento; debe haber consideración por los demás y son necesarias también ciertas normas de rectitud. No considero, sin embargo, que el autodominio sea un fin en sí mismo, y querría que nuestras instituciones y nuestras convenciones morales exigiesen un mínimo y no un máximo de autodominio. El empleo del autodominio es semejante al de los frenos en un tren. Es útil cuando la dirección en que uno va es errónea, pero es meramente perjudicial cuando la dirección es correcta. Nadie sostendría que un tren debe correr siempre frenado; el hábito del esforzado autodominio tiene muy similares efectos perjudiciales sobre las energías disponibles para actividades útiles. El autodominio hace que estas energías se malgasten en gran parte en la fricción interna en vez de aplicarse a la actividad externa; y en ese sentido, es siempre lamentable aunque a veces sea necesario.

El grado en que el autodominio sea necesario en la vida depende del modo en que haya sido tratado el instinto en los primeros años. Los instintos, tales como existen en los niños, pueden conducir a actividades útiles o dañinas, del mismo modo que el vapor de una locomotora puede llevarla a destino o hacerla entrar en un desvío donde se destroce en un accidente. La función de la educación es guiar al instinto en la dirección en la cual desarrollará preferentemente las actividades útiles y no las perjudiciales. Si esta tarea se cumple adecuadamente en los primeros años, un hombre o una mujer normales podrán, en general, vivir una vida útil sin necesitar un severo autodominio excepto, quizás, en unas pocas y raras crisis. Si, por el contrario, la primera educación consistió en una mera frustración de los instintos, los actos a que el instinto impulsa en el resto de la vida serán en parte perjudiciales y, en consecuencia, tendrán que ser reprimidos continuamente mediante el autodominio.

Estas consideraciones generales se aplican con fuerza peculiar a los impulsos sexuales, tanto por la violencia de éstos como porque la moral tradicional hizo de ellos su tema predilecto. Los moralistas tradicionales parecen pensar, en su mayoría, que si nuestros impulsos sexuales no fueran severa-

Escaneado con CamScanner

mente reprimidos se volverían frívolos, anárquicos y groseros. Pienso que esta creencia deriva de la observación de aquellos que adquirieron cuando pequeños las inhibiciones usuales e intentaron luego ignorarlas. Pero en esos hombres las prohibiciones primeras siguen activas aunque ya no logren prohibir cosa alguna. Lo que se llama conciencia, es decir, la aceptación mantenida sin razonamiento y más o menos inconsciente de los preceptos aprendidos en la temprana adolescencia, hace que esas personas sientan que todo lo que esas convenciones prohíben es malo, y este sentimiento puede persistir pese a las convicciones intelectuales en contrario. Así se produce una personalidad dividida entre sí misma, en la cual el instinto y la razón han dejado de marchar juntos, y el instinto se ha vuelto frívolo en tanto la razón ha quedado anémica. En el mundo moderno se encuentran diferentes grados de rebelión contra la doctrina tradicional. La más común de todas es la rebelión del hombre que reconoce intelectualmente la verdad ética de la moral que se le enseñó en su juventud, pero confiesa con pesar más o menos sincero que no es suficientemente heroico para vivir de acuerdo con ella. Poco hay que decir de hombres así. Sería mejor que alteraran sus prácticas o sus creencias de modo de armonizarlas unas con las otras. Viene luego el hombre cuya razón consciente ha rechazado mucho de lo que aprendió en la niñez, pero cuyo inconsciente todavía lo acepta en su totalidad. Un hombre así cambiará súbitamente la línea de conducta bajo la influencia de una emoción fuerte, especialmente del miedo. Una enfermedad seria o un terremoto lo harán arrepentirse de sus convicciones intelectuales a consecuencia del violento resurgimiento de sus creencias infantiles. Aun en tiempos ordinarios pesarán sobre su conducta inhibiciones que pueden tomar una forma indeseable. No le impedirán conducirse de un modo que la moral tradicional condena, pero le impedirán hacerlo de todo corazón y eliminarán así de sus acciones algunos de los elementos que les conferirían valor. La sustitución del viejo código moral por uno nuevo nunca puede ser completamente satisfactoria, a menos que el nuevo sea aceptado con la personalidad total, y no sólo con ese estrado superior que constituye nuestro pensamiento consciente. Esto le resulta muy difícil a la mayoría de la gente que ha estado expuesta en sus primeros años a la moral tradicional. Es por lo tanto imposible juzgar acertadamente una nueva moral hasta que no se apliquen en la primera educación.

La moral sexual tiene que fundarse en ciertos principios generales, respecto a los cuales exista quizás acuerdo en gran

Escaneado con CamScanner

medida, pese al gran desacuerdo que sus consecuencias provocan. Lo primero que hay que procurar es que se dé lo más que sea posible ese amor profundo y serio entre hombre y mujer, que abarca la personalidad entera y produce una fusión por la cual ambos se enriquecen y superan. La segunda cosa de importancia es que se críe adecuadamente a los niños, física y psicológicamente. Ninguno de estos principios puede ser considerado escandaloso en sí mismo, y es como consecuencia de estos dos principios que he de abogar por ciertas modificaciones del código convencional. Como están las cosas, casi todos los hombres y mujeres son incapaces de ser tan generosos y de darse tan completamente en el amor que llevan al matrimonio, como podrían hacerlo si en sus primeros años hubiesen estado menos cercados de tabúes. O les falta la experiencia necesaria, o la han conseguido en forma furtiva e indeseable. Además, como los celos tienen la sanción de los moralistas, se sienten justificados manteniéndose el uno al otro en una cárcel. Por cierto que es bueno que el marido y la mujer se quieran tan completamente que nunca ninguno de los dos sea tentado por la infidelidad; sin embargo, no es bueno que la infidelidad, si ocurre, sea tratada como algo terrible, ni es deseable llegar a hacer imposible toda amistad con personas del otro sexo. Una buena vida no se puede fundar sobre el miedo, la prohibición y la coacción de cada uno sobre la libertad del otro. Buena es la fidelidad cuando se obtiene sin nada de esto, pero cuando todo esto es necesario bien podría ser que se hubiera pagado un precio demasiado alto y que más valiera un poco de tolerancia mutua para los deslices ocasionales. No hay duda de que los celos mutuos, aun cuando exista fidelidad física, causan a menudo más infelicidad en un matrimonio que la que resultaría si ambos cónyuges tuviesen más confianza en la fuerza última de un afecto profundo permanente.

Muchas personas que se consideran virtuosas tratan las obligaciones de los padres respecto de los hijos con una ligereza que me parece impropia. Dado el actual sistema de familia con padre y madre, tan pronto como hay hijos es el deber de ambos cónyuges hacer todo lo que puedan para mantener relaciones armoniosas, aun si esto requiere considerable autodominio. Pero el control requerido no consiste meramente, como pretenden los moralistas convencionales, en reprimir todo impulso de infidelidad; la misma importancia tiene dominar los impulsos de celos, mal humor, autoritarismo y tantos otros. No hay duda de que las peleas serias entre los padres son causa muy frecuente de desórdenes nerviosos en

Escaneado con CamScanner

los hijos; por lo tanto debe hacerse todo lo que se pueda para impedir esas peleas. Al mismo tiempo, cuando ambos cónyuges —o uno de ellos— no tienen suficiente autodominio para impedir que los hijos se enteren de los altercados, bien puede ser que disolver el matrimonio sea la mejor solución. De ningún modo es cierto que la disolución del matrimonio sea invariablemente lo peor que pueda ocurrir desde el punto de vista de los hijos; evidentemente, no es ni con mucho, tan malo como el espectáculo de las voces de tono subido, de las acusaciones furiosas, y quizás aún de la violencia, que muchos chicos deben presenciar en hogares infelices.

No hay que suponer que la situación a que aspira el sano defensor de una mayor libertad ha de lograrse de golpe dejando a los adultos, o aun a los adolescentes, que han sido educados en las antiguas y severas máximas restrictivas, a merced de las incitaciones sin control de sus impulsos estropeados por la educación. Esta es una etapa necesaria, pues de otro modo educarían a sus hijos tan mal como los educaron a ellos; pero no se trata más que de una etapa. La libertad sana debe aprenderse desde los primeros años; si eso no ocurre, la única libertad posible será una libertad frívola, superficial, no la libertad de la personalidad total. Impulsos triviales llevarán a excesos físicos, mientras el espíritu permanezca encadenado. El instinto correctamente educado desde el comienzo puede producir algo mucho mejor que lo que resulta de una educación inspirada por la creencia calvinista en el pecado original, pero una vez que ha permitido a una educación de ese tipo que cumpla su mala obra es muy difícil contrarrestar su efecto en años posteriores. Uno de los beneficios más importantes que el psicoanálisis ha traído al mundo es el descubrimiento de los malos efectos que tienen las prohibiciones y las amenazas en la niñez; para contrarrestar estos efectos puede ser necesario el tiempo y la técnica exigidos por un tratamiento psicoanalítico. Esto es verdad no sólo en el caso de los neuróticos evidentes cuya situación es visible para cualquiera; es verdad también en el caso de la mayoría de la gente aparentemente normal. Creo que nueve de cada diez personas que han sido educadas convencionalmente en sus primeros años han llegado a ser en cierto grado incapaces de una actitud decente y sana frente al matrimonio y el sexo en general. El tipo de actitud y comportamiento que yo consideraría de más valor se ha vuelto imposible para estas personas; lo mejor que se puede hacer es hacerles conocer el daño que han sufrido y persuadirlos de que se abstengan de estropear a sus hijos del mismo modo que los estropearon a ellos.

Escaneado con CamScanner

La doctrina que quiero predicar no es una doctrina de licencia; requiere casi tanto autodominio como la doctrina convencional. Pero el autodominio se aplicará más para abstenerse de coartar la libertad de los demás que para restringir la libertad propia. Creo que se puede esperar que con una educación correcta desde el comienzo este respeto por la personalidad y la libertad de los otros resultará comparativamente fácil; pero para aquellos de nosotros que hemos sido educados en la creencia de que tenemos derecho a vetar las acciones de los otros en nombre de la virtud, es indudablemente difícil renunciar al ejercicio de esta agradable forma de persecución. Hasta puede resultarles imposible. Pero no hay que inferir de esto que sería imposible para aquellos a quienes se les enseñara desde el comienzo una moral menos restrictiva. La esencia de un buen matrimonio es el respeto de cada uno por la personalidad del otro, combinado con esa profunda intimidad física, mental y espiritual que hace de un amor serio entre un hombre y una mujer la más fructífera de todas las experiencias humanas. Como todo lo grande y precioso, ese amor reclama su propia moral, y con frecuencia impone el sacrificio de lo menor a lo mayor; pero ese sacrificio debe ser voluntario, porque, si no lo es, destruye las bases mismas del amor en razón del cual se hace.

Escaneado con CamScanner

INDICE

Pág.

Capítulo I
La necesidad de una ética sexual 5

Capítulo II
La paternidad no reconocida 10

Capítulo III
El poder del padre 16

Capítulo IV
Culto fálico, ascetismo y pecado 20

Capítulo V
La ética cristiana 26

Capítulo VI
El amor romántico 36

Capítulo VII
La liberación de la mujer 44

Capítulo VIII
El tabú del conocimiento sexual 52

Capítulo IX
El lugar del amor en la vida humana 65

Capítulo X
El matrimonio 71

Capítulo XI
La prostitución 79

Capítulo XII
El matrimonio a prueba 85

Capítulo XIII
La familia en nuestros días 91

Capítulo XIV
La familia y la psicología individual 101

Capítulo XV
La familia y el Estado 109

Capítulo XVI
El divorcio 117

Capítulo XVII
La población 126

Capítulo XVIII
La eugenesia 133

Capítulo XIX
El sexo y el bienestar individual 143

Capítulo XX
El puesto del sexo entre los valores humanos 150

Capítulo XXI
Conclusión 158

Escaneado con CamScanner

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de junio de 1986 en
Impresiones SUD AMERICA
Atuel 666, Capital

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Matrimonio y moral

Bertrand Russell

Matrimonio y Moral es algo más que un libro interesante sobre un tema interesante; es un compromiso no sólo para el autor, sino también para el lector. Su sola aparición constituyó un fenómeno significativo y valioso, porque enfrentó un tema tabú poniendo un interrogante sobre todo el "orden social" y las más decisivas actitudes personales. Y quien rompía el silencio impuesto arbitrariamente era un pensador famoso, de aquellos que reconocen que su actividad intelectual no los sitúa más allá de los problemas de todos los hombres, sino que, por el contrario, los sumerge en ellos.

Bertrand Russell, premio Nóbel de Literatura, va hacia el más trascendental problema sexual de nuestro tiempo tratando de captarlo en toda su complejidad, no para imponerle una solución previa, sino para alertar a sus semejantes sobre las vastas implicaciones del mismo.

En los primeros capítulos cumple una introducción histórica, examina luego la ética sexual en la sociedad occidental de nuestros días pasando revista a los principales factores correlacionados con ella y expone finalmente las enmiendas que considera aconsejables. Y todo ello en un estilo de pensamiento lúcido y decidido, y una forma expositiva clara y accesible.

Resulta del conjunto una obra que además de proporcionar una información completa y un correcto ordenamiento, significa una valiosa experiencia para todo aquel que quiera comprender realmente, sin ocultamientos, este ineludible problema.

Escaneado con CamScanner